

DE BUENA FUENTE

Antología (1986-2024)



Logroño

De Buena Fuente

Edita:



Logroño

© De los textos, sus autores

© De la presente edición, Ayuntamiento de Logroño

Maqueta: Pepitas de calabaza S.L.

Imprime: Gráficas Ochoa S.A.

ISBN: 978-84-89583-77-1

Dep. legal: LR-427-2024

Primera edición, abril de 2024

De Buena Fuente

Antología

(1986-2024)

SALUDO

El premio De Buena Fuente aspira a ser un reconocimiento a la literatura pero es, ante todo, un pequeño símbolo logroñés.

La Dama de la Fuente forma parte de los rincones singulares de una ciudad que vive la cultura de una manera sencilla y cercana.

La Dama es, en cierto modo, una invitación al sosiego de la escritura, una inspiración a la creatividad. El silencio narrativo tan necesario como valioso.

Es la compañera siempre dispuesta a compartir la fuente que mana agua o lo que seamos capaces de imaginar.

Esta modesta edición que tienes en tus manos recupera cuentos, narra historias, evoca personajes de un Logroño que fue y está ahí.

A veces divertido, otras solemne o triste, algunas inventado, o no.

Gracias por leerlo, por comentarlo, por difundirlo, por participar. Mi reconocimiento a todos los que han contribuido a hacer posibles estas veinticinco ediciones, compendio de letras

limpias y callejeras, y de una manera especial a la Fundación Caja Rioja por su apoyo y colaboración.

Y por último, un recuerdo a los que se fueron pero siempre estarán cerca de esta paciente Dama.

CONRADO ESCOBAR LAS HERAS
ALCALDE DE LOGROÑO

Ha nacido una estrella

MIGUEL ÁNGEL MURO

1986

I Premio de Narración Breve De Buena Fuente

Tema: ¿Quién es la Dama de la Fuente?

Sé, desde hace algunos minutos, que ha amanecido, porque una vez más es como si el día se desperezase bostezando en los sonidos habituales: los pasos apresurados, los ruidos de las puertas, el ahogo del ascensor. Con los ojos cerrados, en la penumbra de esta habitación que sale lentamente de la noche, me dejo ganar por la desgana, restándoles tiempo a las horas que me esperan, tan iguales a sí mismas que me desconciertan.

A tientas, casi mecánicamente, busco en la radio el sedante que me adormezca de nuevo...

*Tanto tiempo disfrutamos de este amor
nuestras almas se acercaron tanto así
que yo guardo tu sabor pero tú llevas también
sabor a mí...*

La cadencia cálida, insinuante del bolero, volcándose con sabia parsimonia de caricia experta; unos labios reventando en rojo que ofrecen el beso largo, profundo y demorado..., sin mayor medida que perderme en la noche de tu pelo, fascinada en tu mirar de pupilas entornadas que me saben desde siempre..., y perder la noción de mis contornos y mi propia realidad, ciñendo con la fuerza que nace de la languidez un cuerpo que se muestra y se vela, se ofrece y se hurta, domina y sucumbe.

Y mientras se diluye la música en la oscuridad, me siento todavía más ajena a cuanto se escapa de mi identidad adormecida, de los límites precisos de estas sábanas, más allá de las cuales se afirma un mundo de rutina, de concesiones, desapasionado, informe, que hoy se me muestra insoportable, atragantado de desidia..., pero...

«Pasamos a continuación a la información internacional, que coordina como siempre...».

Y, al sortilegio de estas voces conocidas que acompañan el ritmo de nuestras horas, me levanto, como tantas veces, y comienzo un día ya sabido, con rumbo prefijado entre los jirones del sueño y el hastío: cafetera, grifos, zapatillas que arrastro...

¡El café!: y, por fin, el sobresalto, el día nítido y burlón pintando de luz los rebordes maravillados del butano, anegado en una balsa negra.

Se van colocando otra vez las paredes en su sitio de siempre, cortando espacios en ámbitos sin sentido; las ventanas escupen algo parecido a una luz miserable de un día de alquiler, y a medida que los objetos van tejiendo sus redes de rutina, su abrazo viscoso y taimado de cotidianeidad va llevándome de la fregadera al baño, del estropajo a la camaradería de la escoba, tan fiel acompañante.

EN EL descansillo, conciliábulo momentáneo de vecinas —las greñas sublevadas, pinceladas de oscuridad en las ojeras, las batas mañaneras desmañadas—:

—Pues yo no he pegado ojo en toda la noche, hija.

—Pues qué te voy a decir yo...

—Pues anda que...

Atrás quedan las voces, adelgazándose a medida que las escaleras se van dibujando de luz callejera. Invaden las aceras tropes de madres que galopan arrastrando hijitos soñolientos, descoyuntándoles los brazos en la sobrehumana carrera matinal hasta el colegio, invariablemente retrasadas, esmeradamente maquilladas, no obstante.

—¡Jesús, qué cruz!

ANTESALA-CAJA/ de la compra-ahorros: El ambiente futurista de la Caja de Ahorros, de enceradas superficies, luces frías de desconfianza, de corbatas distinguidas, calvicies satisfechas y ordenadores de programa de lavado de su economía, centrifugándose con algunos duros detraídos de sus equilibrios monetarios.

En la hornacina de cristal, como un dios en su pecera, tan distante al padecer de los mortales en su olimpo de abundancia el joven de la barba recortada —los dedos ágiles de taumaturgo o tahúr— descuelga por la gatera metálica los dones concedidos a los devotos que se apiñan en hileras procesionales; las colas de la fe justa (ni más ni menos), fototomadas con cámaras que amenazan definitivamente las nuca desprevénidas de mujeres-de-compra que, en alarde de dominio, sostienen la libreta de lectura más penosa, el monedero del último suspiro, la bolsa de pertrechos y el carrito de la compra.

Por la tierra de nadie del vestíbulo campea solitario, abstraído, el guardián; como buscando su batalla, tan ajeno al vaivén de los que llegan melancólicos y se van taciturnos; ignorado en su quinta dimensión, como los sillones de diseño anatómico (-forense) en los que jamás se ha posado un culo.

—PUES, HERMANA de Dios, ¿a cómo están esos filetes?... Bueno, ¡qué se le va a hacer!... No, señora, ¡qué va a estar usted antes!... Pues, hija, vaya poco mengue... Sí, ahora va usted.

Van y vienen entre muros de comestibles y artículos de limpieza, sorteando los carritos abandonados («¿quiere hacer el favor de dejarme pasar?»), y el charco inevitable de la undécima botella de cerveza rota esa mañana.

—¿Me cobras, guapa? No sé a dónde vamos a ir a parar con estos precios.

SE LE va a quedar fría la comida y tengo que decírselo, pero, ¿cómo evitar que aparezca en mi cara este gesto cansado, cuando adivino la conversación que viene repitiéndose desde hace tanto tiempo?

Y ahora miro la televisión y veo cómo pasan otras vidas que ya son algo más importantes que las nuestras, tan monótonas, tan sabidas: sin segunda cadena.

—Esta sopa está helada.

—...

—¿De qué te ríes, si puede saberse?
—...
—Pero, ¿a qué viene esa risa, coño?
—...
—¡Joder! ¡Quita ese plato de mi vista!

LA TARDE es mi fregadero de acero inoxidable, el goteo de los platos recién lavados, unas migas de pan bajo la mesa y la consabida mancha de vino que se resiste a desaparecer; pero, sobre todo, es un tiempo mortecino que va saliendo del televisor en peliculillas memas entreveradas de anuncios, hasta que el aire se suspende, y siento el agobio de las horas que no pasan, y no sé qué hacer, y poco a poco comienzo a no soportarme, y salgo a la calle tratando de respirar.

Y ALLÍ —ruidos de cafetera exprés y tintineo de cubitos de hielo en vasos largos—, mientras sus niños se desparraman por entre las mesas en algarabía, ellas toman posesión del espacio con un cruce de piernas parsimonioso, mueven con indolencia afectada sus morritos recién coloreados y manotean sobre unos flequillos que les dan ese aire tan joven.

—Pues, fíjate qué cosas; a mí me dijo que se iba a despenalizar el aborto en caso de insatisfacción sexual. Es que tiene cada una...

—Sí, claro; como cuando se me ocurrió preguntarle, sin mala intención, ya puedes creerme, que qué hacía ahora que la habían dejado en la calle (porque cerraron la fábrica, ya sabes), y me respondió sin pestañear que se dedicaba a contestar preguntas idiotas como la mía, que me dejó helada, de veras, ya te lo puedes imaginar, y me quedé allí como una boba con la boca abierta como el Papamoscas y sin arrancar, hasta que, como perdonándome la vida, me dice que si tenía algo más que preguntarle, y no se me ocurrió otra cosa que decirle que no, que casi no me sale palabra; seguro que aún anda riéndose de mí. Y eso me pasa por boba.

Y entre sonrisas, mohines, aspavientos, sorbitos de un café confidente y volutas de un cigarrillo coloreado en carmín, va pasando la hora social y la tarde resbala con serenidad hacia las casas.

*Y QUÉ hiciste del amor que me juraste
Y qué has hecho de los besos que te di
Y qué excusa puedes darme si mataste
si mataste la esperanza que hubo en mí.*

—Va entonces y se me viene derecho, de frente, y me suelta con una cara que no me veas, que si tenía mal la vejiga. Le contesto que no; a ver ¿qué le iba a decir?, que no me dolía nada. Y me salta con que hago más visitas al váter que si la tuviese floja, —fíjate qué lenguaje—, y que si eso es rendimiento

laboral que venga Dios y lo vea; que ellos no habían implantado controles de producción para que yo me la pasase meando, y que a la próxima me encasquetaba dos días de sueldo que se me iban a quitar las ganas. Y aún se marchó diciendo qué sé yo qué de un orinal al lado de las máquinas y de la incontinencia urinaria en las empresas. Y tú te quedas allí aguantando el charrón, cagándote por dentro en la madre que lo parió, y, por si fuera poco, con unas ganas de orinar terribles que te entran de pronto, sin más, de la manera más tonta, como por joderte ahora que no vas a poder; porque: hasta ahí podíamos llegar, después de todo el rollo. ¡Y aún quedaban dos horas para acabar la jornada! Pensándolo bien, chica, creo que tendré que dejar de fumar.

—...

—¿El atardecer? ¡Cómo no!... Sí, claro que sí... Pero sí, seguro; eso de ver las nubes de aquí para allá, con los colorines y el sol bajando todo redondo hasta que te vas quedando como alelao y casi te entra sueño. Que sí, mujer, que sí.

—...

—¿Qué me han de decir esas canciones ni nada? Pues sí que andas tú hoy con preguntitas, rica. Chorradas; mucho chunchún-chunchún, su aquel de «pasión», «vida mía» y «para siempre», y el meneo de culo de esas tiazas que están como para hacer caldo... Y nada más, que te lo digo yo, que eso no son más que chorradas; como tuviesen esos tíos que apechugar con una vida como esta ya se iban a estar ahí dándole chupetadas al micrófono; ya verías entonces...

—...

—Pero, ¿a dónde vas a estas horas?... ¿La de guardia?... Bueno, pero no te entretengas... Pues llevas una cara...

Y A medida que vas entrando en la noche entiendes que toda tu vida es una deuda y sientes cómo va aflorando el resentimiento hasta amargarte en la boca.

Las calles son entonces líneas que llevan hacia adelante un cuerpo abandonado: por mucho tiempo resuena en tu cabeza el ruido de tus propios pasos: aceras, bolsas de basura...; aceras, bolsas de basura...: unos árboles, espacio abierto cortado en rectas de piedra clara, la llamada cómplice de una fuente...

Y fue dejando resbalar el hastío al compás del agua que mojaba sus labios, y se fue llenando de vacío y anclando el pensamiento en la realidad fría del desengaño; besó en la boca a su pasado en un beso de despedida. Y se dejó ir.

AL VERLA salir de su casa esa noche estuve tentado de llamarla y proseguir en su compañía mi paseo. No quise importunarla, sin embargo; quizá porque noté con extrañeza su aire ausente; llevaba con desaliño la gabardina y no parecía importarle la fina lluvia que comenzaba a caer mojándola. La vi enfilar las calles sin interés y no parecía tener destino definido. Caminaba despacio, como abstraída, y ni una sola vez llamó su atención el espacio iluminado de los escaparates.

Cuando, tras caminar por largo tiempo, cruzó la calle y se aproximó a esa fuente, yo me detuve al abrigo de la esquina a encender un cigarrillo, ya decidido a abordarla y a hablarle. Permanecía inclinada, y a medida que me iba acercando se me antojó extraña su inmovilidad. No pude por menos que burlarme de mi equívoco, por fin, al descubrir que el objeto de mi atención no era mi buena amiga, como bien creía, sino una original estatua de mujer en ademán de beber que habrían situado en este lugar no hacía mucho y que yo desconocía.

Doblé la esquina del edificio, pero ya no había nadie en el espacio en claroscuro de las columnas, y las calles cercanas se perdían en la oscuridad.

Al día siguiente mi amiga no había vuelto aún a su casa. Su marido estaba muy preocupado.

Operación año santo

SANTIAGO TABERNERO

1987

II Premio de Narración Breve De Buena Fuente

Tema: La fuente de Santiago

A César y Mitchum

«Ha caído la noche, ha caído
pesada, torpemente la noche
como una araña dentro de mi copa».

FERNANDO LUIS CHIVITE

—**M**uérete si te empeñas, pero deja de sangrarnos. Toma y no vuelvas por más —le dijo su madre metiéndole en el bolsillo la última paga pringada de llantina. Naipes agachó la mirada, dio media vuelta con gesto aplatanado, y corrió a contar a Marro que— sefiní macho, la vieja ya no traga, así que ve pensando lo que hacemos.

—De momento, bebernos las mil pelas, que se te quema la pierna —decidió Marro con ese gesto tan suyo de palmear las manos impacientes.

Sonaban las diez desde el Bergerón, y ya iban los dos muy pallá. Se habían bebido todo el vinazo espeso de la Laurel de un solo trago, por olvidar el «sefiní macho». Quieras que no, la madre de Naipes siempre fue la gran esperanza blanca para ellos, el único comodín en una baraja sin palos de fortuna.

Porque ¿trabajar?, mejor dejarlo, mal tema. A punto ambos de cumplir los treinta, no era momento ni edad para sorpresas.

Fue al iniciar la undécima Senda, en plena Gallega, cuando la calderilla de las mil de últimas hizo mutis con regusto de ribeiro. Ahora brindaban disparates a la Patrona del Chiquiteo, maldiciendo la sombra del planeta. Sin duda, porque ellos deseaban seguir bebiendo y les parecía inmoral dejar de hacerlo por la tontería de la pela. No había noche que no les cortara el rollo en plena efervescencia, justo cuando se ponían tremendos y el alcohol exigía correr-correr-correr, no dejar piernas de mujer sin panegírico, ni barra de bar sin ronda y vuelta.

Naipes defendía su peculiar teoría de los vasos comunicantes con fervor proselitista, pues ¿para qué otra cosa se habían resignado a la vida, si no era para beber hasta que el flujo continuo de la orina se fundiese con la incesante cadencia del porrón? Lástima el dinero, ese malnacido. Porque no quedaba tasquero bueno, ya ni Sebas les fiaba. Di que siempre terminaban convenciendo a alguien para que les pagara la espuela, y luego el arranque, y así hasta que la noche se cansaba de ellos y les estampaba contra el suelo.

—¡Ay, Virgen Melopea!, ¿por qué te lo haces tan chungo con tus más fieles parroquianos? —aspaventó Naipes desde la esquina del Charro.

—Peor pa ti, santa Chiquitera, ahí te quedas. Vámonos, hermanos, que ya nos lloverá Baco. Total, ya estaban chapando las iglesias... —alivió Marro ante la Senda desierta.

Ahora, calle Albornoz abajo, iban blanditos, dicharacheros y geniales, cazando pelusas en el aire. Todo lo veían incandescente, giraban las estrellas sobre sus cabezas a ritmo de Dan-

cing, cornisas y balcones perdían la recta compostura, así que la directa era dejarse llevar hacia el rincón que la ciudad les hubiera reservado. El «gafe» del oficio, según Naipes, era mantenerse firmes, evitar que el vino se encharcara en el suelo sin poder auparlos luego. Porque avanzaban a oleajes broncos, como autos de choque culebreando la calle. Las más de las veces tropezaban por tropezar, hechos un ovillo de risas ostentosas.

Descrestando bocacalles, absolutamente desnortados, plegaron Portales a zigzag limpio entre los arcos. El eco redondo de una sola campanada recostó nuevas caídas en la placita del Moderno, y ya habían empezado a quemar los almacenes de Haro cuando Boterías les depositó a los pies de la fuente de Santiago, como río nocturno que desalojara su caudal al mar. Ilusionados por el foco halógeno que encalaba el Conjunto Histórico-Artístico, Naipes y Marro supieron, con inexplicable certeza, que habían llegado al final del trayecto.

Con parecido gesto al del huésped que, antes de dejar las maletas en la cama, inspecciona de un vistazo la habitación de la fonda, callaron un instante los borrachos para hacer suya la plaza de Santiago. O lo que fuera aquel nudo residual de travésias y callejas convertido en pragmático dormitorio de automóviles con vistas al Ebro. Un nudo monumental, eso sí, pues la miseria de aquel casco viejo de Casco Antiguo parecía querer redimir su complejo en el gótico decadentísimo de la iglesia de Santiago; regar su sequía en la fuente, también llamada del Peregrino, y en el reflejo fluvial de la chopera al fondo.

Bajo el foco, millares de pavesas primaverales manaban en vuelos ralentizados, caracoleaban a su aire para caer finalmente, asociadas en remolinos frágiles, al zócalo de la fuente:

un cubo vaciado en piedra porosa, que descendía sus ocho escalones hasta dar con la pileta de dos caños, el suave arco que la cubría, tres escudos de alabastro en blanco, y el frontón punteado en sus vértices por sendas pelotas pétreas.

Encuadrada la postal y sin previo aviso, el brazo de Marro se descolgó del hombro de Naipes con prisa de vomitona. El pastoso calor que llegaba desde el Puente de Hierro hasta la plaza con disfraz de brisa se le había estancado en el gznate agitando el poso de la parranda. Y ya ascendía el vino, violento, hacia el nervio más indefenso del cerebro.

—¡Naipppppppps, me sobr-onp...uedo máááááágsh!

Naipes también hervía, pero el oficio adquirido en decenas de trances semejantes le ayudó a reaccionar con serenidad de semisobrio. Tomó a Marro por la espalda, le abrazó el pecho con fuerza presionando por facilitar lo irremediable. Luego deslizó su mano derecho por la cabeza febril de Marro, apartó el cabello que el sudor pegaba en la frente del amigo, masajeó su nuca dulcemente.

—Tranquilo, hermano, tranqui que estoy contigo, nada pasa. Echa todo lo que tengas que todo es agua. Vamos Marro, cuélgate sin miedo de mi brazo, descansa... así... ya pasó el mal trago.

—¡Qué hermosura, ver a un borracho auxiliando a otro borracho! —dijo una voz carraspeante y burlona desde el fondo de la fuente. Naipes, sorprendido, descuidó momentáneamente el peso de Marro, que cayó torpe en el asfalto.

—¡Host... íá!, ¿quién es este?

—Un peregrino que, como ustedes, perdió el camino. Estaba aquí abajo, adormilado. ¿No me vieron? Es igual, dejé-

moslo, creo que su amigo necesita ponerse a mojo un buen rato. Permítame que le ayude.

Naipes aplanó de nuevo el rictus por única respuesta, sin dejar de observar al extraño. Más que peregrino, parecía un siniestro personaje fugado del peor bestiario. De su cráneo calavera nacían gruesas redes venosas, que se ramificaban hasta los pómulos saltones, violáceos; infinitas venosidades surcaban esta vez los globos oculares, acentuando su mirada extraviada en quién sabe qué jubileos; un islote de dientes desmochados se adivinaba bajo la anarquía de la negra barba. Su extrema flaqueza, remarcada aún más por los casi dos metros de estatura, iba cubierta por pijama milrayas, manta agujereada a modo de poncho y zapatillas caseras. «Vaya prójimo raro, al lorito con él», receló Naipes. Mas ya tomaba Peregrino a Marro por los pies, e indicaba a Naipes que hiciera lo propio prendiéndole por los sobacos. En volandas descendieron al fardo.

—¡Oiga, qué hace, no haga eso!, ¡con mojarle la cabeza es suficiente! —protestó Naipes al ver que el otro tumbaba a Marro bocarriba en la bandeja y abría los dos caños.

Marro volvió en sí como agitado por descarga eléctrica, saltó de la taza sacudiéndose en redobles perrunos, y se puso a diluviar tacos: «¡Cagüen Dioro, Naipes!, ¡la leche que te han dado!, ¡ñandú, bestiaparda, sacramantecas, mariconazo...!»». Bufando por contener las carcajadas, Naipes sugirió a Marro con el índice que volteara a su izquierda.

—¡Host... íá!, ¿quién es este?

—Lo mismito dije yo cuando le vi, tron. Peregrino dice que es.

—Ande, tome y séquese, que cogerá un pasmo —terció Peregrino ofreciendo el poncho a Marro. A continuación tomó un voluminoso talabarte de un rincón del zócalo. Rebuscaba en su interior algo, al parecer muy importante, entre decenas de frasquitos de plástico que escupía la mochila mezclados con conchas marinas de todos los tamaños.

—¡Aquí está!, ¡jalejop!, la medicina que usted necesitaba —exclamó entusiasmado, extrayendo una caja tetrabrik de vino tinto—. Entrará en calor en cosa de segundos. Ahora habrá de beber a morro, eso sí, es difícilísimo al hilillo. Y tranquilos, que por ahí abajo anda otro par de litros.

Marro tomó el tetrabrik con los dedos en pinza, poniendo cara de asquito. Naipes se lo quitó de las manos sin pamemas, que ya podía ser vino esterilizado, homogeneizado y pasteurizado, mientras fuera vino. Mordió un pico de la caja, lo abrazó con los labios y su rostro se transfiguró en el de un feliz lactante amamantado.

—Está rico de pelotas, sin reparos.

El segundo tetra cayó como el primero, de muerte dulce, que el vino de la noche ya volvía a espigar por las arterias, chisporroteaba entre el vello de los cuerpos avivando el pailique, consensuando vidas y milagros. Sentado el trío en la pileta, disfrutaba la gloria de estar allí abajo, sin ver más allá de la escalera, ajenos al mundo. La humedad broncina de la piedra parecía protegerles de cualquier tristeza. Bastó un par de horas para que no quedara secreto sin confidencia.

Ni Naipes ni Marro se sorprendieron de que Peregrino se hubiera fugado aquella tarde del Reinasofía, harto de electros y

pastillas, con la tajante intención de hacerse millonario. El plan era infalible, magnífico y, bien mirado, aunque no estaba previsto, no vendrían mal dos compinches como Marro y Naipes.

Se trataba, en pocas palabras, de apelar a la sensible ingenuidad del pueblo llano por vía de milagro, potenciando en el gráfico social los picos de beatería que, sin duda, reflectaban la iglesia y la fuente de Santiago hacia la zona, como jalones genuinos del itinerario compostelano. Peregrino agrupó conchas y botellitas de plástico en el centro del quinto peldaño, con mimo sobreactuado, dando a entender que aquel muestrario no era sino el semillero de su inmediata riqueza.

Para el éxito de la «Operación Año Santo», o «timo del Peregrino» a secas, bastaba con urdir una ficción de leyenda, que cumpliera las exigencias del relato verosímil. Los protagonistas serían tres generosos peregrinos camino de Santiago que, por revelación directa del santo, habían tomado de la fuente una partida de agua con asombrosos poderes terapéuticos. Inútil que ahora la gente llenara cántaros, pues solo el agua revelada contenía milagro. Las conchas eran obsequio de la casa, y necesario complemento como más tarde se detallaría.

Puesto que todo tiene un precio en esta vida, y aun sin albergar afán mercantilista alguno —bien lo sabe san Santiago—, se veían obligados a cobrar un pequeño óbolo, o caridad, con el que costear los mínimos que les permitieran seguir viaje. Decenas de tullidos, parapléjicos, mutilados de guerra y paz, cancerosos y artríticos, habían disfrutado ya de los favores del agua. Además, y atendiendo a la población de riesgo habitante de la zona, también curaba el sida, como se demostró con un joven

vecino de la calle Sagasta. Asimismo, aquel agua mucho más que potable, resolvía enfermedades menores, tipo tartamudez, anemias, lumbago, orzuelos, gota y párkinson, por citar algunos ejemplos. Bastaba con verter el agua en la concha y, desde ahí, aplicarla a las zonas afectadas antes de meterse en cama. Al día siguiente, como nuevo. Ahora, eso por supuesto, imprescindible que el interesado pusiera mucha fe durante el sueño, pues sin fe..., era como si te tocabas la barriga.

—Claro que este negocio es flor de un día —apuntó Peregrino ante el silencio alucinado de Naipes y Marro—, quiero decir que sería suicida esperar a que despertaran los supuestos beneficiarios. Mas la ruta hacia Compostela es de largo recorrido, así que al día siguiente caería Navarrete, luego Nájera y así mientras queramos. ¿Hasta aquí alguna duda?

Llevando el negocio a su terreno, Naipes recreaba la Operación Año Santo como un talismán capaz de convertir el agua en vino, muy en la línea de las bodas de Caná, pero en *petit comité*, o sea, que tocaba a más. Así que expresó a Peregrino su asentimiento rotundo, mientras daba un codazo a Marro para que bajara el tercer tetra de las nubes un rato y respondiera afirmativo.

Resuelta la unanimidad sin reparos, Peregrino pasó a detallar el capítulo presupuestario-escenográfico, pues la entrada de Naipes y Marro en la Operación Año Santo multiplicaba por tres los gastos. El desglose del *atrezzo* básico incluía maquillaje para arrugas, polvos talco encanecedores, dos barbas postizas del Acuario, tres sombreros de ala ancha, mantas a modo de sayones, un retal de franela roja con el que fabricar

las cruces jacobeanas, aguja e hilo con que coser cruces y conchas de peregrino a la pechera.

—Los pies descalzos nos evitarán gastos, pues el capital social del que dispongo, fruto de un lustro de ahorros durante mi estancia en el psiquiátrico, es de dos mil setecientas pesetas. Respecto a los indispensables báculos, en la chopera del Ebro seleccionaremos lo mejores. Yo me encargaré de anotar los gastos que, estaréis de acuerdo, se os irán descontando a prorrato, a medida que se contabilicen los ingresos. Finalmente, y por lo que respecta a vuestras melenas, habrá que tonsuraros si queremos atar lo verosímil a seguro. Además, y teniendo en cuenta que ya aprieta el verano, podrán presumir vuestros cráneos de local climatizado.

—Pues manos a la obra —palmeó Peregrino cerrando el monólogo. De uno de los compartimentos del petate extrajo un pequeño neceser y, de este, una maquinilla de afeitar tipo Bic y tijeras.

—¡Ah, no!, eso sí que no. Pero para nada. —Se echó Marro las manos a la cabeza, a punto de emprender la huida, cuando la advertencia de Naipes frenó las intenciones en seco—: ¡Quieto parao, Marro; si te vas no vengas por vino luego!

Pasadas las cinco de la madrugada, el interior de la pileta era un conciliábulo de grupos capilares flotando a la deriva del desagüe, cuernitos castaños los de Naipes, lacios mechones negros de Marro, pelillos a la mar al fin y al cabo, que Marro y Naipes contemplaban desolados, girando pulgar e índice a modo de compás sobre sus coronillas, por comprobar los contornos diametrales del estrago. Ya llovían juramentos

a destajo, cuando Peregrino les alertó chistando los labios. Alguien se acercaba, ¡silencio!

En efecto, se escuchaban a unos doscientos metros, por Barriocepo, cautelosos movimientos de pasos que la noche transformó en fragor de búsqueda. También desde Sagasta llegaba hasta la fuente el runrún de una furgoneta, conexiones cruzadas de gualquitalqui. ¿Por qué los presentimientos destapan siempre pucheros de trágicas certezas?

—¡Huye, huye, Peregrino, vienen por ti! —gritó Naipes adelantándose un segundo al resplandor que los faros de la Decauve del psiquiátrico lanzaron desde la esquina de Sagasta.

—¡Huye, hermano, no dejaré que te cojan! —jaleó Marro escalando el muro de piedra y la baranda, para salir al paso de los celadores que bajaban por la iglesia. Naipes libró en dos brincos los ocho peldaños de la fuente, por impedir el avance de la furgoneta, y abrir a Peregrino la huida hacia Boterías.

La noche entera se había convertido sin saberlo en un esprín de vértigos y gritos. Todo hervía en la plaza, salvo el terror congestionado de Peregrino, pegado a la pileta de la fuente sin poder mover un solo músculo, noqueado como en las peores pesadillas. «¡Huye, huye, a qué esperas!». Finalmente logró incorporarse; gruñía espasmos como un animal al que acosa la matanza. El pánico quebró la huida, resbaló en el quinto peldaño con el tenderete de conchas y botellitas de plástico y rodó vencido escalera abajo; grotesco hilillo de sangre manaba de los dientes de Peregrino, untándole la barba.

El vocerío se congeló en el aire, enmudeció el zafarrancho. Todos, Naipes, Marro y celadores, abandonaron el forcejeo

para mirar el cuerpo derrengado de Peregrino en el zócalo de la fuente, sobre el que caían rebotando las botellitas del milagro. Uno de los celadores, asustado, abandonó la camisa de fuerza y bajó presuroso, se agachó para tomarle el pulso a Peregrino. Parecía redoble de tambores el goteo de los caños sobre la pileta, mientras nuevos celadores bajaban la escalera. Crujían persianas, se descorrían visillos. El halógeno histórico-artístico iluminaba la fuente como si de un escenario de teatro en el que actuaba la farsa se tratara.

No, no estaba muerto, y otra vez volvió el bullicio en tromba de rumores vecinales, sollozos de Marro y Naipes, mensajes de gualquitalqui. «Rápido, hay que llevarlo a Urgencias». «Acercad la furgoneta, vamos, daos prisa». «Que alguien recoja su mochila».

Lentamente, la plaza recuperaba los colores del día y las pavesas giraban, giraban y giraban. Abatido, desencajado, Marro abrió un caño de la fuente y dejó que el agua llenara de frío su cabeza. Naipes escupió su asco en dirección a la Decauve que ya se perdía agitando pañuelos. Desde el Puente de Hierro llegaba hasta la plaza un calor pastoso con disfraz de brisa.

Ojo por ojo es ojo

MIGUEL ÁNGEL MURO MUNILLA

1989

IV Premio de Narración Breve De Buena Fuente

Tema: Teatro Bretón de los Herreros de Logroño

— **N**o me guiñe usted el ojo, don Manuel, que por fuerza habrá de quedarse a oscuras.

Manuel Bretón de los Herreros no pudo evitar que la contrariedad le marcara lívida la cicatriz sobre su ojo tuerto: por el pasillo central del teatro, mordaz y suelto de ademanes, como siempre, entraba Larra.

—¡Cuánto bueno, Mariano amigo!

Pero la respuesta se suspendía de un gesto tenso: un pie se le movió nerviosamente.

—En hora mala había de faltar yo a la inauguración del teatro en honor a un amigo. ¡Y en Logroño: eso más!

La barbita de Larra reía una ironía provocativa cuando llegó al proscenio. En su sien derecha se veía el agujero negro y redondo del suicidio: el color ceniciento de la pólvora le daba un toque distinguido.

—¿Cómo perderme lo que con estilo atroz mañana narrarán los plumíferos que pasan por periodistas?

La mano interpretó un vuelo leve y puso dos puntos en el aire:

—En-el-día-de-ayer conelmotivofeliz de-la-inauguración-del teatro quellevapor nombreeldelmuyamadohijedeestatierra lililustreeinsigne, et caetera, et caetera, et caetera... Y por su-

puesto a continuación lo que más interesa: «El nuevo coliseo de nuestra ciudad lucía esplendoroso en esa noche de estreno de gala, con las excelentísimas autoridades y los señores de..., et caetera, et caetera, et caetera.

»Y en efecto, tanta luz deslumbrará, cegará y así no se verá la desmedida ostentación de lujo provinciano y el tropel de mentecatos reunidos en una hipocresía de respeto al arte.

»De usted, don Manuel, quedará grande y tallado en piedra un nombre vacío: *nomina nuda tenemus*, que dijeron los antiguos, solo nombres desnudos.

Bretón, adusto y centelleante el ojo sano, hubiera, con gran seguridad, replicado de modo agrio, pero en el lujoso vestíbulo marmolado sonó con destempe un estrépito de herraduras.

Se produjo un mutis expectante y, al cabo, se personó en el fondo del patio de butacas el impensado duque de la Victoria, general Baldomero Espartero, ya sin caballo.

Pavoneaba la orgullosa cabeza del prohombre el morrión empenachado, y vestía con jactancia el uniforme de gala: charreteras, insignias y otros cuentos. Avanzó marcial y pisafuerte —muy en general— y de una mirada suficiente calibró la situación; su hablar sonó metálico, amistosamente amenazador:

—¡Amigos, por vida del Altísimo! ¿No han de cesar esas rencillas? ¿Su suspicacia, don Manuel, ha de pasar por los siglos? ¿Restallará por las edades su ironía amigo Larra? ¡Ea, acábense de inmediato los malos modos! ¡Haya un abrazo!

Sin embargo, salpicaban su espadón cuajos de sangre enemiga. Larra y Bretón cruzaron mirada y media, y el riojano, ante la insistencia del militar, se arrancó precipitado:

—No aguardo a que tú comiences.

Quédese el rencor odioso
para enemigos vascuences.

Yo te vencí rencoroso,
tú generoso me vences.

Una reedición del Abrazo de Vergara iba a producirse cuando la tormenta teatral (torrente de aplausos, atronadoras ovaciones, palmoteos electrizantes) les obligó a guarecerse entre bambalinas: comenzaba la sesión inaugural del Teatro Bretón de los Herreros en Logroño capital.

LARRA MENOSPRECIABA cordialmente a Bretón. Como dramaturgo le parecía mediocre y repetitivo; como persona, timorato y receloso en extremo. Le era difícil soportar en él la pacata y burguesa incomprensión de su suicidio, y la violenta agresividad con que reaccionaba ante cualquier broma relativa a su obra. El hecho de que tuviera un teatro dedicado a su memoria no iba a alterar, claro es, ese sentimiento:

—Manuel Bretón, hombre de una sola mujer y un solo ojo:

Para ser Moratín
te falta altura,
para repetirte a ti
te sobra cara dura.

—CUANDO MARGARITA Xirgu debutó en mi teatro fui un hombre feliz. Ya saben que la Xirgu eligió representar mi Marcela, injustamente olvidada. Sé cuándo tengo ante mí un prodigio de la escena: no en vano admiré por largo tiempo el arte de una Bárbara Lamadrid o de una Concepción Rodríguez. Por eso ¿qué puedo decir de esa mujer? ¡Maravillosa actriz!: el rostro expresivo, la voz flexible y grata, la pronunciación perfecta, el ingenio presto para pintar con una simple mirada o un ligero ademán cuantas sensaciones requiriese la comedia. ¡Qué dominio sobre el alma de los espectadores! ¡Vibró la ciudad con su arte en esa noche!

Si fuese dado al autor...

Larra cortó el discurrir de los recuerdos de don Manuel Bretón levantándose sin ceremonia. Encendió un cigarro y el humo difuminó su gesto hastiado:

—Teatro, solo teatro. ¿Usted ha vivido de verdad alguna vez?

Y la figura de Dolores Armijo de Carbonero, su amante, cruzó de espaldas por su memoria.

ANTE EL desespero de Manuel Bretón el teatro declinaba. Pocas funciones, muy espaciadas y, con el tiempo, las más solo eran revistas medianillas que no alcanzaban ni a fingir el lujo en vestuario. En ellas, el arte en la *vedette* se resumía en las dos lunas de sus nalgas, y una voz cascada que, con provocacio-

nes, penaba por levantar el espíritu a la hombrada y poner una pizquita de santo escándalo en alguna señora acompañante. Las chicas del *ballet* —de fémures gloriosos— equivocaban invariablemente el paso y cantaban con voz de coro parroquial.

—Siempre queda en el teatro el olor de algo así como una lágrima de tristeza. ¿No cree, don Manuel?

Pero si la actriz de moda en Madrid salía de gira y recalaba en estas tablas era un gozo el ver el hormigueo por taquillas y la vasta erudición que se desplegaba.

—¡Es la Velasco, la Serrano, la Gutiérrez, la Mariscal!

—¿Y es buena?

—¡Salió en televisión!

—¿Y el autor?

—¡Eso que importa!

—¿Y la obra?

—Algo de comicidad y mucho movimiento.

MÁS QUE mediado de vista había de ser ciego para no entender que Baldomero Espartero malquería a Manuel Bretón. El general revivía en ocasiones el estúpido desaire en que el comediógrafo, a sabiendas o por impericia, había hecho mofa de su figura de militar triunfante.

Bien es cierto que la obra en que Bretón criticaba al general y a su indisciplinada tropa había acabado en una algarada de la soldadesca con intento de linchamiento del comediógrafo, del que el hombre escapó con gran susto, a duras penas,

y del que le quedaron temor y temblor por largos meses. Pero aún así no perdonaba.

No es de extrañar, entonces, que cuando supo la noticia corriese a buscar a Bretón para espetarle:

—¡El cinematógrafo! ¿Sabe usted? ¡En su teatro de usted va a instalarse el cinematógrafo!

EN LA pantalla, opulenta de ojos, de labios y de pechos, rotunda de cadera y ambas piernas, Sarita Montiel encarna a la andaluza de sangre arrebatada y correntona. Desgrana una canción con pestaña chispeante, con labio decidor de mil amores; el pecho (los dos) hendiendo el aire ya abrasado; anudando el deseo a la cintura cimbreante de insinúos; descubriendo a latigazos de pasión de celuloide ora un muslo, ya los dos. En derredor, en la taberna en que jadea esa canción de amores incendiarios, cincuenta lugareños malbarbados boquibabea un deseo reprimido y hacen algunas palmas. Jorge Mistral, capitán de bandoleros, domina el despliegue seductor de aquella hembra con desdén de macho: la mano agarrando con poderío el vaso de tinto grueso, enhiesta la bota de montar cuanto se tercié, la mirada dura, displicente. Un teniente del ejército francés —oculto por un 2 de mayo y guapo por azares del guion— escucha enamorante/enamorado.

—¡Qué gran mujer, don Manuel! ¿No cree usted?

Pero Bretón no atiende: el baile y el asunto pasional lo han enajenado. Y cuando despuntan fieras las navajas y están frente a frente el español (de torero gesto) y el francés (de ges-

to bovino), y se masca la tensión (como quien dice) y Sarita se retuerce entrambas manos: Manuel Bretón de los Herberos se adentra en la pantalla, se arroja al círculo del desafío y el primer remolino de la cuchilla albaceteña le pilla el lado izquierdo y le taja el ojo, y lo pierde, y queda tuerto y con horrenda cicatriz.

La proyección se ha detenido. Algo, a manera de sombra, se ha superpuesto a las figuras de la cinta y hay un no saber nada, el silbido gamberro de un muchachote y un pequeño desgarrón incomprensible sobre el lienzo blanco.

Se suspende la sesión.

Bretón, en un camerino inhóspito, llora a medias su desdicha por su solo ojo.

MARIANO JOSÉ de Larra acude a las matinales dobles del Bretón. No parece lamentar en demasía el triunfo del cinematógrafo a costa del teatro. Quizá entiende la ironía implacable de los tiempos modernos, que endiosan figuras ficticias y desdeñan las carnes palpitantes y próximas de las cómicas. Tal vez se burla del destino de su amigo Manuel Bretón: una sombra flaca y sin un ojo, desaparecida del recuerdo en su propio coliseo. Quién sabe si, sombra él mismo, no encuentra en las luces fingidoras de los films sus vidas vividas y por vivir: amores imposibles, noches negras de abandono y el suicidio.

Por eso, de tiempo en tiempo, tras las últimas palabras de la película («Anoche, tus labios ribera de un río instantáneo y profundo, y hoy... esta soledad»), cuando ascienden los ró-

tulos de crédito, Larra, los ojos fijos en su pasado, amartilla la pistola contra su sien y dispara, como siempre, como tantas veces, calmando en su cabeza el desasosiego. El estampido se confunde con el explotón de una bolsa de palomitas vacía; Bretón se acerca y, entre severo y reticente, recrimina al romántico su actitud.

En la sala, el siseo furioso de un hombre de bigotillo y traje negro pide silencio.

BALDOMERO ESPARTERO no se ha perdido una sola película de hazañas bélicas. Llegaba al Bretón arrastrando un pequeño cañón que —según dijo a sus dos compañeros— era recuerdo del bombardeo con que aplastó en enero del 1843 la sublevación barcelonesa, y con el que creaba ambientación en su palco. El fragor de las batallas lo ponía vehemente y vez hubo en que Bretón le reconvinó algún que otro mandoble del sablazo en la tapicería cada vez más avejentada del teatro.

La noche del 13 de enero de 1979 Baldomero Espartero se unió a los españoles que iban a lanzar el asalto a las murallas de Ávila tomada por los franceses. Con un gesto imperioso puso paz en el guirigay de la tropa popular, heló con su mirada a un Frank Sinatra remolón y se derritió en la cercanía inquietante de Sofía Loren; luego —el ardor guerrero vibrando en su voz— ordenó el avance en un *travelling* espectacular; prendió fuego a la mecha del cañón y, al tiempo que el proyectil impactaba contra el cartón-piedra abulense, detrás

de la pantalla del Bretón brotó una chispa, se alzó un humo amenazador y crepitaron las llamas que, como bíblicas, arrasaron el teatro en un decir Jesús.

Baldomero Espartero consumó en el Bretón otra gesta militar y volvió al lomo de su caballazo a posar, como si con él no fuese nada de aquello, y a mirar de soslayo y con disimulo la ruina que dejaba a sus espaldas...

Larra, escéptico y despegado, tosió con elegancia, sacudió las pavesas de las solapas de su frac y buscó en la noche logroñesa otro cine donde vivir su vida largas veces.

Del teatro Bretón de los Herreros quedaba en pie tan solo la fachada.

Y Manuel Bretón lloró el humo por su ojo derecho y el olvido le puso lívida la cicatriz en su ojo tuerto.

Hasta dejarlo todo atrás

JOSÉ RAMO GÓMEZ

1990

V Premio de Narración Breve De Buena Fuente

Tema: La estación de trenes de Logroño

Recordaré a Fulgencio Malea por dos crímenes imaginarios y unas horas de conversación en el andén mientras espera el interurbano de las 19:30 que ha de llevarlo a Zaragoza. Es posible que otros recuerdos se impongan más adelante, pero no seré yo quien los provoque; al menos, así lo he decidido.

De los crímenes de Fulgencio Malea solo puedo acercar las escenas finales y el propósito aparente que los motivó. En el primero —aunque el orden en que me los contó poco importa—, un hombre es herido de muerte cerca de la estación del ferrocarril, sube penosamente los dos escalones que lo separan de la puerta central, penetra en el vestíbulo, cae de bruces, vuelve el rostro a la derecha. Después hay una brevísima agonía. El segundo crimen es a mi juicio una variante del anterior, otra versión posible. El hombre herido alcanza el tren que arrancaba, entra en el primer departamento, se abandona al asiento situado junto a la ventanilla. Su muerte no parece penosa. Situado en sentido contrario a la marcha, mientras se le velan los ojos puede ver por última vez la ciudad que se aleja.

Los dos crímenes de Fulgencio Malea son también las dos formas en que imaginó su propia muerte. Cinco años de amistad me permiten afirmarlo. Creo incluso que puedo completar las escenas y asignar a cada muerte un sentido. El hombre aba-

tido en el vestíbulo que vuelve el rostro a la derecha contemplará un mural en el que anónimas gentes del campo se afanan en tareas de recolección. Sobre los rostros imprecisos, apenas esbozados, podrá superponer aquellos que le fueron familiares, rostros que pertenecen a una infancia feliz que ahora vuelve a sus ojos, pero solo a través de un cendal. El hombre que ha subido al tren verá alejarse la estación, creará que los edificios se acumulan, corren hasta perderse en un punto de la lejanía, como si todo quedase atrás y así pudiese a la vez conjurar su pasado reciente y la ciudad en que vivió.

Conocí las dos muertes de Fulgencio Malea a comienzos de mayo. Una tarde, mientras tomábamos café en su casa —soíamos hacerlo una o dos veces por semana—, me habló con entusiasmo de sus cursos de filosofía, insinuó un posible viaje por este motivo, un traslado quizás, por el que no me interesé. Acabamos hablando, como casi siempre, de literatura y no me extrañó que quisiera animarme a participar en un concurso de narración breve con la estación de trenes como tema obligado. Entonces me habló de los dos crímenes. Sospecho que solo había pensado las escenas a que me he referido y que esperaba como siempre hasta el último día para escribir el resto del relato y que este, como una fuerza física, le solicitase la muerte adecuada. Aquella tarde de comienzos de mayo volvió a hablar del concurso de manera obsesiva. Recuerdo que en algún momento insistió en que participase con una vehemencia que me molestó. Le señalé mi condición de autor inédito y el desagrado que me producían los temas impuestos, quise incluso decirle «préstame tus muertos», pero me callé. Concurrar se

había convertido para él en una obligación que deseaba trasladarme, como si de este modo ambos saldásemos una extraña deuda contraída por nosotros mismos y con la ciudad. Yo lo escuchaba con un sentimiento ambiguo, entre la compasión y el regocijo. Se había puesto vagamente elocuente y pronto iba a aparecer el filósofo con un sentido trasnochado del imperativo moral. No me equivoqué. «Si una ciudad —decía— no encuentra su manera de significar, si no inventa su rostro deberá resignarse a un destino vicario. Quien hable de ella lo hará como si todo lo que en ella se levanta y vive fuese una suma arbitraria, algo que ha reunido sin ninguna fortuna el azar. Esta ciudad, Víctor, carece de rostro».

Fulgencio Malea se descolgaba a veces con frases de este tipo. Yo creo que las preparaba y que la aparente meditación acerca de esta ciudad y de sus gentes ocultaba un profundo rencor. Que haya sido mi amigo no me impedirá reconocer que un fracaso personal le llevaba a ensañarse en lo que yo considero un objeto neutral.

He de confesar ahora que, entre otras cosas, debo a Fulgencio Malea una razonable pasión por la escritura, pero siempre me molestó que reprochase a mis trabajos una excesiva voluntad de oficio, una irritante ponderación de los medios que, a su juicio, impedía la aparición de lo imprevisible y sorpresivo. Él lo achacaba a mi condición de abogado. «Víctor, tu procedes de una larga estirpe de abogados —me ha dicho, no sin ironía en alguna ocasión— y has vivido siempre en la ciudad; yo vengo de un pueblo y ha sido necesario que transcurra el tiempo para que la inocencia se combine con

la lucidez». Es cierto que Fulgencio mostraba a menudo las maneras inocentes del buen salvaje, pero a la lucidez puedo ponerle algún reparo.

Ayer, treinta de mayo, acompañé a Fulgencio Malea a la estación. Había sacado el billete para el interurbano de las siete y media de la tarde y me extrañó que me rogase que pasara a buscarlo a las cuatro. Pero a través del teléfono el timbre de su voz llegaba alterado y no quise hacerle preguntas. Desde que vinieron a Logroño, hace cinco años, Fulgencio y su mujer han vivido en el número tres de la calle Bretón. Fui puntual. Fulgencio me esperaba en la acera con dos gruesas maletas, una a cada lado. Vi a Julia asomada a la ventana y la saludé. Ellos se despidieron agitando la mano.

Hicimos el trayecto sin hablar. Aparqué a la derecha, cerca del muelle. Cogimos cada uno una maleta y nos dirigimos a la puerta de entrada. En el vestíbulo no había nadie. Fulgencio, delante de mí, cruzó la puerta que da al andén y luego torció a la izquierda. Yo lo seguí. Ocupamos los asientos más alejados, a la derecha del bar. Fulgencio encendió un cigarrillo y aspiró profundamente. Siguió fumando en silencio durante unos minutos que se me hicieron penosos. Después empezó a hablar: «Víctor, te he hecho venir porque nuestra amistad me obliga a darte una explicación, que nunca será suficiente, pero que, al menos, te permitirá comprender que al marcharme no emprendo una huida». Se detuvo un momento y quise intervenir, pero él continuó: «Te sorprenderá que hable de huida. Debo aclararte que he solicitado y se me ha concedido un mes de permiso. Para mí ha terminado el

curso y con él los años vividos con Julia y esta ciudad. Es posible que vuelva, pero entonces la ciudad no será la misma, no estará unida al fracaso de mi relación con Julia. Sé que ignoras el proceso que me ha llevado a la degradación, porque se trata de una degradación sobre la que no me detendré a explicarte los detalles penosos. Supe que debía abandonar a Julia el invierno pasado. Lo supe aquí, en esta estación. Al parecer, la enfermedad de su padre le exigía que se desplazase con frecuencia a Bilbao. Y digo al parecer, porque nunca quise saber la verdad, nunca llamé por teléfono, nunca hice preguntas. Los hechos, las experiencias, Víctor, nos castigan con la lucidez. Desde el comienzo de nuestra relación Julia tuvo lo que yo juzgaba aventuras banales. Ahora sé que para poder vivir ha necesitado existir para muchos. Y para ella, existir para muchos ha sido entregarse. No es esto lo que le reprocho, sino que para entregarse necesitaba que yo dejase de existir, no solo en su memoria, sino en la memoria del mundo, como si yo fuese un ser anónimo, borrado, un no nacido. Por eso no le pregunté nada este invierno cuando viajó con frecuencia a Bilbao, ni ella me dijo nada. Yo sabía que había llegado el final y solo deseaba que su vida se cumpliera fuera de mí. De aquellos días guardo únicamente la imagen de una persona que ha despedido a otra persona que tomaba el Sol de Levante a las 6:45 y que, todavía en la oscuridad, ve la estación como un bloque frío que le cerca. Esta persona algunos días se detiene a mirar los murales del vestíbulo, ha visto que el de la derecha está firmado por Martín y Fernando, y el de la izquierda por Fernando y Martín, y se dice a sí mismo

«tanto monta, monta tanto», y no sonrío porque su ocurrencia le parece vulgar. Esta persona intenta traducir la leyenda latina de un escudo de la vidriera lateral —*Hic misterium fidei firmiter profiteamur hoc*— y se pregunta quiénes fueron los que firmemente profesaron este misterio de la fe. ¿O se trata de un misterio de fidelidad? Pero esta persona sabe que los anaqueles desnudos de un quiosco al que unas horas más tarde se incorporará un vendedor indolente expresan con mayor rigor su propio tiempo vacío».

En un tren raramente puntual despedía ayer a Fulgencio Malea. Lo había dejado que hablara y tal vez comprendió mi silencio como el silencio de un amigo. Antes de subir al tren se volvió y me dijo: «Víctor, ahora se habla de trasladar la estación; yo prefiero que permanezca, así podré saber cuando vuelva si he conjurado mi pasado».

Subí al coche y lo puse en marcha. Cuando salía contemplé el edificio de la estación en el espejo retrovisor. Para mí la estación tenía otro sentido, era casi una promesa de felicidad. Mientras me dirigía al número tres de la calle Bretón pensé en la mujer que conocí profundamente en la habitación 325 de un hotel de Bilbao en el último invierno, recordé su cuerpo perfecto y también sus palabras: «Quiero ser generosa y que crea que ha sido él quien ha tomado la decisión de abandonarme».

Conflicto en Las Gaunas

MANUEL TERRÍN BENAVIDES

1991

VI Premio de Narración Breve De Buena Fuente

Tema: El campo municipal de Las Gaunas

Que desde Santurce a Bilbao venían por toda la orilla. Eso andaba cantando, señor juez, aquella manada de jarochos, haciendo bulto en el graderío general, hartos de tintorro y de aceitunas zorzaleñas, beborroteando desde mucho antes que comenzara el partido, hatajo de cafres, sin excepciones, que ninguno sabe por dónde cae el País Vasco.

Allí estaba Pascual, el cabestro de la Luisa; que en su casa, lo que se dice comer, nadie come, pero para el pimpleo nunca falta. Y Fernando Medinilla, el vaquero de la Picaza, con los ojos más torcidos a cada trago. Y Manolo el del Verrón, oliéndole los hocicos a ajos puerros. Y cómo no, Juanele Candiles, que yo le quitaría el apodo, mejor Juanele el Gorrón, siempre con urgencias de ir a los servicios a la hora de pagar la cuenta... Y todos, eso, señor juez, que desde Santurce a Bilbao venían por toda la orilla.

Yo, en mi abono, calladito, que a prudente no hay quien me gane, de mala uva con un Logroñés que no daba ni una, ni por ser el día de san Bernabé, que vaya once peponas.

La forastera, solitaria, vino a posarse como una mariposa en el asiento contiguo al mío. Rubia era. Embutida en un vestido amarillo con botones negros muy ajustado, asomándole las cintas del sostén por los ribetes del escote, que todos sabemos cómo salen algunas a la calle cuando llega junio.

Lo juro, señor juez, ni un mal pensamiento. Yo aunque de caduqueos nada, nada de siestas canónicas, tampoco soy hombre que ande por ahí astillando a las hembras con los ojos, que ya monto quince años sobre el medio siglo, aunque no se me note.

—¿Libre? —preguntó con voz suave, señalando un asiento próximo al mío.

—Sí —le respondí yo cortésmente—. Libre, libre y esperando el honor de sostener su delicado peso.

Un momento después, nada más sentarse, me di cuenta de que apoyaba un muslo sobre el otro, casi al aire, cosas de junio, que no digo yo que fuera una bagasa, y mientras se acariciaba las torces del collar, como distraída, hasta los calcetines parece que me bamboroteaban.

—¿Casada o soltera? —quise saber, sin intención mientras le miraba los ojos que eran dos nidos de espejos.

Los adversarios, aunque era un partido amistoso, por el día de san Bernabé, lince parecían corriendo a todo trapo en un campo que, todo hay que decirlo, un aguachar parece cuando llueve y un callao si el sol calienta. Dos oportunidades habían tenido ya por ninguna de los nuestros.

Pasó por delante Tobalico Ventoso —Carapuerca tiene por mote esa familia— y va el zulocho y me cuca un ojo, que a la señora se le subían los colores, aturdida, y a mí me dieron ganas de ponerle el rostro como los que pinta el Picasso ese. Tobalico y los de su calaña, no un servidor, son los que debían ocupar este banquillo, y los otros, los de al lado, barritando como elefantes, que desde Santurce a Bilbao venían por toda la orilla.

Yo, señor juez, nunca he sido un camorrista, esta es la primera vez que piso un juzgado. Jamás, en mi larga vida, nadie puede decir que me salí del andel del carro. Ni cuando pierde nuestro equipo en un partido de competición. Ni cuando tuve la visión aquella del profeta Jeremías, anunciándome los males que le esperan a Logroño, que algunos cabritos dijeron que no, pero era que sí, mal han de pagarlo algunos, por incrédulos, en la caldera de Pedro Botero.

Media hora antes del comienzo del partido había acudido yo a Las Gaunas, que siempre es bueno timonear el barco, que algunas veces la presencia de los viejos, no se ría, evitan que estos acontecimientos se conviertan en una gazzpachada.

—Cuidado, Juan José —me dijo la parienta, metida en la hazaña del hogar, cuando salía yo a la calle—. Hoy, a las doce, han soltado a la diablilla.

¿De veras, señor juez, que usted no sabe nada sobre la diablilla? ¡Cómo se nota que es forastero!... Un espíritu perverso, señor juez, una zurróna que arde en el infierno, penando, penando y todos los años, el día de san Bernabé, los demonios la sueltan por la ciudad. Debido a eso hay repique de campanas, a todo trapo, una tormenta de sonidos amontonados, para ahuyentarla. ¿Tampoco sabía los motivos del repiqueteo de las doce de la mañana? Hasta los pájaros vuelan enloquecidos ese día, señor juez, como si fuera el cielo un chisporroteo de plumas desconcertadas.

Como es un espíritu, se mete en todas las casas, en los bares, en el baile, también en el estadio si hay partido, y siempre hace alguna de las suyas. Nunca, el día de san Bernabé, faltan

borracheras en Logroño, peleas, novios con trifulcas, alguien que se ahoga. Muy perversa, señor juez, muy perversa. Por eso a los niños, los angelitos, los más débiles, las madres les cuelgan varias medallas, no una, varias, que esa pendona...

—No olvides la medalla, Juan José —me había recomendado la parienta al salir de casa—. Con esa pájara suelta nunca se sabe.

—Siempre la llevo, mujer... Cuando tú no sepas que siempre la llevo...

Desde toda la vida, señor juez, existe en Logroño el miedo a la diablilla. Mi madre me contaba que un abuelo suyo, un día de san Bernabé, fue a bañarse, no al río, a una alberca que ni medio cuerpo de agua cubría, y ahogado lo trajeron, culpa de la mala pécora, que le sumió la cabeza y no se la soltó hasta tenerlo empachado.

—Por no llevar la medalla —recuerdo que me repetía, machacona, mi difunta madre—, por no llevarla.

¿Se ríe, señor juez? Algunos piensan que son cosas de los curas, de cuatro viejas tragasantos, pero a mí nadie me quita de la cabeza... ¿La señora rubia, quiere saber? ¡Ya! Perdona. Se me había ido el hilo por otro embaste.

—¿Le gusta Las Gaunas? —cambié yo el tercio prudente, en vista de su silencio a la anterior pregunta.

—Me gustan —respondió— todos los campos donde hay hombres, hombres. Tanto en el terreno de juego como en las gradas.

Y me miraba a la cara, señor juez, sonriente, que tenía una sonrisa bonita bajo los cabellos rubios, acicalados, bello

oleaje en fuga, no como la parienta, que su cabeza, Dios me perdone, es un puro desorden.

Algunos espectadores se removían de un lado para otro, haciéndome confidencias con el rabillo del ojo, los muy perdularios, como si a mí me gustara candiletear con las mujeres. ¿Tengo yo cara de candiletero? Un riojano de los de antes, eso soy, cortés con cualquiera que venga de fuera, aunque sea forofó del equipo contrario, hembra o macho, haciendo patria chica.

Y el grupo de gamberros de al lado, dale que dale, que desde Santurce a Bilbao venían por toda la orilla, arremangados, abestiándose con el tintorro, un jabardillo de mandilones, que hasta el señor alcalde, desde la presidencia, los miraba de vez en cuando, como reprochando aquella falta de compostura.

Fernando Medinilla desafinaba como un condenado, que además de feo canta mal, y Manolo el del Verrón, de vez en cuando, imitaba el cacareo de las gallinas, o el mugido de un toro, o balaba como las cabras, que el marica lo hace muy bien, y la forastera, cambiándole el aire a los muslos —a poco me da un infarto— se reía.

¿Los jugadores del Logroñés? Ya lo he dicho, once pepas. Se conservaba el cero a cero porque los otros tampoco tenían mucho fuelle pero estos, nada de nada. Y el campo, una porquería, ya lo sabemos.

Durante el descanso hubo un desfile de la banda municipal y detrás, sin que viniera al caso, los gerifaltes de la Cofradía del Santo, ellos en traje regional, que debían sudar como galápagos, y ellas lo mismo, airosos todos al son de la banda, y la forastera, acariciándose el muslo con una mano que yo quisiera mía, comentó:

—Aquí las parejas no desfilan a caballo, como en la romería de la Blanca Paloma.

—Caballos sí desfilan, señora —dije por decir algo yo—. Lo que no llevan son jinetes.

Y ella, para que vea, señor juez, era muy lista, al vuelo cogió la pulla, soltando una carcajada con todas sus ganas, cachon-dona, y se me arrimaba al cuerpo, diciendo que qué cosas, y yo, en uno de esos abejeos, sentí el roce de un pezón en el brazo y me entró una especie de calambre por todas las venas, como cuando joven. ¿Comprende ya el asunto de la diablilla? Los viejos somos viejos pero no estamos muertos. Yo no parecía yo, señor juez, galanteando en el baile me veía, igual que en los años mozos cuando no había gallo que me tosiera.

La pandilla de al lado, erre que erre, sin darle descanso a la cola de milano. Desde Santurce se habían pasado a Asturias, patria querida, ignorando también, seguro, por dónde anda esa tierra, bien los conoce: una gazapina de chocarreros hartos de garbanzos mulatos.

La forastera, de vez en cuando, giraba la vista hacia ellos y, aunque nada decía, yo vi en su rostro un gesto de reproche. Para colmo de males, y ya es mucha casualidad, el equipo contrario, en ese momento, ponía en el marcador el 0-1. Envalentonado, rabioso, levantándome del asiento enérgicamente, con ganas de demostrar que uno es hombre todavía, me fui con cara de pocos amigos hacia aquel hatajo de baúsanos.

—¡Ya está bien de hacer el gamberro! —les grité en voz alta—. Así tenemos la fama que tenemos fuera de Logroño.

Medinilla, entonces, subió más la voz, desafiante. Manolo el del Verrón imitó el gruñido de un marrano en celo, aplau-

diéndole algunos espectadores. Y Juanele Candiles me hizo un corte de mangas, pudiendo ser yo su padre.

Y vino el lío, señor juez. Comprenda que no pudo ser de otra manera. Abocinado contra la grada quedó el Juanele y astillas hubiera hecho con los otros si no se apiñan, cobardes, contra mí. Gracias tienen que dar a san Bernabé de que aquella tarde no llevara yo una navaja en el bolsillo. Por eso solo hubo contusiones, por eso se me acusa solamente de escándalo público.

Yo no sentía los moquetes que me daban, ni siquiera el segundo gol que acababan de marcar los contrarios, hijos de perra, sino vergüenza ajena por la forastera, por el espectáculo que le estábamos brindando.

—Señora —dije, acercándome a mi asiento—, perdone si...

Y se había esfumado, señor juez, como por arte de magia, como los espíritus.

Estremecido, me metí la mano en el pecho, por debajo de la camisa, y no llevaba la medalla. Ese día, señor juez, incomprendiblemente, no llevaba yo la medalla. Ríase, que todos revienten a carcajadas, están en su derecho, pero a mí, la verdad, cosas hay que me ponen los pelos de punta.

Servidor había iniciado la trifulca —el Gallo de Las Gaudas me llaman algunos, de cachondeo, desde esa tarde—, de acuerdo. Sobre mis espaldas caiga el peso de la ley, la merezco. Pero que alguien me explique por qué ese día, cuando nunca me la quito, no llevaba yo la medalla.

Quizá porque mi niñez sigue jugando en tu playa...

CHEMA IGLESIAS ALVES

1992

VII Premio de Narración Breve De Buena Fuente

Tema: La Playa del Ebro

«La literatura es la infancia al fin recuperada».

GEORGES BATAILLE

«Experiencia y memoria forman un conjunto de siluetas entrelazadas al que denominamos *mundo mítico*, que es una carga pesada para nosotros, pero a donde nos lleva el rastreo de la genealogía de nuestros valores, es decir, de nuestros gestos incorruptibles».

FERNANDO SAVATER

Quienes nunca fueron a dar en el fondo de la piscina grande, besando fugazmente los limos cuyo sedimento tarda casi un verano en cuajar, no conocen el espíritu de La Playa —*el espíritu* está mucho más abajo que su santa fama—. Quienes en invierno solo reciben su propia imagen reflejada en el agua sin advertir los restos depositados tras la última avenida del río, tampoco. Pues las piscinas son inmensos lebrillos cuyo fondo permanece indescifrable para los no iniciados prematuramente. Todos esos sedimentos son emanaciones de la memoria que tanto da que se los lleve el río porque vuelven cada año. Quienes besaron el fondo pueden

rescatar su aroma cíclicamente, indefinidamente. Tal es el caso de José Javier Sánchez Velázquez, mayor de edad, esposo y padre ejemplar, cuya fidelidad a La Playa acabará por ser recompensada con las claves para la construcción de la máquina de cantar la memoria con que soñara Juan de Mairena. He aquí algunas piezas.

El día en que J. J. Sánchez Velázquez aprendió a nadar se vio presa de una fascinación por el agua semejante a la que debió sentir el coronel Aureliano Buendía el día en que su padre lo llevó a conocer el hielo. Nunca hubiera podido recordar la época de este tan singular segundo bautizo de no ser por la música chirriante que acompañó el rito iniciático y que descompuso lo que de poético pudiera tener el cuadro. A través de los altavoces de La Playa se radiaba la tragedia de Georgie Dann con su dinosaurio que quería bailar pero no sabía por dónde empezar, luego era un tontorrón a pesar de tener un buen corazón: se venían encima los setenta para un imberbe que no podía valorar aún el final de una década prodigiosa cuanto menos vislumbrar el comienzo de otra no menos pródiga en acontecimientos.

Mi padre dice que o los sesenta acaban con treinta o los setenta acabarán con cuarenta, le había dicho un compañero de colegio. Inmersos todavía en la explicitud de la literatura infantil, convinieron que el acertijo no tenía sentido sino por recurrencia a *Alí Babá y los cuarenta ladrones*, pues el padre, desde luego, no soltaba prenda. Unos pocos años después hubieron de darse mutuamente la razón: la capacidad profética del padre no fue menor que el ingenio insospechadamente metafórico de los chicos.

—Tú mueve así los pies y luego las manos igual, como raneando.

—Raneando... ya.

Raneando fue la consigna de aquellos días, repetida hasta que perdió todo sentido. Raneando, se repetía J. J. a cada brazada como si la magia del verbo lo mantuviera a flote por puro entusiasmo.

—Mañana cruzo el Ebro.

Nadar, lo que se dice nadar, no se nadaba hasta pasar a la piscina mediana. Tenía la ventaja contra la grande de poder hacer pie en caso de insuficiencia respiratoria, a partir de los siete años en la estatura media de la época en que J. J. los cumplió; pero la enorme desventaja contra la pequeña, para una mentalidad infantil, de la diferencia de temperatura, esta mucho más cálida. De sobra conocía J. J. la procedencia de tal desigualdad térmica pues a menudo contribuía con lo suyo amparado en un secreto inconfesable hasta para él. Eso nunca fue obstáculo para que antes de salir del agua, si venía de las otras piscinas, se atemperara la piel de gallina en el hervor de la pequeña. De ahí, el succulento polluelo pasaba a dorarse en el horno solar.

—¡Mami, que ya sé nadar!

—¡A comer, he dicho!

A comer he dicho, dejaba siempre dicho su madre aunque J. J. seguía raneando por lo menos hasta el tercer aviso.

Quienes como los *rodríguez* Sánchez-Velázquez, por falta de costumbre y de paso por no madrugar demasiado, no conseguían una mesa bajo la chopera, se cocían como teutones

á la mediterranie apiñados por el borde de las piscinas. Allí la comida tendía al refrigerio no solo para tratar de abreviar sino también porque se había convertido en costumbre parar cada cinco minutos para darse un remojón, lo cual, ciertamente, no la hacía más breve salvo en la imaginación.

—¡Que se me ha comido la mortadela un pez mami! —gritaba J. J. desde la piscina.

Para cuando su madre reconocía la voz y se orientaba hacia su procedencia gritando a su vez que vengáis aquí ahora mismo y, para sus adentros, que qué querrán comer estos hijos, que ya han vuelto a tirar la mortadela, que a qué santo viene comer en la piscina, que si los cojo los pateo, etcétera, y de nuevo gritando que salgáis de ahí, he dicho, decía, que en las piscinas no hay peces, coño, los niños ya habían desaparecido bajo el agua. Pero aun cuando ya los dejaba por imposible, podía evitar el preguntarse si verdaderamente a los peces les gustaría la mortadela.

Mientras tanto, en la chopera, quienes se consolaban de no padecer los rigores del sol se sentían justificados por ello para arremeter, sin encomendarse al menos al diablo, con los pimientos, las chuletas y el chorizo. Y tan rebajado todo ello con vino de la tierra que el estado de postración en que quedaban, amén de los ríos de sudor que brotaban ya bravíos por las sienes, no podía ser envidiado por los ubicados sin tanto privilegio. El espectáculo en esta zona tenía caracteres de paisaje para después de la batalla, de sueño para después de la bacanal. El silencio que se adueñaba lentamente de los comensales y la armonía de un desorden tan perfecto

de cuerpos y menaje solo era roto de vez en cuando por un niño, presa de Morfeo como el resto, que se abría la cabeza al desplomarse desde el punto límite de algún columpio.

La extraña capacidad de los grupos humanos para adaptarse a esa mezcla informe de ritos, normas y ciclos, asombrosamente ordenados y recurrentes bajo la apariencia de caos, era tan ejemplar en La Playa que hubieran podido anticiparse con cierta exactitud las desgracias mayores si el azar no invirtiera todas las leyes de la lógica cotidiana. Por ejemplo, los pequeños truhanes hacían su agosto en julio a plena luz del día, preferentemente entre las diez y las doce, en vez de ampararse en la noche. La reducida concurrencia de esas horas se convertía en una suerte de selección natural propiciatoria de víctimas propiciatorias sobre las que los ladronzuelos ejercían el dominio de la situación con un solo golpe de vista. Toallas, gafas de sol o de buceo, relojes, pulseras, transistores, revistas de crucigramas, porrónes, agujas de punto con sus labores, gavillas de sarmientos, cañas de pescar y barbos recién pescados, se contaban por docenas entre las denuncias por sustracción presentadas ante el puesto de la policía. Los ladrones aprovechaban un descuido para tomar con naturalidad lo apetecido y se alejaban caminando sin disimulo del lugar del delito. Luego se arremangaban los pantalones y cruzaban el Ebro sin que el agua les subiera nunca más arriba de las rodillas por un lugar donde años más tarde se construyó una pasarela peatonal. Finalmente se internaban en tierra de nadie. La policía se defendía de las repetidas acusaciones de pasividad aduciendo la poco convincente explicación de que

la lancha motora con que contaba no podía salvar los escollos que remansaban el río en el tramo contiguo a las piscinas.

—¡Que no te metas todavía, que no te ha hecho la digestión!

—¡Pero si aún no he salido!

—¡La leche que mamaste!

El fantasma de los cortes de digestión raramente resultaba fatal. Tampoco los niños eran su objeto predilecto para el susto, pues a fuerza de estar más en el agua que en la tierra su naturaleza se tornaba anfibia. Era en las edades intermedias, entre la madurez incipiente y la jubilación anticipada, en el tránsito y mutación del anfibio al saurio, en el fin del raneo y el principio del letargo, donde los tan temidos cortes se cebaban, preferentemente entre quienes se aposentaban en la chopera, por razones ya evidentes.

Los niños de menos de cuatro años se perdían a las doce en punto de la mañana. Antes de esa edad no iban al colegio y lo desconocían todo de la vida fuera del hogar. Además su reloj gástrico se atrofiaba a esa hora en recuerdo de un destete todavía no asumido, provocando primero el desconcierto y luego la pérdida del sentido de la orientación. Los altavoces de la Cruz Roja empezaban entonces a desgranar un rosario de nombres y características personales sin guion previo según iban llegando los niños, llorando, de la mano de un policía o una abuelita paz:

«Hemos recogido en nuestras dependencias a un niño de unos dos años, nueve meses y un día, que dice llamarse Antonio Otálora Sicilia, viste un bañador verde con las iniciales

del nombre bordadas en oro y jalonadas por tres flores de lis, todo ello en campo de gules; bizquea del ojo derecho y es patizambo. Se ruega a sus familiares...». Etcétera.

«¿Y la niña? ¡La niña! ¿Dónde está la niña?», gritaron en una ocasión los Sánchez-Velázquez al unísono y con tal potencia de voz que consiguieron suspender la actividad de la piscina mediana. Al cabo de unos segundos apareció en la superficie el último de los hombres rana que faltaba por emerger y que no era otro que J. J.

—Que ¿cuándo?

En la imaginación de un niño nadie se pierde si no es en el bosque. Si no hay bosque no hay extravío y puesto que lo hay no puede haber sino bosque. Esa era la lógica de J. J. en el momento de iniciar la aventura del rescate de su hermana, acechada sin duda por toda clase de peligros. Mientras sus padres repartían culpas, él repartía responsabilidades, tú por allá, yo por acá. La realidad se transfiguraba ante sus ojos. Aquí la laguna infestada de caimanes («¿Pero eso no es en la selva?»), más allá la bruma espesa («¿En pleno julio?»). Y las huellas borradas pero al cabo descubiertas: todo impenetrable salvo para el héroe.

—¿La habéis visto?

—Yo nada.

—Yo casi —contestaba J. J.

—La madre que la parió. —Se desesperaba su padre.

La captura del cangrejo era una faena de segunda comparada con la noble pesca del barbo y la carpa mediante el aparejo tradicional. Sin embargo nadie escapaba al gusto morboso de

contemplar a lo largo de la chopera cuyo camino conducía a La Playa la carnaza sujeta por un imperdible a la red, trampa fatal para el preciado crustáceo. Pues es sabido que por un reflejo atávico de nervios estomacales, nada excita mejor el apetito y las ansias de vivir como un buen pedazo de carne cruda.

Como fuera que este mal arte quedaba retirado de La Playa propiamente dicha, J. J. guardaba su pasmo para el trozo de silencio —arrancado al bullicio sordo imperante— que como un aura rodeaba, haciéndolos invulnerables, a los pescadores de caña. El silencio se rompía cuando la caña comenzaba a doblarse por la desesperación de una carpa que al final emergía danzando en el extremo del sedal. Desprendida del anzuelo, se la sujetaba introduciendo un dedo por las agallas antes de echarla en la cesta.

—Mami ¿qué son las agallas?

—¡Ay! no sé hijo. Pregúntaselo a tu padre.

—Papi, ¿que qué son las agallas?

—Los cojones, hijo. Los co-jo-nes.

—Ah...

O sea, que ellos también tienen, se quedaba pensando J. J. Pues a mí no me pescan, se decía en las décimas de segundo que tras el impulso de la zambullida todavía en el aire preceden a la tripada segura.

Muchos años más tarde conoció J. J. en este mismo lugar las dichas, los tormentos, la despedida y los desafueros del amor. Pues, ¿quién dijo que en esta playa no había también una apartada orilla? ¿Quién si no pudo concebir el camino de

la Guillerma en dirección a la puesta de sol más hermosa que podía contemplarse en toda la ciudad?

En ese camino nacieron los primeros versos lunares de J. J., los palimpsestos lorquianos a las dos mujeres, la una azul y negro, la otra blanco y grana, y también los sonetos compuestos al itálico modo, dedicados a Ariadna de mis laberintos, a Diana de mis cacerías, a Eloísa de mis epistolarios o a Julie-ta y a tus malditos padres capuletos. Unas églogas que dejó inconclusas, dedicadas al camino en cuestión, se intitulan shakespeareanamente *She's William*.

Los primeros versos y los primeros besos...

—*Amar es combatir, es abrir puertas, dejar de ser fantasma con un número a perpetua cadena condenado...*

—Jota, vámonos ya, anda.

—No, espera... *¿Y si fuesen amor y dolor la misma cosa?*

Un fogonazo entre las vías que recorren los obreros...

—¿Es que no me vas a besar de una vez?

El espíritu está en el fondo de los lebrillos, pero la clave está fuera. La clave de La Playa se resume en aquel camino. Donde termina, empalma con otro que regresa al punto de partida. Nadie sale indemne de ese recorrido. Se inicia en un temblor de dedos entrelazados al lado del embarcadero y para cuando se vuelve por el camino de Las Norias, aparcamiento natural de los amores que han ido creciendo por la senda, han pasado diez años, quince años, veinte años, sin haber salido todavía. Pero el día en que uno se mantuvo a flote sin apoyo durante un segundo infinito, el día en que se quemó la piel

bajo el sol de julio para poder mudarla ya sin culpa, el día en que, príncipe, rescató a la princesa, el día en que los peces fueron de colores y el día en que otros dedos, otros labios, parecieron los propios, ese día, esos días, la memoria trabajó de firme para poder reavivar sin pausa la imposible promesa de recuperar la infancia perdida.

La mirada del diablo

JOSÉ ANTONIO ILLANES FERNÁNDEZ

1993

VIII Premio de Narración Breve De Buena Fuente

Tema: El puente de Piedra

La tarde se fue reclinando con humildad en las aguas del río y muy pronto acabó confesando su intención. El cielo se volvió plumizo y nuclear, irrespetuosamente anubarrado, impenetrable y triste como los adioses. Poco a poco el puente fue quedando desierto, abandonado a su soledad de piedra por transeúntes temerosos de la lluvia. Durante un buen rato contemplé las aguas del Ebro tratando de hallar en su fondo alguna de las respuestas fugitivas que durante años me habían eludido, pero el agua y mi soledad enturbiaban sus formas y pronto comprendí que aquel día también transcurriría vacío, despoblado, anodino y seco como todos los demás.

Pensé entonces en la poética simbología de los puentes, en la incuestionable realidad de dos orillas unidas artificialmente por la piedra o el hierro. «Los puentes son el símbolo de la amistad», decían las voces de mis maestros en aquel lejano orfanato de postguerra, «Unen lo distanciado —decían—. Reconcilian lo opuesto». Entonces lo creí. Después no. El corazón del amor no puede ser duro como la piedra, aunque a veces esta se reblandezca con la lluvia y se estremezca con la tormenta. Eso pensaba entonces y lo pensé aquel día, mientras la tarde cerraba filas frente a la ciudad amenazando con saquearla, pero aquello fue antes de conocerla, cuando el mundo aún giraba sobre su eje.

De lejos me pareció al pronto una bandera gris abandonada en la huida, un pendón deshonorado agitándose al viento, pero luego la sensualidad salvaje de su cuerpo moldeado por la tormenta y los pliegues talaes de su vestido sacudieron la base de mis instintos con la fuerza seductora de lo desconocido, y a medida que me aproximaba a ella sentía derrumbarse el castillo de mis principios, piedra a piedra, momento a momento. Al llegar a su altura giró la cabeza, me regaló una mirada gris como el arrebol de nubes que enturbiaba el río, me sonrió y comprendí entonces el secreto de las canciones de Aznavour, la ternura infinita que puede producir la lluvia bañando el pasamanos de un puente y el irreparable y colosal error que había sido mi vida entera. Por un instante eterno pensé volverme, apoyarme a su lado y empaparme junto a ella, pero ese resorte de la ética que tanto he odiado con el tiempo me lo impidió. Entonces seguí paseando abatido, como un general sin historia camino de una ciudad cerrada, dejando atrás el segundo más valioso de mi vida, un tesoro sin precio enredado en los bucles de un pelo bruno injustamente azotado por el viento. Al llegar a la orilla volví el rostro y aún seguía allí, asomada al puente de Piedra como un ángel desterrado, soportando impertérrita una lluvia incómoda que quedaría grabada para siempre en mi pensamiento, misteriosa y solitaria, ajena por completo al efecto devastador que su mirada había causado en mi destino.

Durante mucho tiempo no volví a verla salvo en sueños. Por la noche me asaltaba sin piedad en la habitación, me susurraba palabras de amor al oído y me llevaba de la mano al bal-

cón, donde los ojos de piedra del puente me observaban desde lejos, inamovibles, fríos, reprochándome aquel sentimiento doloroso y extraño que había quedado definitivamente prendido en mi alma con alfileres de fuego. En cambio durante el día era yo quien la buscaba desesperado en torno al puente, de forma que todos mis caminos convergían en él como todos mis pensamientos lo hacían en ella. A veces pasaba las horas apoyado en la barandilla, dejándome llevar por las aguas del río, atormentado por el recuerdo candente de aquellos ojos rasgados de férido sin nombre, temiendo que volvieran a mirarme, rogando a Dios que lo hicieran de nuevo. Después regresaba a casa sumido en la contradicción, odiando al destino por privarme de aquella mirada capaz de despertar en mi alma una indeseada propensión al deseo. De eso se trató siempre en el fondo, por mucho que me resistiera a creerlo, de una apetencia vesánica de aquel cuerpo azotado por el viento, de una hambruna medieval que dormía en mi instinto sin yo saberlo y que sus ojos de panterina en celo, humedecidos por la ventisca en la lejana tarde del puente, se encargaban ahora de extender por cada poro de mi piel como un castigo bíblico, como una prueba irrefutable de la existencia del diablo. En él pensé durante mucho tiempo, y solo a su influencia pude atribuir aquella mística inapetencia de la vida, aquel desprecio injustificado hacia los actos cotidianos y el afán por aferrarme a todo lo inconcreto, a todo lo que tuviera un carácter insustancial y efímero, a los sueños, a los deseos, a las frustraciones. El mundo entero había empezado a girar en torno a ella, a una mujer desconocida cuyo nombre ignoraba, a un ángel

demoníaco de gesto equilibrado y mirada turbadora al que indudablemente amaba, ya no había duda después de tantas noches asomado al balcón, observando la figura romántica de aquel puente de piedra recortado en el río, decorado con el neón de una ciudad que se bañaba en sus aguas junto a la luna, una luna resplandeciente y cruel, hueca, inhabitada, sin ella. Lo que sentía mi corazón era un matiz del amor totalmente distinto que me habían enseñado, algo sobrenatural, contradictorio, diabólicamente cercano a Dios.

De ese modo sobreviví al invierno, cediendo terreno al deseo y al miedo, perdiendo poco a poco la batalla entablada contra mi destino. Cuando llegó la primavera el puente de Piedra seguía siendo el mismo, pero yo no. Había enflaquecido hasta el punto de preocupar seriamente a mis amigos, había entregado mis labores a la mano arbitraria del capricho injustificado y había vendido mis ojos a las lentes frías de un antejo de campaña comprado en la calle del Mercado, frente al que pasaba las horas muertas espiando el paisaje humano del puente, sostenido tan solo por la precaria esperanza de reconocerla en el anonimato de los rostros. Así fue como la primavera irrumpió en el desconcierto de mi sangre, disimulada por la urgencia cotidiana de mis afanes imposibles, y hubiera conseguido pasar desapercibida si aquel domingo por la mañana, al salir de misa, yo hubiera ido como siempre a visitar a mis enfermos en lugar de pasear por el parque esperando que el destino me la trajera de la mano, envuelta en aquel vestido de encajes que resaltaba su belleza, esplendorosa como el sol de abril, absolutamente inaccesible para un hombre como yo. Recordé la tarde cenicienta

del puente, llamé su atención con un gesto nervioso que no pude controlar y ella volvió a mirarme como aquel día, a partirme el alma en dos y a descubrirme que la belleza de sus ojos había duplicado aquel efecto dulcemente maléfico que aún me hacía temblar de noche y soñar de día.

La seguí. Anduve tras ella como un perro hambriento de cariño, husmeando su perfume de violetas, lamiendo desesperadamente aquel rastro suyo que me hizo sufrir el dolor de las tentaciones bíblicas y envidiar la entereza de Ruiz Díaz de Gaona. La seguí como un embrujado, como un poseso, ignorando el paisaje urbano, fija la mirada en el contoneo de sus formas provocadoras y perfectas, aturdido por el rugido paquidérmico de los autobuses. Solo cuando entré en el puente de Piedra, aquella extraña pasión que impulsaba mi cuerpo se transformó en miedo. Si al detenerse frente al río como en la lejana tarde de la lluvia, yo no sería capaz de ignorarla y tendría que asumir definitivamente la evidencia de una derrota que ya se había producido meses atrás. Pero no lo hizo, siguió caminando hasta entrar en un portal tan cercano al mío que las piernas me temblaron y el paladar se me secó, como en los domingos grises del orfanato, cuando la esperanza en la libertad quedaba frustrada por la realidad, reducida a la misericordia de las caricias y al consuelo de las monjas.

Aquella noche me debatí en la cama, atormentado por la proximidad de su mirada y de su casa, reprochándome los momentos perdidos, las estrategias erróneas y las torpezas cometidas. Lloré de impotencia por las limitaciones que me impedían poseerla y de envidia por el valor que siempre deseé

tener y que nunca tuve. Al amanecer me aposté en el puente con los gemelos, como un cazador en un acechadero, y allí permanecí hasta verla salir de su casa para volver a seguirla, para respirar de nuevo su inconfundible perfume de violetas y para continuar muriendo poco a poco, martirizado por el tormento dulzón del amor imposible.

Durante toda la primavera estuve sumergido sin piedad en aquella guerra de escaramuzas y espionajes que me fue consumiéndome como un vicio destructivo, hasta que una mañana de domingo la vi entrar en la iglesia, con su porte de vestal orgullosa y su cadencia nostálgica de musa sin poeta. El corazón me dio un vuelco. Todo el camino estaba recorrido ya sin yo saberlo, y el final de aquel tormento, fuera el que fuera, se adivinaba en el repique de las campanas heridas por el badajo, en el revuelo de palomas que retozaban a la entrada y en el olor untuoso del incienso que me atacó al entrar, emboscado tras las columnas, tratando de vencer inútilmente al perfume embriagador de su pelo. La sangre hirvió en mis venas alborotadas y mi corazón galopó por la iglesia destrozando el equilibrio del retablo y la paz de las oraciones. Era la festividad de san Bernabé, el tolerante compañero de san Pablo que abrió su corazón a los paganos; si él no amparaba mi sentimiento bajo el manto de su día, nadie en la tierra ni en el cielo podría hacerlo, porque el diablo mismo había hecho un milagro en la casa de Dios, un prodigio indeseado y grandioso que probablemente se daba cada domingo sin yo saberlo, y que ahora me mostraba a la mujer del puente reclinada en el confesionario, aguardando la llegada de alguien que tuviera la misericordia de oír la voz de su conciencia.

Entré entonces en la sacristía, me preparé para la misa llevado de un nerviosismo inusual y salvaje, mi sotana de sacerdote me resultó tan onerosa como a Cristo la cruz y urgentemente irrumpí en el confesionario aturcido por el apremio del corazón. Fue entonces cuando oí su voz angelical y cadenciosa contando cosas de su esposo y de sus hijos, de su madre enferma y de su escasa propensión al sacrificio; vivencias tan vulgares y cotidianas, tan imaginables, pero tan íntimas, que al oírlas me sentí traidor. Y lo hizo de una forma tan natural que su perfume de violetas se interpuso entre nosotros como un insalvable muro de respeto, rotundo y definitivo, que marcó en mi corazón la frontera entre la verdad y la mentira, entre la ficción alentada por el deseo y la realidad, invariable y dolorosa, sustentada en los pilares de la vida. Comprendí entonces que el diablo disfrazado de confusión encuentra el terreno abonado en los corazones solitarios, que nadie puede corregir los escritos de Dios aunque sean contrarios al corazón y que lo único lícito de algunos sueños es tan solo la belleza que entrañan.

Con el tiempo todo pareció volver a la normalidad, pero a veces, cuando el cielo se cierra sobre la ciudad y el agua del señor se ayunta en el Ebro con la de los hombres, descorro los visillos de mi balcón y mis ojos se encuentran en el río con los del puente de Piedra, y sobre él trato de concretar los perfiles de un sueño inalcanzable, de una mirada con la virtud de turbar la conciencia y de una noche lejana y mágica cuyo dueño no sabría decir aún si fue Dios o el diablo.

El ciclán

CARLOS HERNÁNDEZ OLMOS

1994

IX Premio de Narración Breve De Buena Fuente

Tema: La ermita de san Gregorio

Veni creator Spiritus, mente tuorum visita...

Doña Rosa lloraba lágrimas de vitriolo al oír los trémolos de su hijo, Ubaldo Espósito Otero, que le llegaban como de la bóveda celeste, descendiendo del coro de la parroquia del pueblo en fiesta grande; un transporte, era un transporte, debido a la voz de su Ubaldo —un querubín algo crecido— revestido de monaguillo en gran festividad, que no parecía monaguillo sino dignidad episcopal con esas puntillas añadidas a la sotana roja que, hacía mucho tiempo, fueron de las enaguas de su hermana Tirsa, aquella perdida que se fue a hacer la vida a Logroño y sacó más plata al higo que los conquistadores al Potosí aunque, claro está, a costa de perder su alma inmortal.

El Ubaldo ya era ciclán desde los once años, cuando en la festividad de santa Mónica, cuatro de mayo, una perra de mil leches —que siempre había sido mansa— le arrancó un testículo estando encaramado a la tapia de la finca de los Miyayo —así con dos y griegas— sin que el animalito ni siquiera tuviera obligación ni tareas de vigilancia encargadas, se ve que fue un exceso de celo, ganas de meterse en donde no la llamaba nadie, bien lo pagó a manos airadas de los civilones.

Ubaldo, nuestro castrado, el melifluo cantor que nos ocupa, quedó ciclán mitad por juego, mitad por una infantil e

inocente curiosidad. Era leyenda que doña Iris —en torno a los treinta y cinco años mal llevados— se lavaba la castaña a diario en una fuente pretendidamente renacentista que tenían los Miyayo en el jardín. El rito comenzaba el 18 de julio, si el tiempo acompañaba y pasaba a interiores —es un suponer— con septiembre, en cuanto se empezaba a hablar de vendimiar y a soplar lo que ella llamaba «el céfiro blando»...

Ni la Justicia ni la Fuerza Pública pudieron aclarar el desaguado ni explicarse la locura canina de la perra Pili que, como contamos murió a tiros de naranjero y con el infantil huevecillo en las fauces —ni agradecido ni comido—, pero Ubaldo quedó ciclán y lo que perdió en virilidad lo ganó en dotes para el canto, pasando a una categoría superior de seres que en el *bel canto* son conocidos como *castrati* y que tantos goces y glorias han dado a la música y a los buenos aficionados. Poco precio parece para la lírica la pérdida de un huevo. Las mismas desgracias han conllevado el porte de uno o de ambos para el amor, pero el caso es que Ubaldo, desde los once años y ya a la edad en que comenzamos nuestro relato con un notable y negruzco bozo —promesa de otras muy atractivas negruras interiores— desarrolló una voz angelical digna del oído de los dioses, que se hizo legendaria en la región, y que llegó hasta los antedespachos del señor obispo de Logroño. Medio huevo le daba la virilidad suficiente para cualquier locura de su romántico espíritu y la falta del otro dotaba a su voz de capón de una belleza grande, de niño enamorado, de ángel perverso en brazos de su más excitada demonia, el grito de una niña que entrega el virgo por amor, el canto agónico de un pájaro espi-

no que da su garganta al pincho que lo mata, el urogallo apasionado que no piensa en su peligro, la mantis religiosa que quiere follarse y matar y solo la Naturaleza le dice en qué orden...

Ubaldo cantó y cantó y los éxitos que obtenía en el coro de la iglesia eran fracasos en el baile. Las chicas de ahora, ya se sabe, hijas de una educación liberal, no se cortan un pelo y hasta las apuestas que en un principio tenían su morbo perdieron pronto su interés: meterle mano al paquete a Ubaldo en mitad del baile se convirtió en un clásico de las apuestas en la fiesta del patrón, casi todas las chicas lo habían hecho. En las del último año ya no se daba ni un cubata por el número. Lo más gracioso fue cuando el Elías, el empleado de la funeraria, le cogió de su testículo soltero y le hizo cantar con su voz de soprano la ranchera «Adelita». Ganó con ello una careta de cerdo y seis botellas de vino a consumir en su bodega y, más tarde, en la oscuridad de la noche, un morreo con la chica del ebanista que se lo hubiera dado igualmente aunque no se hubiera producido el escarnecedor torneo.

Es el momento en el que el narrador —ese gilipollas que lo sabe todo pero no participa en la acción— debe hacer un alto en el camino y aclarar alguna cosa al lector sobre nuestro medio emasculado, el dulce Ubaldo de la voz azucarada. Ubaldo, sépanlo, era inteligente, bueno y ambicioso; Ubaldo era como un gobernador civil al que no le faltara ningún huevo, incluso como uno de ellos que tuviera falta de los dos; Ubaldo, de no ser por la perra Pili y la leyenda que creó con su mordisco, hubiera podido ser canónigo, beneficiado de cualquier catedral, practicante de la Seguridad Social e, incluso, militar de

graduación o policía para tiempos de paz, pero, seguramente, así nada habría ocurrido.

Cuando niño, recién castrado, se miró en el espejo y, a la vuelta de la residencia, dio muchas gracias a Dios: «Podría haber sido peor». El doctor Rey Leal, jefe del Servicio de Urología, era un esteta y un sabio y había hecho en su bolsa escrotal un primor de costura, un bodoque que, para más naturalidad, había rellenado con un producto blando y aparentemente exacto a la textura, tamaño y características que habían poseído antes, salvo por una ligera cicatriz que, si me apuran, tenía hasta un aire de tatuaje, de herida de guerra que, seguramente, algunas damas habrían de agradecer de llegar la hora de las cercanías húmedas, salivales y eróticas. Pero estamos hablando de los sueños. Ubaldo era virgen y con una cierta tendencia al misticismo por parte de madre. Tenga en cuenta el amable lector que el «accidente» de Ubaldo ocurrió a los once años y la primera erección —sabiendo realmente para qué servía esa «resurrección» al sur de la cintura— le pilló dos años después de la intervención quirúrgica.

Cuando la perra Pili le cazó el cataplín, él iba buscando otra cosa: ver el pelo púbico de la última de las Miyayo, el felpudo de una casta de la que llevaba años oyendo hablar: «Desde medio muslo hasta por debajo de las tetas»... Eso le habían dicho y pagó un cojón por verlo... No era para tanto, pero las grandes exploraciones siempre han tenido mártires.

Ubaldo se acostumbró enseguida a su minusvalía y empezó —de tonto no tenía nada— a sacar jugo al tema. Su madre dejó de tratarle a toallazos para dedicarle aquellas dulces pa-

labras que tuvo en su momento para el primer hijo, seminarista, muerto en temprana edad y al que enterraron con ropa talar. Ubaldo envidió siempre mucho el bonete que el cabrito de su hermano se llevó a la tumba.

Cuando Paquito el seminarista se la cascaba en vacaciones debajo de una higuera le decía: «Ubaldo, esto es pecado, pero da mucho gusto. Si se lo cuentas a madre te rompo los morros. Dios sabrá perdonarnos a mí que lo hago y a ti que callas». Ubaldo huía de la masturbación porque pensaba que un Dios justiciero veía las mingas tiesas de todos, como si fueran una alarma y que su hermano estaba en el huerto del que nunca se vuelve por darle tanta marcha al manubrio.

Sus terrores nocturnos eran tan fuertes como sus poluciones célibes y, en sus violentos despertares, quedaba en su boca un gusto a pecado que no comprendía bien y unas manchas delatoras en su lecho que su madre retiraba medio sonriendo y mirándole con una mezcla de ternura y reproche. Él sabía que, al soñar, sufría pesadillas y se derramaba en aquellas sábanas con olor a plancha y flor de espliego que su madre guardaba en el armario junto a un membrillo perfumado o un saquillo de flores azules y amarillas que, a él, le olían a infancia y casi le provocaban un arranque de llanto sin más razón de ser que los recuerdos del día que enterraron a su hermano el seminarista, a su tío amarrando la bicicleta o a su madre haciendo un sofrito de cebolla.

Al dormir no siempre se le representaban esas señoritas tan hermosas de los conjuntos músico-vocales —que tan mal cantaban por cierto— sino que, en muchas otras ocasiones, se veía

en una calle por la que pasaba un cortejo fúnebre. Desde el lugar onírico que ocupaba veía, allá al fondo de la comitiva, un ataúd blanco. Sin saber sus nombres conocía a muchos de los mirones que ocupaban las aceras de las calles, con sus letreros de bares y tabernas, de comercios y establecimientos que, sin haber nunca estado en ellos, se le aparentaban como de toda la vida.

Llegaba el féretro blanco y abierto y, en él, un ser de cera pálido que se sabía muerto sin preguntar, con toda la desgracia que la muerte acarrea, una carne helada y solitaria de alguien que alguna vez fue un vivo y, entonces, venía lo peor del sueño porque, al mirar al muerto, era el muerto y sus ojos apagados quien le miraban a él; porque el muerto era él y era el cadáver quien le veía al pasar desde lo alto de su caja sin que pudiese hacer nada: gritar, jurar, salir corriendo a esconderse en el armario de los olores, nada salvo saber que el muerto que avanzaba por la calle era él y la vida —que ya no era la vida— no tenía otra cosa que ofrecerle que ese último paseo a hombros y una oscuridad interminable... Veía, un instante, en un fugaz relámpago, el arco de una ermita, para despertar dando un grito que alarmaba a su madre y hacía ladrar a algún perro lejano. Nada ocurría pero ya no lograba dormirse hasta la llegada del alba azul.

Sin más patrimonio que su voz afilada, un sonido de pasmo entre el pájaro y lo femenino tampoco exento de perversión —si es que un sonido puede ser perverso—, Ubaldo fue ganándose la vida provocando la admiración y, algunas veces, el escándalo. Tenía dos repertorios: uno fijo y otro más popular, que empleaba dependiendo de los sitios, ocasiones y

respetables que le tocaran en suerte. Así, lo mismo cantaba la «Casta Diva» que el aria «*L'amour c'est un oiseau rebelle*», poniendo a María Santísima la carne de gallina o, cuando se metía en lo popular, era inmejorable con la «Campanera», «Tatuaje» o «Mañana sale», títulos que cosechaban igualmente muchos aplausos aunque, inevitablemente, siempre había algún borracho que le gritaba «maricón» o «Tomasita» en recuerdo —injusto para Ubaldo— de aquel cantante que se llamó en el siglo Tomás de Antequera.

Ubaldo no tenía ni puñetera idea de lo que cantaba cuando lo hacía en italiano o en francés, pero con el tiempo, la constancia y el ensayo ante el espejo, llegó a una cierta pronunciación mecánica que hacía, si no inteligible completamente, sí aceptable lo que se escuchaba.

Pero el caso es que paralizaba, aquello era un espeluzne. Salía al escenario, ya fuera teatro, tingladillo o plaza y, nada más abrir la boca, el personal quedaba suspenso. No era para menos: un pedazo de tío, un zagalón desmañado que echaba al aire unos sonidos de niño dolorido y apasionado; era como una voz de mujer pero distinta a la de hembra nacida, algo delgado que salía de las hormonas, que tenía un no sé qué de inexplicable y turbador, algo lleno de una belleza cercana y tangible hasta para el gañán más cerril y obtuso que, al oírle, despejaba la frente, aguzaba los oídos y parecía transformarse en un ser superior.

Se supo que, con secreto y vista gorda del cura, algunos moribundos pedían su presencia a la cabecera de su cama para realizar el tránsito de sus horas finales deleitándose con

una de sus arias. Ubaldo se sentaba junto al lecho del que ya estaba más allá que aquí y, tomándoles de las manos, les susurraba —que aquello no era canto— un almibarado fragmento de su repertorio o, incluso, algunos párrafos del «Réquiem» de Mozart que se había aprendido mayormente para no quedarse sin trabajo en Semana Santa. Con una dulzura de escalofrío Ubaldo les musitaba suavemente el «*Recordare*»: «*Recordare, Jesu pie, quod sum causa tuae viae; ne me perdas illa die...*». Lloraba hasta el gato y la gente moría, por mil cochinos duros, de una manera bien edificante y estética, y hasta hubo alguno que revivió otorgando al Ubaldo y su voz una aureola milagrera y supersticiosa.

El ciclán cantor, un tanto crecido por los éxitos, quiso ampliar el negocio y hacer un coro de *castrati* que recorriese toda La Rioja y hasta todo el país dando conciertos. Pensó denominar al conjunto con el nombre de Unión de Voces Vírgenes, Ubaldinos o Los Sin Pecado. Este último apelativo fue desechado de inmediato pues, tras algunas consultas, todos iban a llamarles Los Sin Cojones y Ubaldo razonó, muy exactamente, que a los amigos, incluso a los enemigos, es preferible que los divierta su madre.

Prolijo sería de narrar —y ando ya algo fatigado y con la lengua pidiendo vino— lo que pasó Ubaldo para intentar la formación de ese coro de *castrati*. Por mucho que buscó fueron pocos los encontrados —ya se sabe que el ciclán es ser que gusta del anonimato— y aquellos que vio le sirvieron de casi nada. Uno fue el dueño de una mercería especializada en encajes y que gustaba de la zarzuela, con muy poquita voz y desagra-

dable y, por si fuera poco, emperrado en cantar nada más que partituras de hombre: el «Felipe» de *La Revoltosa* o el «Julián» de *La verbena de la Paloma*... nada, ganas de que acabase la función en tumulto. Habló también la Gardenia de Vitigudino, un descarriado que llevaba la ciclanía con poca dignidad: tres canciones verdes de revista y mucha malla descarada para azucar el morbo del respetable. Al final no se pudo hacer nada y el intento se quedó en agua de borrajas. Ubaldo siguió como antes hasta que se produjo el milagro que, vaya por Dios, tuvo el efecto de convertirle en lo que hoy es, en una pena...

Nuevamente aparece el narrador, que solo cuenta lo que supo, vio y le contaron, mientras espera con la bragueta comidita de moscas —se ve que los animalitos van al rico azúcar que fabricamos los diabéticos— poner punto final a esta historia ya en sus postrimerías. No hace ni diez minutos he visto pasar al Ubaldo tan borracho como en estos últimos años —una lástima— pidiendo a todos, enseñando su huevo solitario en los portales para que tres degenerados hagan risas, con lo que él, ahora, solo fabrica lágrimas... En fin, terminemos...

Fue el día en que inauguraron la ermita de San Gregorio. A Ubaldo le contrataron para cantar dos o tres cosas al final de la ceremonia. En el acto había mucha gente fina, de lo mejor de Logroño: toga, levita, espadón, tricornio, mitra... un lujo, vamos... Ubaldo, con sus mejores galas y a una señal convenida, comenzó a trinar. La pieza era, por lo emotiva, la que habitualmente utilizaba de arranque, el «Ave María» de Gounod. Por lo normal cantaba siempre con los ojos cerrados y las manos unidas a modo de plegaria; de vez en cuando

se permitía poner los ojitos en blanco. Aquel día nefasto los abrió y, a partir de ahí, ya todo fueron desgracias.

Los testigos no acaban de ponerse de acuerdo salvo en una cuestión: cuando recitaba *inter mulieribus* —más arriba o más abajo— se produjo un silencio, un silencio largo seguido de algo que hay quien califica de rebuzno y otros, de una pausa inacabable a la que, finalmente, acompañó un grito. Sea como fuere, ahí se acabó Ubaldo.

Con los años, el médico que me trata y que fue el que trató a Ubaldo, me contó que, tras muchas sesiones, el desgraciado acabó entreabriendo una pequeña rendija en su mente definitivamente cerrada. Al parecer, cuando en uno de sus trémolos más emotivos abrió los ojos, vio ante sí un cuadro que siempre mentó al médico como «El espejo». Era un cuadro en el que san Gregorio veía su propio entierro. Lo que Ubaldo llevaba soñando media vida y —por lo que él fue contando a base de toracina y manguerazos de agua fría— el obispo allí representado era su trasunto, vamos, que era igual que él. La reacción que tamaña gilipollez le causó no tiene anales en la medicina, pero el caso es que Ubaldo perdió de golpe su voz a resultas de la impresión; aquel obispo de óleo le hizo el efecto de un espejo maléfico porque, siempre según declaraciones posteriores, aseguraba ser aquel prelado antiguo y recordar en una exhalación sus vidas y pecados anteriores y sus años de tumba y gusanera; el entierro y todo lo que le atormentaba desde niño cada vez que cerraba los ojos.

Desde entonces le llaman el Obispo y —siempre hay algún hijo de puta— le hacen cantar en las tabernas cuando está muy borracho. Yo le he oído cantar la voz llena de alcohol

y odio sin poder sentir otra cosa que una inmensa pena, una urticante sensación de algo perdido. Pasea por la calle de la Ruavieja y mira hacia ambos lados como si viese algo. Su voz, ahora sí, es la de un hombre, pero tan rota y triste, tan lejana de aquella antigua que solo apetece al oírla marcharse a otro lugar. Él cuenta por un vaso que fue un muerto, pero no queda casi nadie que le haga caso ni recuerde cómo era aquella gloria de su canto y solo ven en él a uno más de los borrachos legendarios.

Yo no sé, de verdad, si lo de Ubaldo es posible. Le he mirado algunas veces a los ojos y no me gusta lo que veo en ellos: un frío, una negrura, algo como de exilado de esta vida, de alguien que ha vuelto de un lugar donde nos esperan a todos. Veo a Ubaldo y me da miedo y, si canta, con esa voz que hoy tiene de aguardiente y de tiempo, no tengo más remedio que marcharme.

El ángulo oscuro

JORGE ALACID LÓPEZ

1995

X Premio de Narración Breve De Buena Fuente

Tema: El monumento a Espartero

Nunca desprecies el azar. En lo fortuito se esconde la mecánica secreta de las cosas, la oculta armonía que casa las piezas de este rompecabezas sin más quebrantos de los imprescindibles. En todo esto iba pensando mientras alcanzaba la puerta del Bolo Pin Club, reconfortado por el café (perfumado) de Las Cañas, paladeando cada metro de Calvo Sotelo, prisionero de una melodía que silbaba calle abajo. ¿Dicen que la distancia es el olvido? Él tampoco concibe esa razón. Penetra galante en el Bolo Pin Club y sonríe con los ojos cuando se cruza con la cara golfa del (excelentísimo) señor gobernador civil.

«A mí nadie me da la espalda. Sanseacabó». Puede que añadiera alguna blasfemia, pero Augusto Mata no lo recuerda con precisión y, sentencia juicioso ante sus contertulios: «Yo no digo una cosa por otra. A mí ya me conocéis». Y la parroquia de Los Leones cabecea asentidora: sí, a Augusto Mata, Palizas Mata según el apodo local, se le conoce bien en el café. «Sobre todo, a la hora de pagar», añadirá después el farmacéutico Espinosa. «Y a la de las propinas», rumiará para sus adentros Santos, el limpia, que escucha como quien oye llover la noticia: según el secretario del excelentísimo señor gobernador civil, su excelencia acaba de disponer, por decirlo en palabras de Mata, «dar un giro de ciento ochenta grados,

ya que no de trescientos sesenta, en la fisonomía de nuestra amada ciudad. A mí nadie me da la espalda, ¿eh? Bastante castigo tengo con este destino como para permitir insolencias. Sanseacabó. Voy a transformar este villorrio. Oirán hablar de mí en Madrid. Se van a enterar». Y ya, sí: ya Palizas Mata confirma que remató la frase con una blasfemia que no repetirá por decoro. Y mira hacia la esquina del café donde sorben limonada las conocidas como hermanas Gilda, que devuelven el saludo alzando el vaso. «Y me dijo: “Augusto, mañana me conierta usted una entrevista con el señor alcalde, le anuncia de qué va la cosa y le advierte que va en serio. A mí nadie me da la espalda”». Etcétera.

El general no se inmutó cuando los primeros preparativos empezaron a inquietar a sus leones. El general era alérgico a las novedades, de manera que estas siempre le sorprendían en su buena fe. Como un don Trancredo fundido, aceptaba inmóvil cada transformación del Paseo que un día fue Campos Elíseos y que hoy malremataba aquel auditorio cuya sola contemplación le estremecía. «Al menos, yo sigo estando más alto», se consolaba. Y apartaba pronto de la cabeza los malos pensamientos cuando veía operarios municipales trajinar entre parterres y fuentes. «Conmigo no se atreverán», era la frase con que acompañaba cada remodelación en la rosaleda, cada reforma del baldosado, cada ir y venir de los miembros de la brigada municipal de Parques y Jardines. «La última vez, por fin hicieron algo decente», tenía que reconocer de noche, cuando las fuentes luminosas ascendían hasta salpicarle de agua y luz la cabalgadura y resaltar la bizarra pose con que

le inmortalizó aquella ciudad. Marcial, sereno, desprendía la misma autoridad que en vida, lo cual no impidió que sucesivas administraciones se creyeran en la obligación de retocar los trabajos de la anterior, maldición que acababa por orientar sus afanes hacia la estatua ecuestre del general, como si los regidores municipales se dijeran: «Y con este, ¿qué diablos podemos hacer con este?».

Pero esto ya era inaudito. En realidad, al general le daba igual norte que sur, pero en la orientación primigenia había podido ver cómo la ciudad crecía hacia los palacetes de Vara del Rey, enviaba el ferrocarril al extrarradio y estaba al caer el día en que terminara por devorar las huertas junto a Las Gaunas. El norte, según sus noticias, seguía tal como lo dejó, con el río de frontera y el pueblo concentrado en el haz de callejuelas que rodeaban la Redonda y demás iglesias. «Lo de siempre», se decía, mientras estiraba el cuello y oteaba la ciudad nueva, que se adivinaba ya más allá de la Gran Vía.

Cantaba «Cabaretera» Lorenzo González por el *pick-up* de maleta y pronto le sucedían los acordes del *twist* «que es el nuevo ritmo que ha nacido del rock» y las parejas arrastraban los pies por la pista del Bolo Pin Club, dudaban las rodillas si obedecer las confusas órdenes que emanaban de su propietario. ¿Debían amagar una genuflexión y en el preciso momento de alcanzar el suelo, elevarse de nuevo a la posición de partida? Excesiva la timidez de estos bailarines ocasionales, sentenciaba el general, que sentado en su velador ya no era tal: había mudado la impedimenta militar y, embutido en un terno gris milrayas, apuraba su combinado a tragos cortos y

vigilaba de reojo la hora en que debía comenzar la actuación en vivo. «Basura fui por ti», anunciaba una voz por la megafonía y él tarareaba para sí: «Tú reviviste la amargura y el dolor de todo mi pasado».

Bolero. Personalmente, él prefería el tango, pero aquel bolero... Aquel bolero llegaba tan nítido desde el casino en el vecino y viejo chalé de los Azpilicuetas que pronto lo incorporó a su memoria sentimental.

Así comenzaba cada noche su espectáculo Sandra Doré, reina del café-cantante madrileño, desposada con Jacinto Extremiana, industrial de pro que, luego de enriquecerse con el estraperlo, regresó a su ciudad natal, coincidiendo con los años en que su entonces protegida era desalojada apresuradamente de los garitos principales de Madrid, conquistados por los ritmos llegados desde la Gran Bretaña. Conocedor del terreno que pisaba, Extremiana supo que llegaba el momento de su retirada. «Ya tengo dinero, es la hora de ganarme el respeto», le explicó a la señorita Doré cuando ya bajaban Piquerías. Pero ella tenía sus propios planes. Mientras su señor marido, con quien casó recién llegada a la ciudad, dormitaba entre papeles, ocupado en la administración de las fincas en que acababa de invertir sus ahorros, Sandra Doré recuperó antiguos modelos, perdió una pareja de kilos y le echó un vistazo al casino aquel de la esquina del Espolón. Ella no iba a permitir que las telarañas le invadieran el alma. «Tú a mí no me apolillas», comunicó a su desconcertado esposo. Y con su colección de cuplés, boleros y tonadillas, tomó posesión del micrófono en las veladas de los viernes que por entonces

languidecían, víctimas de la frialdad del tocadiscos. Y aunque aquellos nuevos ritmos que le obligaron a abandonar Madrid se adivinaban ya en la vestimenta de ciertas muchachas, fio su suerte al natural provinciano de los lugareños, de suyo desconfiados a cuanto oliera a novedad. «El *twist* ya tardará algo más que yo en bajar Piqueras», se animaba a medida que el coro de admiradores que iba formando le jaleaba en cuanto amenazaba con presentar su tarjeta de visita, aquel bolero: «Tú reviviste la amargura y el dolor de todo mi pasado».

Más lúcido, el general desde su caballo no opinaba igual. También él había percibido sutiles cambios entre la muchachada que pelaba la pava en el Espolón. Algún flequillo yeyé despuntaba, cada vez se mascaba más chicle y, progresivamente, las faldas se iban acortando, pero mientras la ciudad se siguiera acostando satisfecha y confiada, el casino, Sandra Doré y él mismo estaban a salvo. Por eso, superado el enfado inicial aceptó su propia mudanza con una resignación que no dejó de sorprenderle. «Me hago viejo», pensó. Se había acostumbrado a leer los cambios del paisaje como un símbolo de su peripecia personal. «El gobernador, lo único que ha hecho ha sido precipitar los acontecimientos. Estaba escrito en algún lado que el casino no tiene futuro». Con estas reflexiones en la cabeza, se dejó dar la vuelta.

Fiel a la recomendación del gobernador, el alcalde había hecho llamar a un ingeniero de Burgos, con fama de especialista en el traslado de monumentos, aunque rápidamente le advirtió que su experiencia en cambios de orientación de estatuas equivalía a cero. «Para ser exactos, menos que cero»,

precisó sin saber que acababa de autoadjudicarse su apodo en una sociedad muy proclive a motejar a sus conciudadanos, sobre todo tratándose de forasteros. Menosquecero fue inmediatamente bautizado por un concejal de Abastos, muy guasón, que asistía a la entrevista, y Menosquecerito se conoce aún a su hijo, pues la dependienta de una zapatería, muy asidua a los trabajos de mudanza de la estatua, pronto le enganchó y el burgalés tornó logroñés adoptivo. Al alcalde tampoco le hizo mucha gracia el personaje, pero se aguantó porque venía muy recomendado y al excelentísimo gobernador civil le urgía que la estatua dejara de dar la espalda al edificio donde tenía su sede el representante del Gobierno de la Nación. «Cada mañana cuando me levanto, me asomo al balcón y ¿qué es lo que veo? Un culo, con perdón, o, mejor dicho, dos culos, el del general y el de su caballo, pero a quién se le ocurre levantar una estatua dándole la espalda al Gobierno Civil, nada menos que al Gobierno Civil. ¿Pero no se ha dado cuenta del simbolismo que encierra esta posición, señor alcalde? Me sorprende que hasta hoy nadie reparase en semejante grosería. Así que, a cambiarlo, señor mío. A mí no me da la espalda nadie. No me la dio el Caudillo y no me la va a dar este general».

Inútil fue alegar que el monumento era anterior al edificio del Gobierno Civil. El titular de la institución llegaba precedido de fama de hombre enérgico, con poderosas influencias en Madrid, por más que cierto desliz —llamado Yolanda— hubiera arruinado, momentáneamente creía él, su carrera y aconsejado al señor ministro de la Gobernación recetarle una temporada de reposo en provincias. «Acepta el nombramien-

to como si te invitaran a un balneario», fue el consejo que escuchó segundos antes de que le señalaran en el mapa dónde caía su destino. Se apresuró a reconciliarse con su esposa, la apuntó recién llegados a la ciudad a un par de roperos, la hizo presidir algunas cuestaciones y le obligó a organizar cada viernes una partida de siete y media. «Y pasa lista», le recomendó antes de elucubrar en qué invertir aquel par de horas de asueto vespertino que se había regalado cada viernes en que su mujer organizaba «la partida de la gobernadora», más conocida como la As de Oros, sobrenombre nacido por su nada casual habilidad para ganarse las cuatro perras que se apostaban. «Si no te dejas ganar, vas lista», era la advertencia con que las más expertas saludaban a las neófitas en aquellas tardes de anís y naipes.

Afortunadamente, el alcalde comprobó pronto que la impericia de Menosquecero en la dirección de obras no solo justificaba el mote, sino el auxilio de alguien que usara la cabeza para algo más que llevar el sombrero. Aniceto Torremuña, alias Tenorio —se obviará la explicación de tal apodo— jefe de la cuadrilla de Obras Públicas del Ayuntamiento, se convirtió en la sombra del ingeniero desde el día en que se iniciaron los primeros trabajos de traslado. La dependencia del teórico director de obras respecto a su teórico subalterno alcanzó tal grado que cuando Menosquecero daba alguna orden a los operarios, estos miraban primero a Tenorio, y únicamente cuando recibían su asentimiento, ejecutaban la operación. Con el paso de los días, fue Tenorio quien supervisaba la mudanza y quien despachaba con el alcalde para darle cuenta

del estado de las obras, entretenido Menosquecero en tomar limonada en la Rosaleda con la señorita Alpagata, sobrenombre de su flamante prometida. Consciente de los riesgos de su flagrante dejación de funciones, el ingeniero ni siquiera apareció por el Espolón el domingo elegido para el definitivo cambio de orientación. La estatua se había desprendido de su peana dos días antes, justo la noche en que Sandra Doré anunció a su muy fiel público, una mezcla de señoritos calaveras y nostálgicas solteronas, que la dirección del casino lamentaba comunicar el cierre del local. «Y ahora, la buena noticia: desde el próximo viernes, me tendrán ustedes en el Bolo Pin Club, donde interpretaré las más escogidas piezas de mi selecto repertorio que tan excelente acogida ha tenido. Cuplé, tonadillas y pasodobles. Lo nuestro. Mantengámonos españoles». Era de todos sabido que los viernes por la tarde, mientras su señora y las demás beatas jugaban a las cartas y bebían anís, se dejaba caer por el Bolo Pin Club el (excelentísimo) señor gobernador civil, acontecimiento que no faltó quien lo relacionara con el traslado de la señorita Doré, sospecha pronto disipada por la comprobación de que los horarios de ambos no coincidían: él salía de allí justo cuando ella atacaba «Basura».

Todas estas habladurías se extendieron tanto que acabaron por llegar incluso a oídos del general, pero en vísperas de su cambio de posición no estaba para chácharas. Le preocupaba que el trabajo de soldadura posterior al traslado no infligiera daño alguno a sus leones, que soportaban somnolientos los trajines propios de la mudanza de la estatua que sostenían, indiferentes ante el espectáculo de vanidad que aquella mañana

encarnaba el excelentísimo señor gobernador civil, autotitulado artífice, diría luego en su discurso, «de un traslado que proveerá a nuestra ciudad de una estampa racial, formidablemente ajustada sutil mensaje que la Providencia nos enseñó: el Pasado, y digo Pasado con mayúsculas, mira al Presente, con mayúsculas también, y lo mira de frente, cara a cara, para que la estatua que simboliza nuestra imperial historia recuerde a los humildes gestores de la España de hoy el trascendente legado que heredamos. Y para que este monumento, emblema de una ciudad entera, sepa, como los ciudadanos todos saben, que ese Gobierno Civil al que hoy se enfrenta, es digno representante de un ayer que defenderemos con orgullo. Pasado y Presente. Lo nuestro. Mantengámonos españoles».

Solo el general reparó en la coincidencia. El resto del público rompió a aplaudir con la falsa vehemencia propia de tales actos. Ni siquiera se echó de menos a Menosquecero, que alegó fiebres maltas para excusar su asistencia a la inauguración de una obra cuyo fracaso podía haberle costado su presente y su futuro, sin mayúsculas. Nadie se apercibió tampoco de que, curiosamente, se ausentara de la inauguración la señorita Alpargata, pero se comprende que nadie lamentara su inasistencia en aquella mañana tan reluciente, con la banda municipal tocando a pleno pulmón, los chiquillos correteando tras el barquillero. Ya conquistada su nueva orientación, el general comprobó que, como suponía, la ciudad no había cambiado demasiado durante los años en que la había ignorado, pero su pensamiento no estaba para sutilezas urbanísticas. Le preocupaba más saber qué sucedía Calvo Sotelo abajo,

en el Bolo Pin Club, escenario de improbables coincidencias desde el viernes que se aproximaba.

Movido más por la curiosidad que por pasiones menos confesables —ya se ha advertido que él, personalmente, prefería el tango— aquel viernes estrenó una costumbre que ha ido perdiendo con los años. Pero esa es otra historia. Se apeó del caballo, mudó su uniforme de general por un milrayas, se entonó con un café (perfumado) en Las Cañas y tomó posesión de uno de los veladores, bajo el emparrado del Bolo Pin Club. Allí escuchó a Sandra Doré advertir a cierta Isabel que «donde hay amor, hay pecado», se preguntó por el significado oculto de la estrofa «en la noche de bodas que haya en mi cama, colcha de seda, colcha de seda», y abandonó la sala cuando la orquesta atacó —desafinando— los compases finales del pasodoble «En el mundo», su favorito. Y cada viernes se tomó desde entonces el segundo combinado en el Ringo, cenó un emparedado en Pachuca y echó la espuela en Rango hasta que lo cerraron y tuvo que guarecerse en el bar del Aero Club para el último trago, siempre solo, aunque para su segunda expedición ya había intimado con el resto de la clientela del Bolo Pin Club. Como él, por allí se dejaban caer el Marqués de la Ensenada, Gonzalo de Berceo, el Caballero de la Rosa, testigos mudos de una ciudad que se desvanecía, reunidos en la sala de baile para atrapar aquellos átomos de tiempo y enterrarlos bajo la pista, pronto solar de algún anónimo bloque de viviendas. Pero, a diferencia de sus congéneres, al general no le importaba lo más mínimo que en el Bolo Pin Club se despidieran los últimos vestigios de una civilización

que se resistía a morir. La ciudad estaba concentrada de tal modo en su memoria que, solo con accionar algún invisible resorte, podía reconstruirla a su antojo, combinar pasado y presente, anticipar el futuro. Logroño iba en el corazón, era un estado de ánimo. Lo que al general de verdad le importaba era descubrir cuándo el *twist* saltaría desde el *pick-up* hasta el micrófono y, especialmente, qué secretos meandros dibujaba Sandra Doré con su voz tan grave para que el excelentísimo gobernador civil arruinara por segunda y definitiva vez su carrera y penetrara en el Bolo Pin Club por la puerta de atrás nada más salir por la principal, mientras su mujer cenaba sola tras las siete y media de cada viernes, un poco mareada por el anís, y aceptaba las excusas que su marido farfullaba, cuando ya de madrugada volvía al lecho conyugal. Del Bolo Pin Club en el ángulo oscuro, el general confirmaba que el azar resuelve la mecánica secreta de las cosas, montaba a su caballo tras la excursión de los viernes y pensaba en la oculta armonía de lo fortuito mientras vislumbraba entre las ventanas del Gobierno Civil la alcoba donde su excelencia intentaba conciliar el sueño probablemente entregado como él a una vigilia que revivía la amargura y el dolor de todo su pasado.

Muchos romanos y unos pocos cartagineses

BERNARDO SÁNCHEZ SALAS

1996

XI Premio de Narración Breve De Buena Fuente

Tema: El cuartel del general Urrutia

*A Pedro Matute
y a los compañeros de la oficina*

Con fecha de registro de entrada en las oficinas del cuartel, del día 5 de marzo de 196..., sellada a tampón y con el membrete múltiple de la marca Apolo Films S. A. Producciones Cinematográficas & Colossus Pictures Inc. (Madrid-Los Ángeles) huecograbado en el ángulo inferior izquierdo, el cabo primera Manuel Riaño Pizarro, previo permiso concedido para entrar en el despacho, dejó sobre la mesa del coronel Senén Postillo Alhucemas, entonces ocupado al teléfono, un sobre dirigido a la máxima autoridad con mando en plaza del Regimiento de Artillería General Urrutia de Logroño. Una vez abierto el sobre por el citado oficial, resultó contener la siguiente carta/solicitud que a continuación se transcribe parcialmente:

«Muy señores nuestros:

»Con la altísima consideración que, por descontado, nos merece la institución castrense, nos dirigimos a ustedes para ponerles en conocimiento de que las dos veteranas y reputadas empresas cinematográficas que encabezan la presente, la española Apolo Films S. A. Producciones Cinematográficas, radicada en Madrid y la extranjera Colossus Pictures Inc. con

sede central en Los Ángeles (Hollywood) y sucursales europeas en Ponte Di Poccia (Roma) y San Sebastián de Los Reyes (Madrid) han acordado aunar esfuerzos para la realización de una magna coproducción hispano-italo-norteamericana de temática épica en Totalscope y Estampacolor bajo el título de *La espada imperial*.

»Les suponemos sabedores del proyecto pues ha sido difundido por la prensa y la radio debido a su relevancia y a la celebridad de las estrellas internacionales que van a participar en él, entre las que baste nombrar a Richard Paxton, Charles Huston o Mariangela Piscino, y a la de su director, el americano Peter Parker. Nuestros encargados en localizaciones exteriores han visitado las dos Castillas, recomendando finalmente que el rodaje de varias de las espectaculares escenas de batalla se rueden en tres enclaves riojanos que se consideran muy adecuados por lo agreste y geológico: la zona del monte Cantabria, la sierra de Yerga y las llamadas Peñas de Viguera. Ahora debemos solventar el apartado de la figuración, para lo que nos hemos permitido ofrecerles a su distinguido acuartelamiento la oportunidad de constituir el grueso de la misma.

»*La espada imperial* está ambientada en los extintores (sic) del Imperio romano y narra las luchas internas por el poder guiadas por la ambición y la decadencia. Las escenas bélicas cumbres tienen lugar en las montañas y como antagonistas a las legiones romanas y a las guerrillas bárbaras. Apolo Films y Colossus Pictures les ofrecen la posibilidad de que el personal de tropa a su mando incorpore a los soldados de dichos ejércitos en los términos que se acuerden. El calendario de

rodaje, que no se extendería más allá de quince días a partir de la primera semana de abril, se ajustaría a las necesidades del servicio del cuartel. El consorcio Apolo-Colossus aportará instructores militares americanos especializados, maestros de armas y de lucha grecorromana, vestuario de época, maquillaje y *catering*. De igual modo podemos garantizar la presencia de las cámaras de NO-DO en el rodaje y el reconocimiento público que en entrevistas y créditos finales de la película se haría de la desinteresada participación de los oficiales y tropa del Regimiento General Urrutia de Logroño y de la Capitanía General de Burgos, de la que depende.

»En carpeta adjunta, les enviamos la sinopsis del argumento, que ya ha obtenido la autorización de la comisión correspondiente del Ministerio y el beneplácito de los historiadores académicos. En breve se pondrá en contacto con ustedes nuestro jefe de producción, D. Segismundo Varela. Siempre a sus órdenes...».

Antes de que acabara de leer la carta, el coronel Senén Postillo Alhucemas, un clásico del acuartelamiento General Urrutia, ya con un pie en la reserva, y de quien se decía en sus tiempos de comandante que se daba un aire al Errol Flynn de *Murieron con las botas puestas* por el bigotillo y lo fino, se vio arengando una legión romana desde lo alto de una peña de Islallana, que además era el pueblo de su mujer y, por tanto, la residencia de verano. En su inmediata voz ejecutiva ya se advirtió un punto de pose, un deje de estilo actoral, casi «de método». Impostando un semitono la voz y dando a cámara su perfil bueno ordenó al cabo primera:

—¡Chico! Avisa pitando al capitán Peña que lo veo en dos minutos y dile al escribiente que se persone que le voy a dictar un oficio para que salga en el correo de hoy.

El cabo primera cumplió la doble orden a la voz de ya y antes de que el coronel llegara a un folio en la lectura del argumento de *La espada imperial*, o sea, cuando iba por la escena del duelo nocturno entre el tribuno Marco Pluto y el senador Antonio Porcio en el peristilo de la villa del segundo por una traición cometida por sicarios del primero, el capitán Peña ya se había presentado esperando bien cuadrado *diera el coronel su permiso* y el escribiente lo mismo, pero en segunda línea de fuego.

—Bien. Pues parece que vamos a hacer una película. Capitán lea esta carta que nos han enviado; mire por los problemas de intendencia que se deriven y reúname antes del fin de la mañana a los suboficiales de las seis baterías. Ya puede irse. ¡Ah! espere, Peña. Los permisos de abril se anulan porque van a hacer falta muchos romanos y unos pocos cartagineses. A ver, chaval, que te dicto esto.

A partir de las 10:30 horas de la mañana, que serían aproximadamente en ese momento, todo iba a transcurrir en el cuartel de artillería General Urrutia de Logroño a unas veinticuatro imágenes por segundo y mayormente sin entender nada, hasta el punto de que el de transmisiones alertó a la guardia de que iba a estallar una película; el cabo de cuartel entendió que había que formar a las baterías para ir urgentemente al salón del cine; el sargento de semana corrió la especie de que iba a llegar de un momento a otro la Cardinale

para nombrarla madrina de la tropa y entre la plana mayor aún se corrió otra, bien mirado más atinada, que aseguraba que el coronel se iba a promocionar a general en *una de romanos*. El empleo, digamos «dramático», que le correspondería en la superproducción en Totalscope y Estampacolor estaba por ver, pero, de momento, para sí lo hubieran querido al coronel Postillo muchas casas cinematográficas como ejecutivo porque a la firma tenía ya resuelta una respuesta afirmativa de dos folios a la solicitud —en la que no se ahorraba un emocionado recuerdo a sus horas infantiles en un cine parroquial, su posibilidades de galán joven si hubiera querido y su admiración por Luis Peña, Alfredo Mayo, Jorge Mistral, Antonio Casal y muy especialmente por la película *Botón de ancla*, aunque, por supuesto, él pertenecía a otra arma— y leído de «pe a pa» el histórico argumento tan bien visto por los académicos del ramo. Ahora, que de aquello de la sinopsis no había encontrado nada, aunque lo que de verdad le intrigaba era lo del *catering*. Pero, en fin, eso no iba a ser *óbice ni ápice*. En la reunión con los suboficiales requeridos tan súbita como perplejamente por el capitán Peña, el coronel esbozó las líneas maestras de la estrategia a seguir y dispuso se ataran en breve todos los cabos con el entente productor hispano-norteamericano sin bajar la guardia en ningún momento y tirando para casa. Para lo de atar cabos con la industria del cine, que se presentaría en el cuartel de un momento a otro, Postillo pensó en un teniente coronel de la plana llamado Jaime Pórtoles Sigüenza, quien tenía una larga experiencia a sus espaldas en el mundo del espectáculo porque en sus años de

teniente a secas había llevado con éxito las funciones para los actos de la patrona del arma que se celebraban en el saloncito del cuartel y, de propio, era titular del papel de Poncio Pilatos en la célebre «Pasión» de su pueblo, con lo que se desenvolvía con familiaridad en el género. A su cargo quedaron las negociaciones con el productor ejecutivo de Apolo Films y Colossus Pictures. Antes de levantar la reunión, no perdió oportunidad el coronel Postillo de describir a los responsables de las baterías allí convocados con vehemencia y una nada desdeñable visión de la jugada algunas de las principales escenas de *La espada imperial*, como la impresionante batalla del campo de Postia entre un destacamento imperial atrapado en una celada y una avanzadilla bárbara, aunque en su relato ya *era el terreno monumental viguerense con sus peñas imponentes y mayestáticas esculpidas por el crisol de los tiempos* el escenario elegido para la contienda titánica, donde, a buen seguro, él mismo y sus soldados iban a tener un papel decisivo. Pero qué decir de aquellas otras escenas que se prometían sobre las maquinaciones de los caudillos barbáricos en las mismas cuevas de sus poblados, *que iban a encontrar en los ojivales del pétreo, árido y legendario monte de Cantabria su mejor representación de la noche de los tiempos y el paganismo*. Ahí era nada la superproducción que estaba al caer, seguidita de cerca por las pertinaces cámaras del NO-DO, que en su pequeñez y modesto blanco y negro mal podrían dar cuenta de la grandeza de lo que allí se ventilaba para la historia universal. Más excitante que la más excitante de las campañas al uso pareció al estado mayor del logroñesísimo cuartel General Urrutia

aquello del rodaje de *La espada imperial* en sus propias posiciones. La única condición que le puso Postillo a Pórtoles como innegociable en las conversaciones con la industria cinematográfica fue la siguiente:

—Por lo de ese tal *catering* yo no paso, Pórtoles. Mire a ver.

Y todo el mundo se fue a sus puestos, a la espera... del guion. Entre la tropa no había quien parara. Quien más, quien menos se veía chupando plano y saludando a sus parientes y amigos desde cualquier momento cumbre del desplome del Imperio romano, cuya versión definitiva iba a tener lugar en las inmediaciones de Logroño y en los cerros de Yerga, por donde los dinosaurios ya había pendenciado lo suyo antes de que llegara ningún procónsul a tomar las aguas. Pórtoles era el hombre clave de la operación, el verdadero representante artístico del regimiento y no perdió un segundo en coger fondo para la negociación. Llegó a repasar incluso algún rudimento de inglés que guardaba para por si acaso y se planchó el traje de gala como si fuera a desfilarse por un fotograma restallante de *Dónde vas Alfonso XII*. A decir verdad, nadie perdía el tiempo porque el coronel Postillo, por ir templando la voz, repasaba en alto por las noches algunos pasajes de un drama histórico de Hartzenbusch bajo las directrices de su esposa y hasta el páter del cuartel convenció a unos cuantos reclutas para tomar unas clases particulares de latín porque estaba seguro de que este y no otro había de ser en puridad el idioma de la película y les aseguró que a aquellos que se supieran de corridillo tiradas de *La guerra de las Galias* les repartirían papel con frase. El colmo fueron las salidas de tono

del corneta, empeñado en unas dianas floreadas como para despertar a los gladiadores del Circo Máximo.

El día D llegó tal que un viernes de marzo. Durante la hora y tres cuartos que duró la negociación entre el comisionado Pórtoles y Segismundo Varela, el hombre de Apolo-Colossus, hubo un silencio en la plaza digno de orden cerrado. Pórtoles sacó provecho. Las novedades que el teniente coronel le presentó al coronel fueron, en resumen, que los del cine lo ponían todo, vamos; pero que además, una vez finalizado el rodaje, regalarían al acuartelamiento una máquina de cine para el salón de actos, algo de *atrezzo* de la película para decorar las dependencias, unos altavoces para maniobras y una cuadriga (?). Más detalles: la sensacional acción de *La espada imperial* precisaba de unos cuatrocientos hombres, uniformados unos de romanos, otros de bárbaros; es decir se emplearía a la guarnición al completo y algún que otro refuerzo de Cruz Roja; el escalafón se respetaría en la filmación de manera que cada cual conservara su rango en las formaciones militares que se montaran para la película; los soldados que supieran inglés debían ser rebajados de servicio para servir de interlocutores con el equipo técnico americano; se convocaría una rueda de prensa para medios nacionales en el mismo patio del cuartel para darle publicidad y mostrar la gratitud de los productores y que, en general, el reparto de papeles se haría siempre de acuerdo con los oficiales, para los que se había previsto papeles destacados. En cuanto a las secuencias a rodar se trataba de cuatro batallas diurnas —en Viguera y Cantabria— y una escaramuza nocturna —en la sierra de Yerga—. En el apartado

protocolario, el productor ejecutivo había prometido al acuar-telamiento que, por deferencia de Apolo-Colossus, todos los actores y actrices de la película almorzarían un día con los soldados en los comedores del regimiento y que incluso posarían en una foto de familia con todos ellos con vistas a una orla de recuerdo. Por supuesto el estreno absoluto de la película, precedido de una pequeña parada militar, tendría lugar en un cine de la ciudad en fecha a convenir.

—¿Y qué hay de *catering*, Pórtoles?

—Ni ha salido el tema, mi coronel.

A continuación del aparte con Pórtoles se hicieron los honores entre el coronel Postillo y el superlativo productor; de seguidas, aquel telefonó a Burgos por si hubiera alguna pre-vencción, que no la había, y dado el alcance regional y nacional de lo que se iba a cocer en el cuartel General Urrutia, se le ocurrió al coronel llamar muy ufano al gobernador civil y al alcalde y a todos los convidó a brindar (con un rioja del año de su ascenso) con la plana mayor del regimiento y *del emporio cinematográfico mundial por la álgida empresa artística que constituye «La Espada imperial»*, en cuyos tercios iban a debutar *ipso facto*.

El desembarco de los del cine no se hizo esperar. La primera secuencia a rodarse, anotada en el guion como Batalla de Pinza y protagonizada por un destacamento romano al mando del centurión Tíbulo Atrio (Richard Paxton) y un comando vándalo, habría de desplegarse, según desglose de producción, el lunes 2 de abril en las peñas de Viguera, pero quince días antes, los operativos de Apolo-Colossus habían tomado cada rincón

del cuartel, al que no hubiera reconocido ni el propio general Urrutia. Véase, si no, la nueva redistribución de dependencias y unidades a las que obligó el séptimo arte: el gimnasio fue ocupado por seis maestros de armas, todos italianos, cuyo cometido era enseñar a los artilleros y futuros legionarios del César el manejo de la utilería de la época —catálogo (convenientemente achatado para evitar siniestros): lanza, escudo, puñal, arco, espada corta y larga—; el patio de armas fue tomado literalmente por los *trainers* americanos, la auténtica artillería pesada de la superproducción, quienes se encargarían de adiestrar a los soldados en la instrucción romana de la época, ejercicio que incluía formar y desfilar como en las legiones, atacar «en tortuga» —cubriéndose con los escudos— y saber morir por herida de flecha, esto en lo tocante a los romanos; respecto a la coreografía bárbara, había más manga ancha y la disciplina era mucho más relajada —a todo esto la distribución entre figurantes de un bando y de otro era indistinta: en una batalla se podía estar en un lado y en la otra en el enemigo, menos los oficiales que siempre serían oficiales SPQR. No obstante, se rumoreaba que apuntarse voluntario en el lado bárbaro (peor visto) daba luego lugar a un permisillo extra—; a la hípica militar se bajaron veinte soldados que acreditaron saber montar verosímilmente a caballo para ser entrenados con destino a ocupar en pantalla las primeras líneas de las tropas imperiales y aún de las otras, y los más atrevidos de entre este pelotón de veinte se pusieron en manos de especialistas que habrían de educarles en cómo salir disparado del corcel, enlazar con un doble salto mortal hacia atrás y caer sobre la roca tan pichi. El severo en-

trenamiento diario duraba desde la diana hasta la retreta, fines de semana incluidos, y todas las baterías pasaban por cada una de las disciplinas, sin excepción: *una verdadera pista americana que de haberla practicado más a menudo el ejército romano no hubiera permitido que acabara su imperio como el rosario de la aurora*, en palabras del locutor del NO-DO (noticiero 1190 B: *Maniobras cinematográficas en La Rioja*). No hará falta decir que no había apartado que se escapara a la supervisión del coronel Postillo, de quien no se separaba ni un segundo el referido Varela, bien que seguido de cerca por una cohorte de secretarios a los que, con tal de impresionar al coronel y rivalizar en las dotes de mando, igual mandaba poner un telegrama a Peter Parker a L. A., que enviar un ramo de rosas a la residencia milanesa de Mariangela Piscino. Pero Postillo no se inmutaba por la apretada agenda de Varela y sí, en cambio, le quitaba el sueño el inmediato conflicto bélico con los bárbaros y cómo le encajarían la faldilla, el peto y el casco con escobón que había que lucir para la ocasión. Cientos de estos uniformes y aperos, enfundados en plástico, embalsamados en bolas de alcanfor, numerados escrupulosamente y clasificados por especies de figuración, se guardaron en un enorme guardarropa habilitado en el almacén de provisiones del cuartel, por el que, cada tarde, después de «la teórica» que se impartía en el salón de actos, iban pasando uno a uno los soldados para someterse a pruebas de tallado y vestuario mientras que los oficiales pasaban cómodamente por las mañanas y eran atendidos por unas sastras italianas que habían cosido para el mismísimo Ben-Hur. ¿Y lo de «la teórica»? el último reducto del cuartel que ocuparon las

huestes de Apolo-Colossus fue el salón de actos. Una enorme pizarra y una pantalla para retroproyecciones fueron plantadas en su escenario. A golpe de tiza, puntero y sobre filminas de Viguera, Cantabria y Yerga tomadas por los fotógrafos de exteriores, los estrategas de *La espada imperial*, en una babel de idiomas, se esforzaban a explicar a los cuatrocientos soldados reclutados para la causa y a sus oficiales —sentados en las primeras filas cuaderno y lápiz en ristre— cuáles debían ser los movimientos de las tropas para que el parte de bajas fuera solo el previsto por los guionistas. Estas «clases» invadían el horario del descanso, justo después del almuerzo que, en aquellos días, se alargaba un poco más que de costumbre porque los comedores eran compartidos en alegre camaradería por el equipo técnico-artístico de la película y la tropa. También el rancho era el mismo para ambas partes, aunque se animó algo gracias a una bodega de Rioja Alta que se empeñó en apadrinar la restauración del rodaje de *La espada imperial* embotellando vino de crianza con la etiqueta exclusiva «Viña Capitolio» en sus tres variedades: tinto Rómulo, rosado Remo y blanco Augusto, más un gran reserva conmemorativo del año 753 a. de C., fecha de la fundación de Roma.

El último fin de semana de marzo, aterrizaba en la Base de Agoncillo el helicóptero que transportaba desde Madrid al director, a las estrellas femeninas y a los astros masculinos de la película. Bastante mareados, entraron por la puerta del Gran Hotel en olor de torería y de allí no salieron hasta que el lunes 2 un microbús se los llevó hasta Islallana para entrar en combate. Desde ese mismo día, también primero de campaña para

la guarnición de acuerdo a la tablilla de rodaje que diariamente se colgaba en la puerta de la capilla, y a lo largo de quince duras jornadas, el cuartel de artillería General Urrutia de Logroño, tras el toque de bandera, veía regresar hasta su patio un ejército replegado de romanos y bárbaros de pega, pero molidos de veras, dispuestos a entregar sus armas a cualquier encargado de guardarropía y a abandonar sus estandartes a la puerta de las duchas, ansiosos por llamar a casa y relatar cómo se iba cayendo por su propio peso el dichoso Imperio romano y cómo se iban a licenciar sin poder hacer nada por evitarlo.

Para la fiesta de santa Bárbara, patrona de la artillería, se estrenó mundialmente en la «pantalla milagrosa» del cine Olympia de Logroño y con todos los honores civiles y militares al alcance *La espada imperial*. En el *hall*, una foto de Peter Parker con la plana mayor del cuartel en los restos romanos de Varea y el personal del cine formado y ataviado de legionarios de Tíbulo Atrio. La sala, aromatizada con Quo Vadis, perfume creado para la ocasión. Proyectándose el último plano de la secuencia de la Batalla de Pinzza, el coronel Postillo, investido de lugarteniente de centuria, al hacer un gesto de saludo a Atrio antes de acometer al enemigo, pudo ver perfectamente en Totalscope y Estampacolor cómo asomaban bajo la capa roja y por este orden de aparición el anillo de compromiso, el reloj de marca de las bodas de plata y unos gemelos con el escudo del arma, regalo de sus compañeros de promoción. Y se emocionó comprobando de qué forma imprevista toda su vida había sido llevada al cine.

De *catering*, ni noticia.

Logrono

FERNANDO SÁEZ ALDANA

1998

XIII Premio de Narración Breve De Buena Fuente

Tema: Logroño del siglo XXI

Boston (USA), 17 de mayo de 2021

Ilmo. Sr. D. Mohamed El Aframi alcalde de Logrono y presidente del jurado del XXXVI Premio de Narración Breve De buena fuente Ayuntamiento de Logrono, UE: E-26/1, Unión Europea

Estimado señor:

El motivo de mi email no es otro que el de mostrar mi extraneza y mi pesar por el rechazo del trabajo con que opté al premio literario municipal De Buena Fuente, de cuyo jurado es usted líder. Ante todo, permita que me presente. Me llamo Graciela Nestares y, aunque resido en Boston, Massachusetts, desde donde le escribo, nací el 24 de abril de 2001 en Vina del Mar, Chile, uno de los lugares más lindos del Cono Suramericano y mi papá, señor alcalde, es logronés de nacimiento. A finales de 1999, poco después de obtener una plaza de profesor agregado en la entonces recién creada y hoy internacionalmente reconocida Facultad de Enología de la Universidad de la Rioja, papá fue invitado para pronunciar unas conferencias en Suramérica. Así que un buen día tomó el avión en Recajo... y ya no regresó jamás. En Santiago de Chile mi papá encandiló de tal manera a una de sus oyentes

que a los pocos meses ambos se convirtieron en esposos, sin esperar siquiera a que mamá acabara sus estudios. Siendo yo aún muy nina, papá aceptó la oferta de una importante multinacional de alimentación norteamericana con sede acá, en Boston, y por el momento este es nuestro lugar de residencia, aunque solo Dios sabe si será el definitivo. Yo recién me licencié en Ciencias Humanas y actualmente realizo un Magister de Antropología en Harvard.

Pues bien, resulta que el pasado mes de septiembre mis papás y yo viajamos a la Unión Europea para visitar la antigua España, y concretamente La Rioja que, como ya dije, es la patria chica de él. Fue una visita emotiva e inolvidable pero lamentablemente durante la semana que pasamos en Logrono no cesó de llover de manera casi tropical (creo que allá le dicen la gota fría), aunque ello no impidió que disfrutáramos enormemente de una ciudad tan linda. Esta primavera supe a través del güeb que Logrono ofrece en Hispanet-III de la convocatoria del premio De Buena fuente, cuyo lema era «San Mateo el Meón», en referencia a las torrenciales lluvias a que hice referencia, y decidí enviar mi relato. Cuál no sería mi sorpresa, señor, cuando el mismo día en que emailé mi trabajo me lo encontré de vuelta en mi persomática de Harvard con la siguiente lacónica apostilla: «El jurado ha resuelto rechazar su trabajo por considerar inadecuado su título». ¿Inadecuado? Y bien ¿no era el tema obligado diluvio de septiembre pasado?

Entonces, díganme, ¿qué hay de «inadecuado» en «El ano pasado por agua»? Yo, señor, no los entiendo: ¿que no es más inadecuado motejar a un Santo Apóstol de Jesucristo «el Meón»? De verdad que no acabo de comprender, pero, bien,

acepto el veredicto y sus razones tendrán. Al fin y al cabo, señor El Aframi, yo no esperaba ni mucho menos ganar el concurso, aunque le aseguro que los 3.700 euros del premio no me hubiesen venido pero que nada mal. No, señor. Yo no escribo bien, lo sé, y desde luego carezco de pretensiones literarias. Es que me hacía ilusión contar mi viaje a Logrono, aunque nadie lo leyera. Bueno, al menos ustedes los señores del jurado sí lo hubiesen leído, y con ello me hubiera dado por satisfecha. Pero ni siquiera, seguro, llegaron a desembalar el paquetito con las cinco copias de mi relato. Está bien, señor, no les reprocho nada, sus razones tendrán para devolvérmelo debido a lo inaceptable de su título. Pero al menos, y como consuelo, permítame transmitirle a usted las impresiones que experimenté durante mi inolvidable visita a la ciudad que vio nacer a mi papá, hace ya medio siglo, en el antiguo hospital («la Residencia» le decían, creo) que existía en el lugar donde hoy se ubica la Facultad de Ciencias de la Salud y Biotecnología. De cualquier modo, era precisamente eso lo único que yo pretendí con el envío de mi escrito, y si usted tiene la amabilidad de dedicar un poco de su tiempo a leerlo, me consideraré satisfecha. No en vano, señor alcalde, ambos somos hijos de inmigrantes, y si usted ha tenido la gran suerte de visitar el hogar de sus antepasados comprenderá mejor la intensa emoción que se apoderó de mí cuando me encontré con el mío.

Y bien, basta de preámbulos.

Ahora que todo pasó, le confesaré que cuando papi irrumpió un buen día en casa anunciando a gritos que al fin visitaríamos la Rioja española a finales del verano, el primer sentimiento que me invadió fue una extraña mezcla de fascinación

y miedo. Yo ya imaginaba que las cosas habrían necesariamente cambiado desde que él abandonó la ciudad veintidós años antes, e incluso me constaba que así había sucedido, y que el Logrono del siglo XXI en nada se parecería al de casi un cuarto de siglo atrás. Sin embargo, cuando recibí la noticia del inminente viaje transatlántico me vinieron de golpe a la cabeza las horribles cosas que él me contaba de su ciudad cuando yo era chiquita y, sentada sobre sus rodillas, se las preguntaba.

—Anda, papi, cuéntame más historias de la ciudad sin ley...

Así era como él la llamaba, y semejante apelativo disparaba mi imaginación infantil hacia el mundo del western, aquellos legendarios filmes de hace tres cuartos de siglo, hoy totalmente olvidados, que quizá usted llegó a visionar alguna vez.

—No, mi nina, esas no son historias para que las lindas princesas como tú disfruten de hermosos sueños. Ya duérmete, va, nena.

Como todos los niños, yo sabía cuándo era inútil suplicar a papá y cuándo, insistiendo hasta el punto suficiente, él acabaría cediendo y abriéndome, una vez más, las puertas de aquella lejana y milenaria ciudad europea que, envuelta por la espesa niebla de la leyenda, excitaba mi imaginación infantil como ninguna otra cosa.

—Venga, solo un poquito, hasta que me venga el sueño...

—Y ¡está bien!, aunque no logro entender por qué te interesan tanto esas historias, mi nena.

¡Eran historias tan increíbles para una muchachita sometida a las pautas de comportamiento dictadas por la más estricta educación bostoniana! Historias que hablaban de un auténtico poblado del siglo XX caótico, primitivo y salvaje. Yo

creo que cuando papá me las contaba no era consciente del atroz efecto que producían en mi sensible entendimiento. Él amaba su ciudad natal, la anoraba, y narraba bárbaras costumbres de sus habitantes de un modo entrenable, como la más natural cosa del mundo. Así, aunque papá me contara por enésima vez, por ejemplo, que los logroneses de sus tiempos tenían la costumbre de arrojar toda clase de desperdicios, papeles, cáscaras, botellines, envoltorios, colillas encendidas y envases en plena vía pública, o que muchos de ellos acostumbraban a estampar sonoros gargajos e incluso secreciones nasales contra el piso de la acera, procurando ubicar las flemas en las baldosas que dejaban libres las cagarrutas de perro que sus dueños no recogían, yo siempre lo escuchaba con la misma incredulidad de la primera vez. Pero eso no era todo. Cuando recordaba el paisaje urbano cubierto de pintarrajos que lo afeaban todo, zonas de esparcimiento ajadas, parques sucios y maltratados y mobiliario urbano destrozado, me venían a la mente aquellas imágenes del Bronx neoyorquino de hace medio siglo y pensaba que, sin duda, mi papá estaba exagerando. No era posible, por mucha «ciudad sin ley» que fuera, que en el Logrono de finales del siglo pasado hubiese una sola biblioteca pública frente a centenares de tabernas que los fines de semana se abarrotaban de gente, muchos casi niños, cuyo concepto de la diversión consistía en beber alcohol hasta casi el amanecer, maldecir como arrieros y machacarse los oídos con rítmicos estruendos que impedían impunemente el descanso de los desdichados ciudadanos que residían en las zonas tomadas por la tribu. Yo creo que mi papá cargaba las tintas a veces, señor alcalde, y que el paso del tiempo había

deformado su memoria; de lo contrario me resulta imposible, incluso ahora que soy una adulta, creer que aquella juventud logroñesa finisecular, entre trago y trago, diera rienda suelta a sus necesidades en plena calle, contra las fachadas de viviendas, edificios públicos y hasta de iglesias, convirtiendo en aquellas noches el venerable casco antiguo de la ciudad en un inmenso y nauseabundo urinario público... Ya lo sé, señor, seguro que no era cierto. Mi papá fantaseaba, seguro. No podía ser cierto que una ciudad perteneciente a uno de los pocos Estados que por aquel entonces se consideraban «desarrollados», capital de una región rica, cuna de la lengua actualmente más hablada del planeta, no tuviese otra cosa que ofrecer a sus jóvenes que el mismo rito de bullicio, alcohol y porquería todos los fines de semana. Mire, no le voy a contar las cosas que decía recordar de las fiestas patronales que entonces se celebraban (las de el famoso «Meón»), porque podría parecer que papá sufre de ideas delirantes. Como botón de muestra, le diré, que, según él, los festejos comenzaban con el lanzamiento de un petardo desde la balconada consistorial, ¡a manos del propio alcalde! La explosión era la señal de permiso para el inicio de una orgiástica ducha colectiva a base de vino espumoso barato, cuyos envases rotos (¡de vidrio!) quedaban esparcidos por el campo de batalla. Vamos, la gamberrada institucionalizada, diría yo. Algo tan absurdo que no merece demasiado crédito dado que no estamos hablando del siglo XIII sino del XX, señor mío. A partir del petardazo, los logroñeses se pasaban nada menos que una semana dedicando las mananas a extravagancias colectivas tales como

guisotear en plena calle y divertirse corriendo por el centro de la ciudad en compañía de los toros que tocaba torturar ese mismo día; las tardes, a presenciar las famosas «corridas» o a castigarse los tímpanos en la feria; y por la noche, a abarrotar las tabernas y todo lo demás. Los logroneses llamaban a esta bulliciosa apoteosis ritual del lado oscuro de su cultura «los sanmateos» en honor al famoso apóstol mingitorio.

Y hablando de bullicio, papá suele presumir de que había nacido nada menos que en la ciudad más ruidosa de este planeta. Él siempre decía que a finales del siglo xx España era el segundo país más ruidoso del mundo, después del Japón, pero que si hubiese existido un *ranking* de ciudades, la primera posición, sin ninguna duda, la habría ocupado «su» Logrono, al que a pesar de todo adoraba, como si en su juventud nada de todo aquello le hubiese importado.

Y no se refería precisamente al elevado tono de voz que utilizan aún ustedes los antiguos españoles para comunicarse, que eso recién lo pude comprobar por mí misma en mi reciente visita, y creo que forma parte del carácter latino. Qué va, señor. Él lamentaba, por ejemplo, los inútiles toques de sirena de las ambulancias atravesando la ciudad y encogiendo los corazones de la gente como castañas pilongas. O las motocicletas desprovistas a propósito del mecanismo silenciador por sus propietarios. O los estruendosos pitidos de los semáforos para invidentes («parecía una ciudad poblada exclusivamente por ellos, y además, ¡cono, los ciegos no son necesariamente también sordos!»). Y a propósito de los semáforos, ¿era posible que se respetaran tan poco como asegura papá? Antes de la completa

peatonalización del centro histórico de Logrono (entre la antigua línea de ferrocarril y el río Ebro) parece que los conductores de los antiguos vehículos de gasolina dominaban la ciudad. Lo invadían todo aquellos trastos, que utilizaban para desplazamientos ridículamente cortos, llegando a colapsar sus calles y obligando a los resignados peatones a sortearlos como podían para poder seguir caminando. Aquí la exageración le llevó a imaginar peatones atropellados y muertos en pleno paso de cebra, y la verdad, señor alcalde, esto me parece demasiado hasta para una ciudad sin ley. Claro que si, según él, las personas de a pie a su vez no respetaban las señales y cruzaban las peligrosas calles por donde les venía en gana... Y, en fin, para colmo de ruidos estaba aquella locura de las barracas, las verbenas, los festejitos vecinales, molestias sin fin e insomnio para barriadas enteras por la diversión de una minoría... Pero, dígame, ¿es que era cierto que en su ciudad no había leyes?

Quizás ahora comprenda, señor alcalde, por qué cuando visité su ciudad quedé impresionada, no precisamente por los logros urbanísticos que ustedes han desarrollado en los últimos decenios, y que, eso sí, tanto asombraron a papá. Tenga en cuenta que yo no conocí Logrono de la otra manera, y que, en fin, resido en un lugar llamado Boston. Cuando regresó a su ciudad natal, papá quedó maravillado por la admirable expansión de la ciudad a ambos lados de un río integrador de un territorio antes perteneciente a tres regiones con autonomía política muy diferentes, de las que según él la riojana quedaba en franca desventaja frente a las otras dos. La razón, aseguró, residía en los recientes acontecimientos históricos

que él siempre seguía con avidez a través de los noticiarios. El fin de la banda terrorista ETA en 2005, alcanzado precisamente gracias a la mediación del riojano más importante de la historia, monsenor Martínez Somalo, tan solo semanas después de adoptar el nombre de Pablo VII para suceder al papa Wojtila, abrió la puerta de la unión política y económica de La Rioja, Euskadi y Navarra en una sola región, que en solo un decenio se convirtió en una de las más pujantes de toda la Unión Europea. Es cierto que desde entonces Logroño no hizo más que crecer y mejorar en todos los aspectos. Pero, insisto, señor alcalde, en que viniendo de Boston no puedo quedar boquiabierto porque en su ciudad se crucen dos líneas férreas de Ultra Velocidad y otras tantas autopistas; tampoco me impresiona su estación de helibuses del monte Cantabria, y lo siento, porque sé lo orgullosos que se sienten de ella, de sus ascensores ultrarrápidos excavados en la montaña y todo lo demás; acá en los Estados Unidos, al contrario, darían la más audaz de sus innovaciones tecnológica a cambio de un auténtico yacimiento arqueológico que ustedes sepultaron para siempre bajo su impresionante helipuerto, que indudablemente les mejoró aún más las comunicaciones, pero les alejó para siempre de un pasado histórico que, en mi modesta opinión, nunca deben olvidar. Sin embargo, quedé sorprendida cuando supe que en una ciudad de apenas 200.000 almas se ofrecía una temporada de ópera con siete títulos y veintiuna representaciones anuales, además de conciertos, recitales, y festivales de teatro, *jazz*, *post-pop* y étnica. Me pareció magnífico el videoauditorio virtual polivalente,

edificado en el solar que ocupó la antigua plaza de toros. A fin de cuentas, la supresión de la «fiesta nacional» por la legislación comunitaria en 2011 no les vino tan mal, a pesar de que la fortísima contestación social que ocasionó y que casi provoca su expulsión de la Unión Europea. Ciertamente, la sustitución de espectáculos tan bárbaros como la cruel tortura hasta la muerte de aquellos hermosos animales (al parecer prácticamente extinguidos debido precisamente a la prohibición de las corridas) por los que ahora se les ofrece en el mismo lugar parece que contribuyó a la civilización de la antigua «ciudad sin ley». Bien pensado, el cambio espectacular que mi papi detectó en su ciudad desde que la abandonó se debe en buena parte a la plena unión política y económica de la vieja Europa. Esa unión, con el paso de los años, ha conseguido devolver al viejo continente a la hegemonía mundial tras un siglo de un imperio norteamericano cuyo declive ya comenzó. Pero también alcanzó otros logros, quizá mucho más modestos para el planeta, aunque de gran importancia para ustedes los logroneses. Las ordenanzas sobre protección ambiental (¡ruido incluido!) y horario de locales públicos, la prohibición del consumo de tabaco y la restricción del alcohol al ámbito privado, unido al espectacular incremento de oferta cultural y de entretenimiento de calidad, dirigida sobre todo a los jóvenes, han conseguido lo que hace solo veinte años parecía imposible: calles limpias por las que da gusto pasear, edificios aseados, dotaciones públicas respetadas, días para vivir a gusto, noches para descansar tranquilos y una ciudadanía más culta, más tolerante y más respetuosa. Ha sido ese

cambio el que me ha impresionado y por el que quiero felicitarles. Verdaderamente en nada se parecen las costumbres de los actuales logroneses a las atribuidas por papá a los antiguos, lo cual alimenta mis sospechas de que exageraba (aunque seguro que no inventaba) al hablar de la ciudad sin ley. Ustedes se quejan por ello, lo sé, pero es mucho lo que consiguieron de la nueva potencia mundial a cambio de tan poca cosa: despojar a la letra *n*, pesadilla de las multinacionales de la informática, de esa pintoresca tilde inexistente en ningún otro idioma. La eliminación de la dichosa letrita nasal por el Parlamento Europeo fue en su caso el precio simbólico que debieron pagar por acceder a la civilización, la modernidad y el progreso, por mucho que la ene figurara tanto en el nombre de su ciudad como en el de su antiguo país. Seguro que ya se han acostumbrado. Y, por cierto, como sé que todavía continúan utilizándola en sus comunicaciones internacionales, a pesar de las repetidas advertencias y sanciones del Gobierno europeo, modifiqué el código de mi ordenador para lograr ubicar la famosa tilde sobre sus letras prohibidas. Espero que haya funcionado y reciban mi mensaje con la ene de sonar, ordenar, cuna, mono, panal, pena, campana, anejo, nono o cualquiera de las 1591 palabras del antiguo idioma castellano que, según mi computer, contenían la virgulilla ondulada encima de alguna ene. Para ustedes la tilde llegó a ser toda una sena de identidad, pero la poderosa Agencia Mundial de Telecomunicaciones decidió que solo era un adorno arcaico y caprichoso que les complicaba demasiado el mercado a los fabricantes de *hardware*, e inmediatamente el abecedario español se quedó sin su decimoséptima letra.

Y bien, llegó el momento de despedirme. Señor El Aframi, le ruego sepa disculparme si en algo pude molestarlo. Como hija de logronés, de alguna manera quiero a Logrono y he pretendido demostrarlo transmitiéndole la satisfacción que me produjo comprobar personalmente que se abandonó definitivamente el siglo pasado y se convirtió en el presente en una urbe de dimensiones modestas y, como no puede ser de otro modo, sin grandes pretensiones en un país tan poderoso como Europa, pero modélica en cuanto a urbanidad, civismo y respeto a los demás ciudadanos.

Señor alcalde, reciba un carinoso saludo de esta logroneses de corazón que, no obstante, sigue sin comprender qué tendrán allá contra los años pasados por agua.

La decisión de Matías,
o de las transmutaciones profundas
de un apoderado peregrino.
Derrotero místico, pedestre,
estético, levemente lírico, empírico
e individual.

JUAN UGARTE PEREIRA

1999

XIV Premio de Narración Breve De Buena Fuente

Tema: Camino de Santiago a su paso por Logroño

Dedicado a Ana Mari y Manolo

Regresé el seis de septiembre a mi oficina del Central Hispano después de treinta días de ruta jacobea. Me costó un apreciable esfuerzo tomar la decisión, pero al fin lo hice. Por mucho que hubiera cambiado mi vida, por más que tras setecientos y pico kilómetros a pie mi percepción del mundo no fuera la misma, tampoco era plan abandonar a la familia, a los amigos, a los enemigos...

A mi llegada me encontré al *regional* sentado en el sillón de López, el director. Sospeché algo raro.

—¡Matías! —me llamó, con tono serio y autoritario—. Venga a mi despacho. Tengo que hablar con usted.

Me senté como los clientes, en una silla de confidente. No la vi, pero estoy seguro de que tenía la expresión de las gentes que van a pedir la hipoteca y al igual que ellas sentí la misma disposición a contar toda la verdad. En acto de contrición inmediato me arrepentí instantáneamente de todos mis pecados, como el párvulo al que pillan comiéndose el chocolate, como el bachiller al que descubren robando las preguntas del examen, como el indigente al que sorprenden limpiando

el cepillo. De hecho tuve unas enormes ganas de llorar. Cincuenta y dos años: desde los catorce en el banco y ahora por una travesura infantil, prácticamente por una tontada, se iba a ir todo a hacer puñetas. Fugazmente desfilaron por mi pensamiento las imágenes más importantes de mi vida, tal vez: mi boda, el beso a aquella primera novia, el día que estrenamos el seiscientos, el nacimiento de Matiitas... Las manos me sudaban, la frente me sudaba, las orejas me sudaban, los pies, también los pies me sudaban, aunque para eso llevaba las plantillas Devorolor súper y por eso no se notaba casi. Mi corazón latía a doscientas por minuto y de un momento a otro temía ver entrar a dos maderos dispuestos a esposarme.

—Matías —me dijo el regional—, tengo que confesarle *de que* nunca en todos los días de mi vida imaginé, ni por lo más remoto, *de que* pudiera tener que dirigirme a usted en estos términos. Durante treinta y ocho años ha sido usted un buen empleado y mejor compañero. Empezó como botones y poco a poco, en base también a la ayuda de la entidad, todo hay que decirlo, ha ido escalando posiciones hasta lograr un puesto de gran responsabilidad. A nivel de su trabajo, algo ha habido por ahí alguna vez, aunque lo cierto es que no podemos ponerle un solo pero. Su disposición para con el banco ha sido siempre fabulosa, en general quiero decir. Ha asumido usted casi todos los cambios habidos y los traslados y si de algo hemos estado particularmente orgullosos ha sido, seguramente, de su gran paciencia y capacidad para enseñar a los que empiezan. En realidad ha sido su ejemplo, más que sus conocimientos, lo que verdaderamente ha propiciado en sus

colaboradores un aprendizaje real. De hecho, yo, recuerdo *de que* cuando ingresé en la empresa, diez años después de usted, recibí muchas de sus lecciones, en base a las cuales, entre otras cosas, hoy ocupó el cargo que ocupó.

Hizo una larga pausa para respirar. No sé muy bien por qué, pero mientras tomaba aire experimenté un espontáneo e intenso *flash back*. Como en una alucinación volví al momento en que, hacía algo más de treinta días, decidí por mi cuenta y riesgo recorrer el Camino de Santiago en solitario, en acción de gracias por mi reciente ascenso al cargo de apoderado. Me transporté mental, íntima y vívidamente al día en que resolví iniciar la aventura.

Llegué a casa, a eso de las ocho, después del trabajo. Cuando se lo conté a mi mujer a poco se le salen los ojos de los sitios. La ira resplandeció progresivamente en sus mejillas, el pelo se le erizó eléctricamente. Súbitamente alzó las manos muy abiertas por encima de la cabeza y tensó todos los músculos de su cuerpo. Se le infló la yugular, cómo no, en somatización estándar. Mientras balbuceaba los primeros insultos dio varias vueltas a la mesa de la cocina...

—¡Adónde dices que te vas...! ¿A Santiago...? ¿Y cuántos sois? Porque os habréis juntado por lo menos cuatro o cinco idiotas... Y yo... y yo, farfulló, gimió, ¿qué te crees que voy a hacer todo el verano...? ¡Otra vez al pueblo con los niños, no! Pues tampoco creo que sea para tanto que te hayan hecho apoderado... que a lo mejor te vale con la valvanerada...

Al domingo siguiente, qué hacer si no, fuimos al pueblo a comer con la abuela. Mi suegra siempre había sido persona

sensata, como no podía ser de otro modo. Sin embargo últimamente había renacido en ella una cierta indolencia neoadolescente a consecuencia del uso de barros y otras porquerías en sus *thermal inserto's tours*. Al saber por su hija de mi peregrina idea me taladró con la vista, sin siquiera pestañear, penetrando desde la frente hasta la misma glándula pineal. Su sola mirada censora, sin esbozo de mínimo rudimento verbal, fue bastante para expresar la integridad de su pensamiento:

—¡Pero cuánto te tienes que aburrir en el banco...!

Y en el banco, precisamente, después de toda una vida en el Hispano Americano, toda una vida desde que entré de conserje, *trae este papel, lleva ese otro*, mirando la peseta, incluso el céntimo, soportando fusiones, pero ahorrando, soportando los cambios de oficina, pero ahorrando, soportando los cambios de moneda, siempre ahorrando, sin otro horizonte que la empresa, peleando una comisión, un diferencial, una hipoteca, ahorrando, yendo mañana, tarde y noche, ahorrando... Al saber de mi proyecto jacobeo, el director elevó irónicamente la vista al cielo en inequívoco gesto y simuló orar unos segundos en silencio. Al día siguiente me dijo que si quería el mes completo, tendría que coger las vacaciones en agosto.

El miércoles, como todos los miércoles, me reuní con mis amigos, o lo que sean esos monstruos, para cenar en la sociedad, *yintonis* y partida de fútbolín, *teenagers style*... Tan solo insinué la idea de la aventura del verano y para cuando me quise dar cuenta, me habían llevado al Peregrino. Tomaron la sopa con concha y pidieron puré de calabaza de postre, para que me fuera haciendo.

La que yo pensaba inocua, incluso inocente idea de la peregrinación a Santiago, provocó, en un a modo de fisión nuclear, la ira airada de mi señora, la sorna sorda de mi suegra, la jaculatoria floja de mi jefe y esa mofa gastronómica de mis compañeros. Pero un hombre, un hombre-hombre, no cesa en su empeño fácilmente, no se arredra ante las dificultades, no cede a las primeras de cambio, si acaso a las segundas. Así que me puse en marcha y como Dios manda, por el camino francés.

Decidí comenzar en Roncesvalles. Para cuando llegué a Logroño, anécdotas aparte de gran emotividad, ya estaba mismamente hasta el moño de tragar polvo y calentar el asfalto con las plantas de los pies.

En tan breve trayecto ya había comprobado, en contra de lo que muchas personas creen, que en la peregrinación no está el gozo pseudomístico del que camina por la senda de la verdad. Más bien y entrando en materia, o sea en lo empírico-realista, la verdad por la que camina el peregrino son las sendas de las españas, esas carreteras sin arcén, con el peralte al revés y surcadas por *torpedoturismos* conducidos por, unos más que otros, indocumentados nativos convencidos de que la vía rápida a la convergencia es la nacional ciento once más que el AVE, mayormente porque para los de aquí, el tren ni rápido ni lento, no hay.

La experiencia, pedestre sin duda y por otra parte, se había llenado de bellos momentos, de sucedidos que impulsarían al más escéptico de los mortales a reconciliarse con la humanidad por misántropo que fuera. Y qué decir del enriquecimiento cultural que me había proporcionado, no exento

de barniz estético, o sea gran elevación, o al menos algo de impulso ontológico/esencial.

Tal vez entre otros destacó el momento de la partida. Llegué a imaginar a Roldán campando por sus respetos, subiendo y bajando los montes, tocando el cuerno y cantando, sin ir más lejos.

Una hora más tarde, dos todo lo más, la poesía se había sublimado en tránsito inmediato del sólido al gas por la acción del sol. Habían aflorado las primeras ampollas, una en el talón, y otra, peor aún, encima justo de la uña del dedo meñique pequeñita, muy puñetera, de esas que a cada paso te hacen ver ora las estrellas, ora al otro Roldán, viniendo de la Cochinchina, de pies y manos, rodeado de marrón.

Recordé entonces a aquel buen compañero que, a pesar de mi incredulidad y del desdén con el que le traté, me advirtió de que lo de caminar sobre el asfalto era muy sacrificado. Mencionó incluso que si los seres humanos habían optado por poner una carretera acaso fuera mejor idea recorrer el camino en coche, que en un día te plantas en Santiago, te haces la París-Dakar y te vuelves, la víspera del siguiente, harto de percebes y ribeiro, con la labor terminada.

Barruntando estas disquisiciones fue el bajar la cuesta de Pavía, con los pies machacados y el cuerpo destartalado. Al ver los erectos cipreses del cementerio, acudieron a mi mente ideas que nunca hubiera creído llegar tener, ideas otras veces consideradas absurdas, ideas fuera de todo lugar, incluso ideas sin la más mínima opción de génesis, intrínsecamente: «Casi mejor me quedo aquí, en la misma puerta. Así Pastrana solo tiene que traer la caja y eso que nos ahorramos en portes...».

¿Significaba acaso que cuatro etapas de la ruta habían obrado ya en mí el milagro de la alteridad, que había conseguido sobrepasar los límites de mi propia corporeidad corrupta y positiva, que había alcanzado una episódica alienación de mi mismo sustrato carnal y era ya un mero ente cognoscente autotransportado, a pie por cierto?

Cuando atravesaba el puente de Piedra prácticamente no quedaba nada en mí de aquel que partió un día, en La Estrella de las siete de la mañana, en dirección a ese norte que muchos creen arriba.

El inclemente sol del mes de agosto, ayudado por la deshidratación inherente al excepcional ejercicio físico y la crudeza de las noches al raso bajo el cielo navarro, habían transformado mi tez tersa y suave, *Pon's en siete días*, en un duro y curtido cuero, negro como el tizón, más oscuro si cabe, en la calva.

La escrupulosamente rasurada cara con la que cada mañana me presentaba en la oficina a las ocho menos cuarto, limpio e inmaculado, se había convertido en una desaliñada y descuidada barba de cuatro días.

Ese caminar erguido, incluso esa elegancia, compostura y apostura que insufla el cargo de apoderado, habían ido vaciándose metro a metro, al tiempo que mi columna vertebral se curvaba hacia abajo a la altura de las cervicales y el conjunto motriz cadera-pies-piernas, o lo que quedaba de él, se desparramaba sin gracia a cada paso.

Ese rostro renegrido, esa indumentaria que de informal había llegado a harapienta, ese cuerpo doblado y famélico y hasta el alma distinta que se adivinaba en mi interior... Nadie

creería que pertenecieran al ser humano que cuatro días atrás comenzó ilusionado la *madre de todas las peregrinaciones*.

Incluso yo, a la hora de cruzar el Ebro, era consciente de que mantenía mi identidad gracias a la memoria que conservaba de mí mismo, la memoria que me impulsaba íntimamente a la convicción de que, por increíble que pudiera resultar después de semejantes experiencias psicofísicas, seguía siendo aquel, o sea este, es decir yo, incluso.

Ni que decir que lo último que se me habría ocurrido en estas circunstancias era ir a dormir a casa, por más que mi propia estuviese en el pueblo con la descendencia. Ser descubierto por cualquier vecino en esas condiciones, podía significar que me perdieran el respeto de por vida, por no mencionar las risas de los allegados al enterarse: «Aguanta al peregrino que a las primeras de cambio se va a dormir a su cama».

Sin duda lo más prudente era alojarse en el albergue de la Ruavieja, que además lo pagamos los logroñeses y somos los únicos, junto con la mayoría de los chinos, que no lo disfrutamos.

Al quinto día de peregrinación ya le había cogido la técnica al *tema*. A esas alturas de la marcha era evidente un postulado lógico cuya verdad podía afirmar sin temor a equivocarme: *para andar, a madrugar*. Bajo ningún precepto era recomendable empezar a caminar a las nueve de la mañana, en pleno mes de agosto, porque literalmente te ibas regalando por la general.

Sin embargo y también, la mañana del quinto día, la senda recorrida, el conocimiento de gentes diversas, el macrocosmos

tácito y plural encerrado en un par de cientos de kilómetros escasos, la paciencia y serenidad del ánimo cultivadas en cada zancada, habían obrado en mí transmutaciones profundas de la personalidad que me llevaron a la afirmación de estas otras verdades: «No todo lo razonable es bueno; la técnica no es el único método; acaso no consista en llegar, tal vez sea preferible deleitarse por el camino».

Así que me levanté a las nueve de la mañana. Agosto, viernes y trece del noventa y nueve. Media hora más tarde, debajo de mi mochila, enfilé Barriocepo arriba hasta la plaza del Parlamento. En la fuente de Trevi emboqué Murrieta. ¡Espanto! Este itinerario me llevaba directamente a la puerta de mi oficina: «No importa —me consolé— así aprovecho y saco perras del cajero».

Seguí por mi camino como si tal y al llegar al treinta y seis me asaltó un rótulo nuevo: «¡Hombre! Banco Santander Central Hispano Americano, ya han llegado los letreros». Todavía con la cosa de la novedad me dirigí al cajero: «¡Joder! Fuera de servicio, no me va a quedar más remedio que entrar... y con esta pinta».

«De todas maneras —pensé— a estas horas López, el director, estará tomando el café. Además tampoco es para tanto. En estos tiempos un apoderado no pinta como antes... de hecho a cualquier recién llegado de una eteté le basta con una autorización telemática para la operación más delicada».

Con esa mezcla de incertidumbre y regocijo que da el incógnito atravesé, harapiento y sucio, la puerta de mi oficina. A duras penas me atreví a levantar la vista por debajo del sombrero.

¡Caramba! Aquella *rubia metrochenta* no estaba allí cuando me fui. Mecánica y velozmente miré a un lado y a otro, delante y detrás. De nuevo sorprendente, no había nadie más en el local. Buena ocasión para hacerme el idiota.

—Pues veré, que es que no funciona el cajero y me gustaría disponer de mi cuenta.

—Pues ya lo siento, pero hay riesgo de virus informático y hasta las doce no vamos a tener línea.

Horror... En lo que quedaba de ciudad no encontraría otro *Cuatrobé*, y aún así, a lo peor tampoco estaba operativo.

Se me debió quedar la cara del idiota que quería parecer. Ahí estaba yo, en la parte del mostrador que peor conocía, repentinamente indefenso, con un inquietante sentimiento de absoluta pobreza y terriblemente afectado por una desconcertante falta de liquidez.

Comprendí entonces, plenamente, que en la duda surgente que atormenta al ser humano siempre hay factores escénicos más influyentes de lo que parecen. Por primera vez en esta existencia me preocupaba el juicio de alguien sobre mi solvencia, sobre mi crédito, prácticamente sobre mi integridad. En verdad me atormentaba la idea de que aquella muchacha de largas piernas creyese que yo era un desarrapado que se había colado con el cuento de *no funciona el cajero*.

Sin embargo, había entrado en esa oficina bancaria a conseguir mi dinero después de recorrer y experimentar metro a metro ciento y cincuenta kilómetros del Camino de Santiago, de absorber en cada paso la serenidad del alma necesaria para coger la vida según viene, para afrontar y rebasar sin pudor las convenciones del prestigio y el honor y las otras derivadas

de la misma vida social y no me iba a quedar en ayunas porque fuera viernes trece, sobre todo llevando encima la llave de mi caja de seguridad. Me la trajo al fresco que me pudieran reconocer.

—Bien, pues si no tienen línea, como resulta que también soy titular de una caja de seguridad me gustaría acceder a ella.

—Para eso no vamos a tener ningún problema. Aunque al director le dio un infarto hace tres días, me han mandado a mí hasta que vuelva el apoderado. Lo único que necesita es su llave personal.

—La tengo —repliqué en increíble gozo inmenso mientras compadecía al pobre López.

Risueña en el gesto y elegante en el andar como una *chiffre*, me acompañó hasta la cámara acorazada. Bajé con mi mochila y todo el equipo de escolar-peregrino. Abrió la reja de acceso y me entregó su llave:

—Si no le importa le dejo solo no vaya a ser que entre alguien a la oficina y la encuentre vacía.

—Por mí no se preocupe.

Me quedé solo. No me había pedido el carné. Ni siquiera había tenido que firmar ningún papel.

Tal vez el mucho andar bajo el sol del verano o la contemplación de la naturaleza inmediata habían despertado en mí esa capacidad para la percepción de lo evidente que llaman intuición. Intuición: *la llave del director con la llave del apoderado abren todas las cajas*. No tuve ninguna duda.

Los Torroba de Tejada que se las daban de mucho la tenían casi vacía. Los de las tragaperras de enfrente, a rebosar de billetes de diez mil y de divisas, y también los del estanco y

los de la bodeguita, hasta los de las chucherías... y todo negro, muy negro, insondable, inconfesable e inefablemente negro. De hecho, en puridad, era un dinero inexistente, diríase metafísico. Nadie reclamaría.

Llené la mochila con lo que pude, sobre unos veinte kilos, más de cuatrocientos millones contando los dólares usa. Limpié también la caja de López, por su bien más que nada, que a un enfermo de corazón tampoco le conviene tener tanto dinero. Al salir casi le doy dos besos a la rubia.

Desde ese día hasta llegar a la misma basílica de Santiago caminé con mi pesada carga. Encontré que en Galicia hay menos palabras, menos preguntas, y sobre todo menos respuestas así que lo puse todo a buen recaudo.

Se terminó el *flash back* cuando el *regional* se erguía en su *silla-trono* para respirar profundamente como en las grandes ocasiones. Iba a volver con su charla implícita sobre el bien y el mal, la honestidad, la ejemplaridad, el valor de la palabra dada, la confianza depositada en las personas... Por un momento estuve tentado de cortarle, de terminar con esa farsa absurda, de afrontar la situación con dignidad, sin hipocresía, con hombría...

—Comprenda —continuó— *de que* el banco en ningún caso desea una publicidad exagerada para un problema como este y *de que* no repararemos en medios con tal de conseguir una solución rápida.

«Ya está, pensé, ahora entran los maderos». Me meé en los pantalones en infantil descontrol de esfínteres.

—Yendo al grano —terminó—, con la nueva fusión a todos los que tienen de cincuenta para arriba los estamos prejubilan-

do. La oferta es conservar el sueldo hasta los sesenta y cinco en base al nivel actual y luego la pensión que corresponda.

Expulsé por fin, muy lentamente el aire que había contenido durante todo su discurso, orina ya no me quedaba. Me esforcé sinceramente por modular una voz acorde con la situación. Me estiré la chaqueta tratando de mantener el decoro a pesar de la impresionante mancha de pis que, ampliamente esparcido, iluminaba mis pantalones gris claro, hasta las rodillas.

Un grito catártico, milagrosamente contenido, afloró de inmediato a mi garganta. A duras penas conseguí retener esa manifestación de emoción sin sufrir de asfixia. Hube de hacer el mayor de los esfuerzos para articular sonidos comprensibles. Tomé en mi mano el bolígrafo que había encima de la mesa y me incliné levemente hacia adelante.

—¿Dónde hay que firmar?

Los domingos en el cielo

JUAN DOMINGO JIMÉNEZ DÍAZ

2000

XV Premio de Narración Breve De Buena Fuente

Tema: El parque de La Grajera

Cuando ríe la mañana

no llueve o tampoco llueve o hace más de tres semanas que no llueve o llueve sol por todos los poros azules del cielo como susurró inspirado don Rómulo Estrada en la oreja de María de los Ángeles angelines la hija morena de «muebles mariví» calle garcía morato número dieciséis al declararse en la verbena de san valentín la temporada de los doce goles a malta el último de Maceda en el minuto ochenta y siete Don Rómulo Estrada funcionario por oposición del 87 otra vez el ochenta y siete al cuerpo facultativo superior de administración especial ingeniero industrial de la comunidad autónoma de la rioja llega todos los domingos a La Grajera en su potente todoterreno verde a eso de las once y media con botas de monte guerrera caqui y prismáticos de campaña A don Rómulo Estrada no le gusta el fútbol Don Rómulo Estrada odia el fútbol los toros y la televisión Por odiar don Rómulo Estrada odia hasta los gorriones que no hacen más que piar y revolver las ramas de los árboles y solo piensan en comer y procrear Don Rómulo Estrada desde que nació sigue de soltero y sin obligación como un oso en invierno Se ve que a María de los Angeles angelines la hija morena de «muebles

mariví» aquel susurro no le debió hacer cosquillas en el pecho y ni siquiera en el oído

—Y no me extraña, oiga, que por lo que cuentan ese hombre parece haber llevado siempre mala sangre en las entrañas.

—Pues se equivoca usted porque don Rómulo antes de la goleada era muy amable y condescendiente. Lo que pasó fue que no supo encajar bien el revés y eso, no me lo negará, le puede pasar a cualquiera

Quando madura el día o se pone en sazón como la fruta

no llueve o tampoco llueve y empieza a espesar el aire o menos mal que no llueve y los invitados a la boda de Matilde y Julián podrán tomar el *cocktail* al sol del mediodía como le gusta a su padre, el padre de tildita Porque la que se casa es tildita que al fin y al cabo es la que va a traer los hijos a este mundo «muchos ¿verdad Julián?» «Los que tú quieras, mi sol» «cuatro, quiero cuatro» Y al novio se le funde en la boca un sí delgado al admirar a tildita cómo se desliza con el donaire de un cisne blanco sobre la pradera fresca y verde del restorán mientras «Félix material fotográfico reportajes fotos de estudio», la persigue y la retrata en toda su hermosura Félix sabe por experiencia que las fotos se toman con ilusión y se miran con cierta melancolía luego de algunos años porque el tiempo también las agosta como a los jazmines los alhelíes las azucenas y el azahar En La Grajera no hay jazmines ni alhelíes ni azucenas pero cuando rondando el mes de marzo florece el espino la laguna respira un perfume suave y afelpado como el azahar

Por el camino romero

Llega sudoroso desde Logroño bicicleta de montaña amarilla bh oregón seis piñones dos catalinas no tres catalinas frenos campagnolo de luxe un muchachillo inocente la baba reseca y engomada en la barbilla la mirada dulce como el sonido de un violín Se llama Jerónimo y lleva unos pantalones cortos de color azul marino De un grupo de chavales que está pescando con esparavel alguien le llama «Hombre jerote, ven aquí que te queremos mucho. ¿Quieres un refresco? Anda, toma que tendrás sed» Cuando jerote se acerca al bullido efervescente de la bebida una mano le arrea una bofetada que suena como un trallazo Todas las voces del coro se ríen mientras jerote que no ha dicho una palabra vuelve a subirse en su bicicleta con una tristeza perpleja extraña ingenua quemándole la mejilla y pedaleando titubeante se va alejando volviendo la cara de trecho en trecho El chico ni odia ni guarda rencor El corazón de jerote parece el corazón de un juguete roto de un burrito de peluche acribillado de jirones. Va sangrando por la nariz

En el aguazal de La Grajera

no llueve o tampoco llueve y el somormujo apareja su nido entre las cañas o no le importa que llueva o no llueva al zampullín que algunos días nada con las crías sobre su espalda El zampullín chico con las alas pegadas al cuerpo se desliza bajo las aguas sin levantar burbujas vibrante y acompasado

como las nutrias grácil y armonioso como un esquerzo ligero en una melodía romántica En las tablas de La Grajera procuran burbujas la tenca el leucisco y la carpa que son peces de aguas lentas turbias y con vegetación La tenca hurga en el mismo lodo durante largo tiempo y sus burbujas son abundantes voluminosas y quietas El leucisco viaja constantemente y de modo irregular y su burbujeo es corto y ligero La carpa en cambio es más metódica La carpa se mueve siempre despacio y en la misma dirección y se para a sorber las larvas del fondo a distancias muy iguales unas de otras Cuando Cecilio natural de Cañas y vecino de Canillas columbra los globitos de la carpa es capaz de prever exactamente el próximo lugar donde se detendrá y allí lanza esmerado preciso y silencioso el anzuelo cebado con una pasta de harina de maíz queso rallado y una cucharadita de azúcar A Cecilio le interesa más la naturaleza que el arte y el hombre mucho más que la naturaleza Cuando Cecilio pierde la paciencia después de dos o tres horas sin pescar un miserable pez se vuelve al bar y sentado en la terraza me pide un *vermouth* con aceitunas

—Un *vermouth* y unas aceitunas, y si las tienes rellenas que sean rellenas

—Enseguida

Cuando vuelvo con el surtido Cecilio me cuenta mientras enciende un cigarrillo que desde su viudez vive en la Torre Blanca la que se descubre detrás del guindo entre los chopos en el piso dieciséis con su hija y con su yerno que es arquitecto técnico

—El que dirigió las obras del Espolón, ojo, no te vayas a creer que es un arquitecto cualquiera

—Caramba

Mientras me vuelvo a la cafetería cavilo que las mañanas están hechas para andar y las tardes para mirar aunque haya gente que las pase leyendo el periódico y el suplemento dominical y el especial de cultura y las tres primeras páginas de una entre las cien mejores novelas de la literatura universal todo por ochocientas cincuenta pesetas cd rom de Mesopotamia o de Egipto incluido Manolo Pradomayor en cambio ha subido a La Grajera con menos pretensiones en la furgoneta del taller mantenimiento de su automóvil aceites filtros frenos suspensiones verificación de gases especialidad en diesel con Nines su mujer la de «muebles mariví» calle garcía morato número dieciséis y los dos hijos Rafael y José Antonio un balón el *Marca* la radio encendida escuchando a ratos el logroñés a ratos el carrusel Manolo llamó a sus hijos hace doce y trece años como los laterales del madrid Camacho y Gordillo La pega es que José Antonio no le ha nacido futbolista y ni poniendo empeño le enchufa al pelotón y luego Rafael que es verdad que es menos torpe pero le da más por el atletismo y así no salimos de pobres porque ya le dice al chaval a ver hijo ¿tú crees que eso de dar vueltas y vueltas a un estadio y venga correr y correr y solo correr compensa? ¿Pero no ves que en ese deporte los que ganan son de otra raza? El hombre murmura que ya ha sido mala pata este mes en el taller que si recibo va que si impuesto viene que si el colegio que si las dos endodoncias de Nines la mujer que entre los tres la están mordiendo el brillo el aprecio la juventud en fin que las ganancias fundidas en un suspiro y él sin poder llevar a su familia un día a la playa o a Soria, o a cenar a algún mesón y el impre-

sentable de Pedro que no le abona las trescientas cincuenta mil que le debe «La semana que viene manolo la semana que viene te lo juro» y él que no se sabe imponer «Pero Pedro que no te estoy cobrando la mano de obra hombre...» «la semana que viene te lo juro» Si es que la gente no es formal y así no vamos a ninguna parte Manolo manolete en el taller también es ingeniero industrial Le pasó que con algunos años menos no supo aprobar unas oposiciones en madrid al ministerio de obras públicas y desde entonces en su profesión todavía no ha sido capaz de encontrarse un sitio Como la mayoría A ver

Dentro del bar en el mostrador espacio reservado para camareros Celia quince años morenica pantalón vaquero dos tímidos hociquillos de gacela moldeándose bajo su immaculado niki blanco me pregunta si puedo poner la canción «perdidos en la red» de Tam Tam Go Hace ya más de media hora que esta chiquilla «que ya no soy ninguna chiquilla, oiga» estaba sentada en una de la mesas próximas al asador junto a su padre su madre sus tíos maribel y Leonardo su primo miguelín de seis años y un matrimonio con cochecito y recién nacido a los que no conoce pero que deben de ser amigos de la familia Celia no sabe explicar muy bien el porqué pero desde un tiempo a esta parte ya no le gusta venir a La Grajera con sus padres Y la muchachita «que ya le he dicho que por favor no me llame muchachita» se encuentra extraña porque ella misma es consciente de que sin ir más lejos el año pasado esta aterdecida de domingo le hubiese entusiasmado Celia cree de todas formas que *mi padre se está poniendo en un plan borde que no hay quien lo aguante y desde luego a veces no entiendo cómo mi madre se pudo casar con él* Que si celita vete a recoger

*unas piñas para hacer las brasas que si celita coloca las chuleti-
llas en la parrilla que si celita sazónalas bien que si celita prepara
la mesa Si me trata como a una esclava como si yo no tuviera
otras cosas que hacer que reírle las gracias Y además que me
pone nerviosa que no puedo aguantarle cada vez que me llama
celita así con una voz de lorito idiota que parece yo que sé qué
y luego miguelín, que es otro pesado y estos amigos que ni te
cuento ¡Uy! ¿Pero tú eres celita? ¿Pero cuánto has crecido! ¿Pero
si ya eres toda una mujercita! Pues claro ¿qué se creía usted
que iba a tener diez años toda la vida? Si ya casi tendrás novio
Pues no señora no, no tengo novio ¿es que es obligatorio tener
novio? Pero aquí a Celia se le fundió el enfado en las pupilas
verdes de Marino cuando anoche en el pub este le cantaba
«te di todo mi amor arroba arró punto com y tú me has roba
roba robado la razón...» Y entonces les pide a su padres que
por favor la dejen ir a comprar un helado que la dejen escapar
un instante porque Celia siente la necesidad de estar un ratito
sola de no escuchar a nadie de soñar en otros mundos ininte-
ligibles de responderle a Marino sin que Marino lo sepa nun-
ca que «si él le mandara un e-mail ella le haría un rinconcito
así de enorme en el archivo de su corazón» Celia es el renuevo
contenido de sus quince primaveras Celia es una clara una
limpia promesa de mujer hermosa y sería una tragedia que
por un insensato descuido un mal viento nos la robara.*

—Sí, sí, lo que quiera, pero ¿podría poner la canción «per-
didos en la red» de Tam Tam Go?

—Pregúntale a mi compañero, niña, que yo estoy muy
ocupado sirviendo las mesas de afuera

Salgo a la terraza con el paño doblado en el antebrazo izquierdo y manejando sobre la palma de la mano derecha con soltura malabar la bandeja de servicio En la bandeja llevo un café con leche un descafeinado dos cortados y uno solo También llevo un cubalibre de Bacardí un *gintonic* mg y una copa de Torres diez Todo para los cinco de aquella mesa Total dos mil seiscientas pesetas o quince con seis euros del ala como usted quiera Las chicas toman los cafés con leche El Torres diez es para Pedro Aguado que este domingo también está espléndido y otra vez convida Se conoce que hoy le toca celebrar su onomástica aunque no sea exactamente el veintinueve de junio Para el veintinueve de junio a Pedro Aguado le habrá vencido la tercera letra impagada de su coche la deuda de tres millones con la caja un transportista le habrá remitido su factura también habrá recibido el aviso de cancelación por deudas de su teléfono móvil y manotele el del taller le habrá vuelto a reclamar sus trescientas cincuenta mil pesetas por la reparación del mes pasado A Pedro Aguado le gusta llegarse hasta La Grajera porque aquí no le conoce nadie y tampoco tiene miedo de encontrarse con ningún acreedor La Grajera dice Pedro a sus amigos es un paraje sin explotar pero mejor que el ayuntamiento lo deje como está porque como empiece a venir todo el mundo esto se estropea Y al acabar la frase Pedro estalla en una sonorísima y enigmática carcajada No hay duda de que Pedro Aguado es un hombre con las espaldas muy anchas Tan anchas como para soportar impasible cualquier vendaval

Y otra tarde más despeñándose serena contra la laguna

y no llueve aunque en el cielo aparezcan nubecillas blancas y pequeñas como cucharaditas de arroz con leche o tampoco tiene pinta de que llueva y el aguilucho color chocolate te mira inmóvil desde lo alto y te sugiere lo que tú aún ni sospechas o hace más de tres semanas que no llueve o no importa que no llueva o lo decisivo es mantener viva la esperanza y creer que algún día es seguro que lloverá al sabor de todos Por un instante nines ha creído ver a Rómulo entre las cañas y entonces se le ha escapado muy fugazmente el pensamiento imaginando lo que hubiera podido ser Congresos recepciones homenajes Acaso una visita a la Zarzuela y nines durante un segundo se ha visto metida en un lujoso vestido de color azul pastel haciendo una reverencia a su majestad doña Sofía Esta tarde de domingo que se muere nines no sabe ni puede saber si el destino provinciano y vulgar que llevaban tatuados aquel «no» y aquel «sí» es más feliz que cualquier otro camino Sin embargo, en esta tarde de domingo que ya boquea esta mujer fecunda se aferra al brazo de su esposo inspirada por una oculta por una recóndita por una invencible intuición y con los ojos chispeantes a causa de una lagrimilla emocionada le renueva en silencio todo su amor

—Pero qué te pasa, chiquilla

—Calla, tonto

Y Manolo perplejo piensa que la mayoría de las veces no entiende a su mujer

El caso de Angelita Romero

RICARDO OJANGUREN URDÁÑEZ

2001

XVI Premio de Narración Breve De Buena Fuente

Tema: Calle Laurel

Qué voy a saber yo, señor juez, qué voy a saber yo. Solo puedo decirle que era una bendita, una santa y, ¿cómo quiere que sepa yo quién degüella a los santos? Si nunca se metió con nadie, de sus fogones a sus misas, de sus sartenes al rosario y de su casita al trabajo, ¿cómo voy a saber yo, señor juez, cómo lo voy a saber?

Llegó a Logroño, no sé, allá por el setenta y ocho poco más o menos. Era una moza flamenca, ya sabe usted, buenos andares y buena pechera. Creo que venía de Arnedo, o de Autol, no me recuerdo. Lo cierto es que traía toda la gracia de la Rioja Baja en los delantales. No probará usted nunca, señor juez, menestra como la que se trajo la Angelita de Arnedo, o de Autol, que ya le he dicho yo a usted que no me recuerdo exactamente de dónde vino.

Mire señor juez, el secreto no estaba en las verduras, aunque también, que compraba las mejores en la calle del Peso, en lo de Pedro; el secreto, señor juez, si lo sabré yo, estaba en el sofrito: dejaba rehogarse los ajitos una miaja, pero solo una miaja, que así no daba tiempo a que espesara la harina y aquello quedaba como una gloria, que parecía nieve sobre las pencas de acelga; y las alcachofas las cocía aparte, con el zumo de medio limón, ya sabe usted, para que no se pongan negras, que

de comer una alcachofa tinta a comerla de su color parece otra cosa; y también ponía unas almendras majadas que le daban toda la gracia porque al comerlas con el jamón mezclaban lo seco con lo salado y lo duro con lo blando y ya sabe su señoría lo que nos gustan estas mezclas a los hombres, que en la mesa y en la cama hay que juntar los extremos para que haya de todo.

Y de segundo se trajo de Arnedo o de Autol, que ya le he dicho que a ciencia cierta no sé de dónde vino, unas gordillas con tomate como no habrá probado en su vida. Mire usted, mi señora, que en gloria esté, me las puso mil veces, pero ni punto de comparación. Y es que la Angelita las bordaba en la fregadera, porque el secreto de las gordillas, señor juez, está en limpiar bien las tripas porque la salsa, como usted podrá entender, no tiene ningún secreto: un poco de tomate y unos trocitos de panceta y chorizo si se quiere uno esmerar, pero si no están bien limpias, ni aunque les echés oro molido, que se lo digo yo, señor juez, ni aunque les eche su señoría oro molido...

Y así con esto empezó la Angelita en la cocina del Taza y en cuatro días lo llenó, que de ser un bar de mala muerte pasó a ser la mejor mesa del Laurel. Y sus jefes tan contentos, que nunca habían hecho mejores duros y tan bien ganados.

Así era la Angelita, señor juez, así era. Y maja chica, bueno, maja cuando llegó porque ahora ya estaba un poco ajada, que pasaba de largo los cincuenta y los años y las tarteras pasan factura. Pero cuando llegó, que andaría por los treinta, digo yo, tenía buena planta, aunque de cara no fuese nada del otro jueves.

Aún me recuerdo cuando entraba por la mañana a comprar el pan y nos decía: ¡De qué se quejarán ustedes, si están

en el Paraíso!, porque así se llama el horno donde he trabajado toda mi vida, señor juez, el Paraíso, que está en San Agustín, ya sabe, a la vuelta del Laurel. Y yo me pensaba para mis adentros, contigo sí que iba a estar yo en el Paraíso, y en el Cielo y en el Infierno, y donde tú quisieras muchacha; y el Enrique, que me conocía bien, se reía al verme porque sabía lo que pensaba aunque yo no abriese la boca. Y así día tras día: la Angelita diciendo que si lo bien que se estaba en el Paraíso y el Enrique con su risa boba, que ahora me digo yo que él pensaría lo mismo porque vivía solo con su madre y andaba de mujeres más que justo.

Pero fuera de estas tonterías que le quede claro a su señoría que ni trato, que la Angelita nunca dio pie a nadie y no porque no tuviera con quién sino porque no le iba aquello de andar con hombres. Aún me recuerdo como le tiraba los tejos Agustín Morales, que fue presidente de La Rondalosa por aquellos años. Agustín había enviudado no hacía mucho y era hombre de buen ver y mejor mirar, ya sabe usted, de los que le gustan a las mujeres: que si la raya del pantalón en su sitio, que si el nudito doble en la corbata y el masaje Varon Dandy para el recién afeitado. Y el Agustín le decía de todo, que si yo a ti te quito de fregar platos cuando tú me lo pidas, reina, que si a ver por qué tienes que hacer comida para veinte cuando puedes hacerla para uno solo, que si se estará mejor en la cocina del bar que en la de mi casa... pero ella como si nada: le ponía su vinito y su platito de boquerones en vinagre y seguía cantando bajito mientras limpiaba el mármol del mostrador y, ¡ay!, que se me quema la tortilla, y se metía corriendo a la cocina dejando al Agustín con la palabra en la boca.

¡Y qué tortilla, señor juez, qué tortilla! Ahora dicen que si la del Mere es la mejor pero es porque no se acuerdan de aquella, que aquella tenía usía. Mire usted: las patatas bien picaditas y en su punto, ni crudas ni muy pasadas, el huevo bien cuajado pero sin aceitarse, la cebollita picada y el puntito de picante en su sitio para el que lo quisiera, que los estómagos que se lo podían permitir lo recibían encantados para que abriese mejor camino a un buen chaparrazo de tinto.

Usted señor juez no puede entender del todo lo que le estoy contando porque, ¿de dónde me ha dicho su señoría que viene? ¿De Valencia? Bueno, el caso es que también la suya es buena tierra de verduras y mejor de naranjas y de arroces, pero, señor juez, no me vaya usted a comparar... y ya sabe su señoría que yo le digo esto sin ánimo de ofender.

Así fue como conocí a la Angelita, y de esto hace más de veinte años. Y ahora mire usted, ahí la tiene, en lo de Pastrana esperando a que alguien la lllore.

La verdad es que se te revuelve el hígado cuando piensas que alguien ha podido hacerle algo así a una mujer como esta. ¿Quién podía quererla mal si en su vida rompió un plato?

Ahora dicen que si en el Matute tuvo de las suyas. ¡De qué, su señoría, de qué! En el Matute pasó lo que pasa a veces en los corrales, que dos gallos mal se llevan. Mire usted, señor juez, cuando la Angelita se cambió del Taza al Matute más de uno dijimos que allí duraba dos días. Andaba por la cocina del Matute la Ana Lourdes, pero como ella sola no podía atender fogones y mesas, se buscaron a la Angelita para que ayudase dentro. Y claro, lo que tenía que pasar, pasó: la Ana Lourdes que si estas alubias se te han quedado duras, que si

estos callos están deslavados, que si se te ha ido la mano con la sal en el corderito al chilindrón, y la Angelita que no, que todo estaba en su punto menos el gusto de la otra y así las dos, que si tú seis y yo media docena...

Y duró pues lo que tenía que durar, el cantar de un vizcaíno, que ya le digo yo que dos gallos en el mismo corral...

Y la Ana Lourdes se quedó con el Matute y a la Angelita se la rifaron por toda la calle, que más de tres novios le salieron. Pero al final se marchó al Donosti con el Juanito y allí estuvo rebozando orejitas más de tres años. Que aquello no era rebozo señoría, que aquello parecían puntillas de Lagartera. Morder las ternillitas de aquellas orejas, blandas como rostrizo, era morder teta de novicia, con perdón. Además, el Juanito te las ponía con un pimientito verde en aceite, entre pan y pan, y no le hará falta que le diga de dónde sacaba los bollos candeal, que se los llevaba del Paraíso a cestos. Así que, lo dicho, una bendición del cielo aquellos bocados. Y media plaza de abastos se juntaba allí, con las orejitas y con los embuchados, que también llevaban fama. Pescateros, verduleros y carniceros se juntaban a media mañana detrás de aquella barra, y también los tratantes que bajaban de Cameros y templaban el cuerpo con aquellos manjares. Y el Juanito tan contento viendo en su casa más negocio que en la de Arzak.

Pero con los nuevos tiempos, a las cuadrillas de siempre del Laurel se les empezó a pegar la juventud. Aunque le parezca mentira, señor juez, por estos bares empezaron a caer jóvenes como moscas y la calle, de ser un sitio de encuentro para los del Logroño de siempre, comenzó a llenarse de veinteañeros que al principio no sabían ni coger el chiquito con la

mano. Y comenzaron a abrirse sitios nuevos y comenzaron a pagarse buenos sueldos para los profesionales del fogón.

Y en poco tiempo la Angelita cambió de dueño más que un duro de plata: que si el Villa Rica, que si la Simpatía, que si el Blanco y Negro y sus boquerones en vinagre, que si el champiñón del Soriano, que dicen que la salsa que aún les ponen a los champis se la trajo ella de la Rioja Baja y allí la dejó para siempre jamás, que ya le habrán dicho a su señoría que no habrá en España mejor champiñón que el que se saca de Ausejo, Pradajón y Autol, porque si no fue la Angelita la que les dejó esa gloria, usté me dirá de dónde habrán sacado en Soria tal arte para poner a la plancha esos hongos. Eso sí, venga de Soria o venga de Ausejo, ¿ha probado usté señoría los champis del Soriano? ¡Ay, Dios mío! ¡Y luego hablan los andaluces del jabugo!

Y de aquí, ya a última hora, como lo suyo era subir la calle, acabó en el Lorenzo, pero no en el del Laurel de los agustinitos, sino en el restaurante de San Agustín, frente por frente del Soldado de Tudelilla que, por cierto, hizo la mili en Recajo con mi abuelo Sixto.

Y allí, en el Lorenzo, es donde dejó esta bendita toda su sabiduría. No sé si habrá comido su señoría en esa casa, quizá no porque como ustedes van a gastos pagados igual ha preferido sitios más caros. Pues si así ha sido, permítame que le diga, con todos los respetos, que si usté no ha subido las escaleras del Lorenzo en tiempos de la Angelita ni sabe lo que es bueno ni tiene perdón de Dios.

Se empezaba con unas patatas con chorizo, que dicen que es plato sin secreto, pero algo tendría cuando nunca lo he probado igual, con sus caracoles y sus tajadas de cordero, su

choricito, su guindillita y su pimentón y unas hojitas de laurel y de tomillo que le daban un aroma que había quien con olerlo quedaba saciado.

Y después, para seguir con menú de pobre, un chicharrito que yo le digo que en ningún sitio de España se ha comido chicharro como aquel.

Dicen que también el besugo tenía usía, pero yo eso no lo puedo jurar porque el sueldo de panadero no me ha permitido firmar en esta vida ciertos certificados. Pero algún chicharrito sí ha caído y le digo a usted, su señoría, y le recuerdo que estoy hablando bajo juramento, que no ha habido cosa igual en todo el mundo. Hasta las raspas se podía uno comer de lo blandas que estaban. Y los lomos salían enteros, con sus ajitos, con su vinagrito, con ese punto de asador que solo la Angelita les sabía dar. Que se lo digo yo, señor juez, que conozco el caso de alguno que vino de fuera a comer y tanto le gustó que se quedó a la noche para repetir. Y hasta de Bilbao vinieron a probar aquel manjar y sé yo de buena tinta que una oferta cojonuda, usted me disculpe, le llegó a la Angelita del *botxo* pero ella, ¿a dónde iba a ir con cincuenta y tantos? Si se hubiera marchado a Bilbao igual hoy la teníamos en la tele como al Arguiñano...

Así que con este currículum, ¿cómo voy a saber yo quién degolló a la Angelita? Si solo pensarlo se me pone la carne de gallina, toque, toque usted señoría, que aunque tengo la piel acostumbrada al calor del horno, aún se me erizan los pelillos con estos sofocones...

Le repito señor juez que no sé a qué viene todo esto, que lo que tenía que decir ya lo dije y todo lo que yo sabía ya lo

tendrá bien apuntado su escribiente en sus papeles. Que le juro que lo dicho es toda la verdad que yo le puedo contar, sin poner ni quitar ni una coma.

Por eso le digo yo a su señoría que no sé a qué viene ahora que me pregunte que dónde estaba yo aquel día o que si conocía la casa de la Angelita...

De acuerdo, señor juez, usted gana. Sí que conocía y bien la casa de la Angelita pero es que cuando uno es muy hombre no sé qué tiene de malo frecuentar la casa de una mujer porque eso, que yo sepa, no es faltar a nadie. Mire usted, no se lo dije antes porque no venía a cuento y porque callar la verdad no es mentir, pero si usted me lo pregunta ahora así, tan a bocajarro y con el juramento por medio, le diré que sí, que en más de una ocasión estuve en su casa y seguramente también aquel día porque, aunque no me recuerdo de las fechas exactas, sé que por aquel entonces coincidimos bastante. Pero sepa su señoría que de visitar a una mujer a degollarla va como de la noche al día y que yo le juro a su señoría que ni un pelo le toqué, bueno, quiero decir con violencia porque de lo otro, si usted me lo permite, prefiero no hablar, usted como hombre ya me entiende...

Que sí, que lleva usted razón..., después de lo dicho, ¿cómo le voy a negar a su señoría que mis huellas aparezcan en su cama, o en su cuarto de baño, o en su cuerpo, o, si usted me apura, en aquellos platos de perdiz escabeçada que dice que quedaron a medias en la cocina?, porque, ahora que recuerdo, sí es cierto que por aquel entonces me preparó una perdiz divina en un par de ocasiones... pero de eso a que yo sepa

algo de su muerte, ¡por mis hijos se lo juro señor juez!, que no es lo mismo andar con una mujer que ser un criminal...

Y yo qué sé de todo eso. ¡Pregúntele usted al Agustín Morales! ¿Ya le han preguntado al Agustín Morales lo mismo que a mí? Mire su señoría que por aquel entonces el Agustín hacía guardia en los mismos cuarteles que yo y pernoctaba en las mismas garitas... que le quiero decir a usted que si yo andaba con la Angelita, él no paraba muy lejos, que a saber si yo no me comía las perdices escabechadas que él dejaba, que en más de una ocasión me lo encontré en el portal yo subiendo y él bajando, y en la fregadera de la Angelita restos de platos y en su cenicero una Faria y ella no fuma, quiero decir, no fumaba...

¿Y qué me dice su señoría, que el Agustín andaba por aquellas fechas en el Solymar de Benidorm? ¿Desde cuándo ha visto usted que el Agustín se apunte a los viajes del Imsero?

No me venga con leches señor juez, si usted tiene que cumplir con su trabajo pues cumpla y punto, y detenga a cualquiera para que su expediente no tenga mancha y le saquen en la tele como al Garzón. Que a mí no me va a extrañar que lo mismo le dé jota que fandango, enchironar a un asesino o a un desgraciado como yo. Pero no me pida usted que diga cosas que no son, que en vez de hacerme hablar más le valdría mirarme a la cara y que me dijese a cuántos asesinos ha visto con estas ojeras su señoría. Si tiene que cumplir con su trabajo pues cumpla y punto, que a mí lo mismo se me da. ¿Qué voy a hacer yo por la calle sin la Angelita?

Y el Agustín en Benidorm, a quién va a engañar este cabrón...

¡Qué voy a saber yo, señor juez, qué voy a saber yo! Solo puedo decirle que era una bendita, una santa, y ¿cómo quiere que sepa yo quién degüella a los santos? Si nunca se metió con nadie, de sus fogones a sus misas, de sus sartenes al rosario y de su casita al trabajo, ¿cómo voy a saber yo, señor juez, cómo voy a saber?

Carta a Espartero

DOMINGO ALBERTO MARTÍNEZ MARTÍN

2002

XVII Premio de Narración Breve De Buena Fuente

Tema: Edificio La Merced

L o groño, octubre de 184...

Vos sabéis, pues no por nada me conocéis más que mi santa madre —a la que Dios guarde en su gloria— y que la comadre que a sus no menos santos aunque opulentos pechos me crio —y que solo Dios sabe cómo andará ya, después de huir con un tenientillo de dragones, de piernas cortas pero pobladas patillas, hijo emérito del Languedoc, según creo, enamorado como Pepe Botella de España, del vino y sus mujeres...— dispensad, señor, pero ya he perdido el hilo, pues que no soy carlista bien se ve en mi escasa costumbre de triscar por estos escarpados laberintos de negro sobre blanco; hombre de armas soy, mas no de letras.

A Dios gracias —y la Trinidad completa— que precisamente de esto lucubra: yo, señor mío, hombre soy menos de letras que de armas; acostumbrado a afilar el acero, no la pluma, y a ensartar cara a cara a mi adversario, no por la espalda con sibilinas palabras. Aun con todo, me veo ahora en el brete de, cual moderna Aracné, enredarme en estos menesteres por la distancia que nos separa, y por la carta que de vuestro puño y letra no ha mucho llamó acuciante a mi puerta, despertándome de lo que yo temí letargo secular, como voz que a la entrada del sepulcro ordenase: ¡Lázaro, levántate y anda!

Me aburro, amigo mío. Desde que estoy recluido en este convento que es mi casa, el palacio de los marqueses de Covarrubias, desde que os fuisteis a esos lares de brumas y grises, yo me aburro mortalmente. Consumo las horas al calor del fuego, en la biblioteca, con un volumen en las manos que generalmente ni me molesto en hojear; y la lluvia, al repicar en los cristales, me trae el eco de los tambores, de los cañones, ¿os acordáis?, y rememoro las batallas y a vos, que tan lejos me parecís. Mientras Jenofonte y Maquiavelo crían polvo en algún estante olvidado, yo releo al elocuente Cicerón, maestro de oradores, quien solía iniciar sus epístolas de la siguiente forma: «Si estáis bien, me alegro; por mi parte me encuentro bien». Espero y deseo que Inglaterra, patria de Shakespeare y Newton, os haya acogido con los brazos abiertos; yo, por mi parte, no puedo estar peor. Me hallo mortalmente hastiado, y creo que los achaques se me reproducen no tanto por la vejez y el invierno —aunque tengo para mí que buena parte de culpa la tiene un doctorcillo que para un mal que no quita me receta ciento, matasanos con tanto pelo como calavera, que no habla idioma humano, por cuyos bigotes he adivinado más de un suspiro en mis criadas...—, en fin, decía que no son otros sino tedio y amargura los culpables de que a grandes trancos me acerque a la huesa.

No puedo más en esta España que no es imperio ni nada que se le parezca, donde ya se pone el sol, y solo se ven sombras... y fantasmas. Esta España de moscas, de callejas mal empedradas salpimentadas por los cagafierros de pencos y matalones, de clerigalla, de hembras sin cerebro ni instruc-

ción, bostezando unas tras las rejas, urdiendo otras sus embustes por esquinas y rincones, de pícaros, trotaconventos y chulos embozados, que solo piensan en las fechorías de los bandoleros, y en las estocadas de los matadores. A nadie le interesa España, su atraso secular, su hedor a incienso y boñiga, sus rezos, rosarios y olés, las tierras despobladas y los campesinos miserables, la pereza y la siesta, el comercio, la industria —¿qué industria, vive Dios?—, los caminos peligrosos e impracticables, la absoluta carencia de canales y ríos navegables... podría seguir así, y vos lo sabéis, hasta la náusea. A nadie le interesa España, inmersa en un marasmo perpetuo; por las plazas solo se vive para ver morir en el ruedo, por las callejuelas de navajas y ¡agua va! solo se discute sobre la cualidad de tal o cual matanza, de este o aquel torero, que las matronas se rifan con calor y denuedo, mientras sus esposados, aguardando el descabello, sonríen orondos y satisfechos. Y, lo demás, es siesta.

A nadie parece importarle España. A vos, que os interesa, os expulsaron de ella; y a mí... bueno, yo es como si estuviese con vos en Londres. El clima es parecido, la lluvia, al igual que esa eterna amante despechada mal llamada Muerte, golpea insistentemente en los cristales, y yo tengo las manos atadas.

Ya decía Sancho que las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres; pero que si los hombres las sienten demasiado, se convierten en bestias. Pues bien, señor, levantemos los corazones y confiemos en el futuro, aunque el cielo sobre nuestra España sea tan negro como los sayos raídos de esa ralea clerical. En este crudo invierno corren,

uno tras otro, idénticos días. El cielo se ilumina cada mañana de tristes nubarrones y las lluvias taladran sordamente el empedrado. Hace tiempo que no salgo de casa. Quizá sea la edad, pero esta sociedad hipócrita y de segunda mano, que importa sus modas con un retardo de meses desde allende los Pirineos, me asquea. Prefiero quedarme en el hogar, al calor del fuego, y repartir el tiempo entre mi familia y los clásicos, cuyas obras me ayudan a sobrellevar mal que bien el peso de la existencia. Allí están Séneca y Julio César, Epicteto y Marco Aurelio... ¿Qué tendrá el cielo contra nosotros que nos envió desde Bayona vía Valençay —como pésima moda parisina— a Fernando y no a Marco Aurelio? ¿Qué habremos hecho para merecer Calígulas en lugar de Adrianos? ¿Dónde están esos monarcas medievales que pregonan las crónicas, con acero en las venas y sangre en las manos? *Ubi sunt?*

¿Dónde! ¿Y yo me lo pregunto? Están... ¡en el exilio!

Mi único consuelo es, como os digo, mi casa, que con tanta frecuencia os he ponderado, y a la que con no menor insistencia os invité. Circunstancias que nos son ajenas, y a ambos por igual desagradables, han puesto países y océanos entre nosotros. No veo otra solución sino pintaros un pálido reflejo, un bosquejo al carboncillo con mano temblorosa e ignara del lugar donde habito. Y, aunque soy tan mal pintor como escritor, acaso peor, manos a la obra, por Santiago: el palacio de los marqueses de Covarrubias se construyó en el ocaso de la pasada centuria —entre los años de 1780 y 1785, si me apuráis—. La raigambre de nuestro apellido obligaba al corazón urbano como ámbito geográfico. Mis antepasados, sin embargo, no se embriagaron de su poder, como fre-

cuentemente antes y ahora ha ocurrido con tantos nobles. No erigieron una obra que atemorizase al viandante, quien, cada día, abismado en sus problemas, meditabundo, evitando siempre que puede los charcos y soltando alguna altisonante interjección cuando no lo consigue, pasa junto al edificio. En su palacio debía predominar la línea horizontal, la claridad y regularidad de formas, así como una nítida matización de los materiales, sin incurrir por ello en efectos pictóricos. Querían un interior habitable —pues, al fin y a la postre, su hogar habría de ser, ámbito de reunión y negocios, lugar donde criar a sus hijos y ver crecer a sus nietos—, y un exterior elegante sin ostentación desmedida. El palacio de los marqueses de Covarrubias debía lucir como una gran dama, no desentonar cual emperifollada *cocotte*.

Desde la base cuadrangular se elevan varias alturas, existiendo claras diferencias entre la primera y las superiores. La planta está compuesta por grandes sillares. La puerta siempre se encuentra abierta para quien pide hospitalidad; no así las ventanas, que, como convendréis, no son lugar de entrada ni salida —aunque nuestra curia por tal las tenga—, y permanecen protegidas por una telaraña de rejas. Una moldura, como frontera entre países vecinos, delimita los territorios del primer piso y los superiores. Estos, los pisos nobles, se visten de ladrillos menudos, abriéndose sus vanos a la calle merced a balconadas de forja. Como coronación, en fin, aparece un alero volado cubierto de tejas.

Por sus salones señoriales mi familia y criados me ven pasear a veces, como alma en pena; y no otra cosa debo parecer: el cabello desordenado y encanecido, ojos febriles, somno-

lientos, enclavados así que pendones rotos en el campo de batalla que, pálido, arrugado, por todo rostro me resta, el cuerpo consumido, desaliñado el traje. Contemplo con arrobo los majestuosos retratos de mis antepasados, sus miradas altivas que empequeñecen el alma, sus poses orgullosas; en los tapices que revisten las paredes, los aceros chocan con estrépito, saltan chispas, musculosos, sudorosos caballos de guerra se revuelven y pisotean hasta triturar tal que uvas maduras a los caídos, que se hunden en el barro, los rostros, descompuestos unos por una pasión caníbal, crispados otros en la agonía que es antesala de la muerte; la sangre. La vida.

Luego, me asomo a los ventanales, y dejo vagar la vista por el escenario de la existencia, por las calles empapadas, por los callejones de este país exhausto, de esta tierra de arciprestes que buscan barraganas, de mancebas que persiguen toreros, y de toreros que, cansados de holgar, duermen la siesta; bailando todos ellos, sin darse cuenta, una tragicómica danza de la muerte. Tengo la triste sensación de que si en África se juntase una horda de marruecos arrojados, con algo de orden y media docena de alfanjes, tantos siglos después volverían a cobrar esta fruta podrida de España.

Esta carta que ha visto el sol entre chanzas agoniza, como yo, consumida por la bilis; doblan lentamente las campanas. Hora es pues, de suministrarle la extremaunción... Vos, caballero, habéis desperdigado buena parte de vuestra existencia por campamentos coloniales y peninsulares; vos, desde Inglaterra, podréis responder mejor que yo a mi última duda: ¿dónde, amigo mío, dónde y cuándo los españoles, descen-

dientes de Viriato, el Cid y don Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, dónde, cuándo y ante quién esta raza maldita que conquistó Europa y el sol, esos mismos españoles, dónde, por Dios, perdimos la sangre y el honor? Vos y yo sabemos que en este mundo ya poco o nada merece la pena. Que este mundo, como decía Quevedo, es juego de bazas, y que solo el que roba triunfa y manda.

Vuestro amigo,

MARQUÉS DE COVARRUBIAS

Sagasta

FRANCISCO JAVIER JIMÉNEZ

2003

XVIII Premio de Narración Breve De Buena Fuente

Tema: Práxedes Mateo Sagasta

Hacia mediodía, después del trabajo, me acerqué a la calle de Sagasta en Madrid, que es donde vivo, por ver cómo recuerda esta ciudad en su geografía urbana al político riojano. El día era muy caluroso, corría una brisa ardiente, pero que era menos que nada para una frente ardida en la contabilidad estéril y cuidadosa de la mañana, los árboles agitaban sus hojas de un verde joven. En algunos tramos de la calle se oía el fragor de las ramas, agitadas por un viento de siroco, pero solo a intervalos, al ritmo de los semáforos que dan paso en las dos glorietas, vértice y ápice de esta calle, la glorieta de Bilbao al este y la de Alonso Martínez al oeste. Cuando pasaban los coches el rumor vegetal se apagaba, desdibujado en un vigoroso estruendo maquinista que ascendía con la aceleración de los motores y las prisas por llegar, no se sabe adónde. Paseando por su parte media, los huecos de pausa en el tráfico rodado dejaban oír, unos segundos solo, ese otro rumor difuso que tiene la ciudad alrededor del primer círculo de silencio, el estruendo distante, distanciado, de oscuro rugido como de organismo viviente que no se para nunca, el engranaje gigantesco en marcha por las alcantarillas de la ciudad, más allá de uno y de todos, en difusa extensión de roce vivo. La luz en la calle Sagasta era viva y cortante. A

esa hora el cielo vertía luz por el espacio con recio sesgo entre la sombra de la acera sur y el sol de la acera norte. Buscamos el contraste de los pendolistas curiosos por una y otra, descubiéndole los ángulos y las líneas más nítidas. Las hojas tiernas de los árboles oscilaban con brío en el aire, dándole a la calle su calidad vibrátil, en la sombra y en la luz, con las gafas puestas o sin ellas. Son días de campaña electoral, pero es de agradecer que no haya aquí ningún signo externo de la campaña, ni carteles, ni rostros sonrientes de candidatos confanzudos, ni consignas. Nada del ruido visual de los iconos. Lo cual da idea, por lo demás, de la disminución de esta calle, donde se conoce que hay poco que pescar. En su calorina de primavera tempranamente avasallada por un aliento seco de verano, la calle estaba como exenta de los trazos reales de la ciudad, volvía más valiosos los espacios de sombra y silencio ceñido por el ruido urbano del círculo exterior. El siglo XIX, aquí, no ha sido derrocado, no del todo, se dice uno. Los árboles que flanquean la calle Sagasta son plátanos de buena envergadura, ahormados por las podas municipales al volumen de su caja torácica de vertebrado urbano, con notable arrimo de los troncos hacia las casas próximas, una querencia ciega. Por el centro de la calle corre otra línea de árboles más jóvenes, donde se alternan los álamos de corteza blanca y las acacias benéficas, con hoja de un verde como de hierba cantábrica, brillante y fresco. La calle Sagasta conserva aún el viejo espíritu de los bulevares madrileños, ese espinazo que arquea el lomo a lo largo de la ciudad, conectando las calles de la Princesa y del Marqués de Urquijo, por un lado, con la pla-

za de Colón y con Goya, por el otro, o el parque del Oeste con los barrios de Chamberí y de Salamanca. En las dos orillas de la calle los árboles son altos y tupidos, cubren regularmente una buena pieza de las fachadas de los edificios. Por comparar, si los edificios de París, capital del exilio español, también para el joven Sagasta, presentan al visitante una cara razonable, franca, uniforme y hermosa, estos de aquí ocultan la suya tras unos ramajes densos, corpulentos, exaltados. Lo que en París es descaro, descaro chic, aquí es veladura, veladura manchega, postcolonial, irónica, casi moruna. No son edificios uniformes en absoluto, y adolecen de alguna fealdad, de salientes, saledizos, balastradas en exceso, elementos constructivos sin resultado ni justificación. Responden a una arquitectura de casas todas ellas significadas, cada una distinta de la de al lado, en lo mayor o en lo menor del concepto de arquitectura. Al menos, se atienen a la norma de no sobrepasar las seis alturas o siete. Las hay que guardan la tradición galdosiana de la escalera profunda, agazapada en la oscuridad, con piso principal y entresuelo. Recorro las aceras con ánimo de *flâneur*, si acaso sabe uno lo que es eso. La calle es breve, puede recorrerse a pie tranquilo en cinco minutos de punta a cabo. Si miramos hacia poniente desde el cruce con Luchana, Sagasta amplía su perspectiva con la extensión de Génova y, más allá, con Torre España, ostentosamente erguida al fondo. Ni en los portales, ni en las molduras, ni en los avisos varios de las casas, aparecen indicios de cuándo fueron construidas, de cuándo data la vieja urbanización. Sagasta murió en esta ciudad en 1903. De ahí en adelante suponemos

que prestó su nombre a la débil memoria de la capital, para honrarle completo. Cien años han movido su arena desde entonces. En el chaflán que forman Fuencarral y Luchana una casa exhibe, esta sí, inequívocamente, en molduras como escudos, sobre la azotea, la cifra de 1907 en tipos modernistas altos, fecha que debe de valer, al muy poco más o menos, para estas otras casas vecinas. Las fechas concuerdan, por tanto. No queremos verificarlo, por el momento, en la precisión sintética de las guías urbanas, ni en las historias de la ciudad, no las tenemos a mano. Porque buscamos algo más que solo la calle o la documentación fidedigna sobre la calle. Buscamos, entre otras curiosidades, algún memorial vivo del político Sagasta, aquel riojano de cuello duro, levita cruzada como de almirante sin barco y frente esclarecida. Sobre todo, algo por lo que Sagasta aún aparezca en la conversación de los madrileños, sin que desdeñemos sus pedestales ni sus muros de público homenaje. Allí al fondo hay una estatua. Nos acercamos. No es él. Es la estatua erigida a Alonso Martínez, figurado de pie, en bronce, con el hábito de jurisconsulto, en el recuerdo y la estima de los juristas discípulos suyos de Madrid. Fue ministro de más de un gabinete sagastino. En los portales de la calle encontramos dos placas conmemorativas, dos placas musicales, al maestro Alonso, en el número 30, y a don Jesús Guridi, el de las melancólicas y dulces melodías vascas, que a la altura del número 12 vivió y murió. Honor a ellos. Aunque es de otro maestro, del maestro Serrano, la canción del enérgico repertorio zarzuelero que más le va a don Práxedes, la canción de Leonelo, al menos por lo que su juventud, la de un

joven ingeniero que rapta en Zamora a la recién casada (con otro), nos deja entrever, el amor de toda su vida: «¡Mujeeer, primorosa clavellinaaa...!». Tampoco encontramos los viejos rótulos, «Viviendas con suministro de gas», «Ave María Purísima», «Asegurada de incendios», esas cosas. En cambio, actuales y modernas, vemos las placas de los bufetes de abogados, de los médicos protésicos, de una evanescente consultoría, que se anuncian al viandante. Nada del escandaloso «Veneréas», que aún ostentan balcones del centro castizo de los Austrias. No hay aquí cafeterías, ni bares, o apenas: no se los siente. La cafetería Santander se adscribe mentalmente con facilidad, por su vocación de huidiza esquina, antes que a Sagasta, a la plaza de Santa Bárbara, vigilada desde la otra orilla por la estatua del eminente hombre de leyes, garante y perspicaz. Así, la calle Sagasta se ha quedado en calle para avanzar gestiones, en poco más que en calle de paso. Sin embargo, aún queda algún pequeño centro de enseñanza (las viejas academias donde se pagaba por horas y nunca se fiaba), hay alguna farmacia, dos edificios oficiales de la administración autonómica (para Salud y Trabajo), una tienda de orientalismos *new age*, un salón de rayos UVA para el bronceado *fashion* de las modelos y una vieja librería. De modo que Sagasta, con todo, a pesar de la merma, no se apaga. En la librería tampoco veo avisos de las fechas en que se levantó todo esto. Es inevitable, me acerco. Hay en el escaparate algunas guías e historias de la ciudad. Me adentro. La librería está ahíta de libros, es un chiscón de letras polvoriento. Se llama El Galeón, donde naufragan estos montones de libros, es inmediato el remoquete. Las

pilas han sido levantadas con solo la inteligencia y el calculado descuido del librero, sin orden ni concierto para los demás. Ahora no está, ha salido a tomarse el cafelito, andará por alguna bocacalle. En su puesto ha dejado de sustituto a un amigo, no muy perito, que podría zozobrar. Vemos, por contra, que sí hay cierto orden geométrico en las paredes, forradas de libros de suelo a techo, únicas cuadernas que mantienen esto a flote. El resto es tránsito, oleaje, geometría tumbadiza, algas revueltas puestas a secar, espuma. El librero no vuelve, curioso en algunas guías el dato necesario. De lo expuesto o amontonado nada me tienta con la furia de tener que llevármelo, sed mortal. Salvo quizá un volumen de Kierkegaard, al que dejo pasar bajo el tacto temible, por no complicarme la tarde en su lectura. En varios carteles se advierte: «Compramos libros y bibliotecas completas, nos desplazamos a recogerlos». Con un punto de suave melancolía, salgo. Mi propia biblioteca, un día, en algún sitio así, quizá este mismo, también dejará su espuma, hecha de la agitación con que fui reuniéndola. En ese oleaje estamos. Al salir, la luz ofende la vista con violencia, cruzo de nuevo en busca de la sombra. A este lado, dos calles de trazado oblicuo ostentan nombres de inspiradora resonancia: Churruca y Larra. No fue aquí donde Fíguro se inmoló al imposible amor y la imposible España, pero le corresponde con justicia una calle de limpio trazado, hondo, suave, romántico, como cumple. En cuanto al heroico almirante de Trafalgar, es oportuno que su calle desemboque en las anchuras de Sagasta. Entre Churruca y Sagasta ocurre todo el siglo XIX español, la cohesión de la Nación, con sus

querellas sempiternas, la que ve desintegrarse el Imperio en la ruina de sus escuadras, Trafalgar, La Habana, Santiago, Cavite, Manila. Adiós, adiós ultramar; nos quedamos sin navíos. Solo nos queda la gloria del más viejo galeón. Churruca se dejó la vida en el empeño contra la flota de Nelson, y Sagasta, por su parte, viejo y ya fatigado, aceptó sobre los hombros, como querían todos y clamaba Francisco Silvela, cargar con el peso del Desastre, hágase la deshonra ante el yanqui emergente, para que toda otra pérdida encontrara en ella su consuelo: «¡Más se perdió en Cuba!». Sagasta se comió el marrón, en definitiva. Oigo resonar mis pasos por la acera, qué sobresalto de ciudad para los viejos hombres de alpargata y berlina, si un instante de gracia les permitiera asomarse a la luz blanca de este día. Entro en la cafetería Santander, voy ya de retirada, me acodo en la barra. «Un tinto, por favor; si puede ser, más fresco que del tiempo». El camarero me sirve un Paternina a buena temperatura, es pasable. Hay comensales de plato combinado acodados también a la barra o sentados a las mesas junto a los ventanales. Las conversaciones son discretas, como a unos postres, se adivina en las frentes la preocupación por los trabajos interrumpidos, enseguida se han de reanudar. Con la segunda copa de vino le pregunto al camarero si queda por allí cerca la calle de Cánovas, no sé si le pregunto por provocarle o por una vaporosa malicia. «No, Cánovas no: aquí lo que tenemos cerca es la calle Sagasta, esta de aquí», y señala con el dedo. «Ah, sí, gracias», le digo con un punto de sincero aturdimiento. Mientras apuro mi copa advierto cómo la pregunta ha hecho su recorrido por alrededor, inocente,

insospechado, de una forma autónoma, cada cual echando su particular cuarto a espaldas sin salirse de su plato de comensal y apenas de su círculo íntimo de conversación. «Cánovas no tiene calle, tiene plaza, la de Neptuno; o sea, que como si no la tuviera, porque por él nunca se la nombra». «Chico, pues de pequeño yo me creía que Cánovas y Sagasta eran como Ortega y Gasset». «Sí, crecimos muy burros». «¡El XIX, nuestro siglo XIX, mucho follón, mucho masón por entonces!». «Anda que ese también... Y mucho carcamal y mucha reina puta». Hay risas, la plaza se caldea, democráticamente. «Sagasta, como el otro y como los de ahora: unos trincones». «No seas plebeyo, es muy fácil abominar de la política y luego dejar que decidan siempre los políticos». «¿Abomiqué?». «Chica, pues a mí el XIX me encanta. Anda que aquello de Alfonso XII, despidiéndose muy malito de la reina, que la tenía embarazada y va y le dice: “Cristinita, guarda el coño, y de Cánovas a Sagasta y de Sagasta a Cánovas”, qué bueno». Le pago al camarero y salgo de allí recordando el verso de un goliardo de Pamplona. Madrid, el Foro, ciudad política. No tan desmemoriada. Me dirijo a Atocha, a la basílica de Atocha, pasando por Neptuno, es decir, por Cánovas. Aún dispongo de una hora para estas *flâneries*, si acaso sé lo que son. El día abrasa las extensiones del sureste de la ciudad, que tiene atavismos de sed y carrizales. Atocha arde con una respiración corta, bullente, abrasada. Por estas latitudes persiste su vocación de poblachón manchego. La estación del AVE exhibe sus modestos volúmenes de ladrillo rojo, un reloj limpio, una hora precisa. Todas hieren y la última mata. Orillando la colina de la Escuela de

Ingenieros de Obras Públicas y el viejo Observatorio Astronómico, encendido en una luz impracticable para el ojo que escruta, me dejo caer por la rampa de la calle Julián Gayarre y al fin llego al Panteón de Hombres Ilustres, donde un soplo adecuado me ha puesto sobre aviso de que Sagasta eternamente aquí reposa. La construcción tiene el aire de un paradójico laicismo bizantino, circundada en su altura por una almena en escalera con trenza de cruces griegas. Defienden el lugar una alta reja y un vigilante solitario y ausente, que mide sus pasos en la distancia. Hay por el exterior una línea de cipreses esbeltos, que le dan la nota grave, y un seto bajo y más bien ralo en el interior, unos arriates de tierra muy prieta y unos árboles finos, joviales y bien cuidados, que lo hacen jardín vital y habitable: algún madroño, algún laurel, algún cerezo, algunos tilos. La reina regente doña Cristina de Habsburgo, que tan buenas migas hizo con el afable Sagasta, impulsó todo esto, la virtud devota de la memoria. Un alto vestíbulo, cubierto de mosaicos, acoge al visitante. Arriba, un firmamento azul con estrellas doradas; a los lados, las leyendas de la religión antigua de los patriotas: «HONOR», «HEROÍSMO», «LEALTAD». Dentro, recuperadas las sombras, por ningún rincón oscilan las llamas de la devoción o la memoria. Es de agradecer que no haya olores de vela, sino los calientes perfumes del jardín, un punto sofocados. Un claustro de altos ventanales rodea por tres lados el patio de los rosales, rosas sin énfasis, rosas rosas. En el rincón derecho del patio hay un templete redondo con cúpula de gallones y una estatua en el remate que es lo más parecido que tenemos en España a la

estatua de la libertad franco-americana, solo que en pequeño, a nuestra escala, se conoce. El *tholo* o templete es sepultura colectiva. En el centro del patio se alza sobre pedestal una columna con la inscripción «*PRO PATRIA MORTUIS HONOR ET PAX*», más una letra alfa y una omega, en los límites de la tiniebla. Un desagravio para tanta muerte violenta: aquí Cánovas, aquí Dato, aquí Canalejas, arrebatados, yacen en sendos mausoleos. Plantar rosas rojas hubiera resultado demasiado sangriento; en este sitio el buen gusto es no encontrarlas. En los vértices de la galería dos cúpulas con pintura de celestial trampantojo repiten en sendos fragmentos la misma leyenda latina, «A los muertos por la Patria, etcétera». La portan del pico, en largas filacterias, dos palomas blancas de la paz. La paz eterna. Por los rincones se repiten como buen cobijo los ramos de olivo y de palma. En el primer cuerpo del claustro, a la izquierda, nada más entrar, allí descansa mi hombre: «A SAGASTA - LOS LIBERALES - MDCCCXXV-MCMIII», reza al pie una inscripción. Mariano Benlliure cinceló en mármol blanco este Sagasta yacente, de finos perfiles, manos de dedos nudosos, sereno estar. Como dormido. Al cuello porta cincelado el Toisón de oro, la distinción máxima. Al ingeniero, al diputado, al ministro de la Gobernación y de Estado (hoy serían ministerios de Interior y de Asuntos Exteriores), al presidente del Congreso, al frecuente presidente del Gobierno. Con cada golpe de la herramienta del escultor en la roca se debía dar forma de homenaje al promotor de tantas reformas: ley de sufragio universal, ley de jurados, ley de bases para el código civil, ley de reunión y asociaciones, ley de li-

bertad de imprenta, ley de libertad de cultos, ley del matrimonio civil. La manta que cubre las piernas de Sagasta por debajo de su levita tiene también el bordado del toisón. El mausoleo conviene rodearlo en el sentido de las agujas del reloj, conforme avanza la vida: el recorrido ha de partir desde su izquierda, donde está representado en relieve el escudo riojano (tres castillos sobre un puente y el puente de muchos ojos sobre un río), luego algunas fechas importantes (1854-1868-1886-1902) y, al final, el escudo de la nación más ancha, con los viejos reinos de Castilla, León, Aragón, Navarra y Granada y, en el centro, las flores de lis de la dinastía de los Borbones. A los pies de Sagasta aparece sentado un joven *blousard*, recio y decidido, con cabeza de Montesquieu español, fuerte, remangado de blusa y pantalones, con alpargatas de largo cordón y suela de esparto; el brazo izquierdo lo apoya en unos evangelios abiertos (la virtud y el recto propósito) y en el brazo derecho sujeta con firmeza una espada, bien dispuesta para la lucha, la hoja cubierta de una rama de olivo y la empuñadura con una cabeza frigia de la justicia (libertad, igualdad, fraternidad). A la cabecera, una bella mujer semidesnuda vela el sueño de Sagasta. Sensualmente torneada, ella escribe la Historia y por todo transita. Me voy ya, hay demasiada muerte violenta en los otros mausoleos, demasiada saña y rencor, y he de irme. Intercambio unas palabras con el vigilante: «No suele venir nadie por aquí», me confía. Mientras he deambulado por estos lugares ningún otro visitante ha aparecido. «Bueno, alguna vez viene un grupo de algún colegio. Poca cosa». Salgo del panteón, de tanto olvido. He de volver al tra-

bajo, arder un poco más en la contabilidad estéril de este día. Civilizadamente, ordenadamente. Estoy deseando que por la noche mi hija me llame, con cualquier excusa, y si acaso me intereso por sus exámenes, por cualquier cosa, espero que me diga lo que quiera, no me importa: «Bueno, sí, es un rollo. Lo leo, pero no se me queda». Esas cosas. Comprobar que por debajo de eso tiene viva la curiosidad, la que ella quiera. En realidad, solo espero oír su voz.

La tía Felisa

JOSÉ MARÍA LANDER FERNÁNDEZ

2004

XIX Premio de Narración Breve De Buena Fuente

Tema: Camino de Santiago a su paso por Logroño

La tía Felisa lo tiene casi todo en la vida: una silla plegable donde sentarse, una mesa de tablerillo martilleada a conciencia donde apoyarse, una estufita de butano que le calienta los riñones en diciembre y una sombrilla playera que le resguarda de los chuzos de sol que cuelgan en agosto del cielo. ¡Qué más se puede pedir! Cuando mira atrás, y la tía Felisa ya calza unos cuantos años en cada pierna, lo único que echa de menos es no haber ido a la escuela para haber aprendido el abecedario. La *b* con la *a* se dice *ba*; la *p* con la *o* se dice *po*; la *h* con la *u* se dice *u*, porque la *h*, qué letra más puñetera, es muda. «¡Con lo espabilada que era yo, habría aprendido en un santiamén!», le suele repetir la tía Felisa a Amancio, el panadero.

Amancio quiere mucho a la tía Felisa. Quizá por pena. Quizá porque le recuerda a su difunta mujer. Igual de simpática. Igual de pesada. No hay día que no le moleste con la monserga de sus peregrinos. No sabe cómo se las arregla para colarse sin llamar, pero se le planta todas las noches en la cocina justo antes de la cena. La tía Felisa, de haber nacido animal, habría salido lagartija. O cotorra. No calla. Le insiste para que haga el favor, si no es mucha molestia, si no es mucho pedir, de leerle las notas que le escriben los peregrinos en su cuaderno. Si la tía Felisa supiese leer como leen los niños de ahora, de carrerilla,

no tentaría la paciencia finita de Amancio. El panadero, como es natural, prefiere echar un vistazo al *Marca* que no descifrar esos mensajes tan raros. Cede por las rosquillas caseras de la tía Felisa. Solo un profesional de la repostería como él sabe valorar la dificultad de acertar, como acierta su vecina, con la dosis exacta de anís en la masa. «¿Trae rosquillas?», pregunta Amancio cuando ve entrar a la tía Felisa. Ella, que siempre fue un poco juguetona, esconde un bulto entre los pliegues de la bata. «¡Mire, que si no trae rosquillas, no leo!», masculla cascarrabias Amancio. La tía Felisa se sobresalta por la amenaza y se le cae al suelo una bolsa repleta de olorosas rosquillas.

Mientras las mastica con los papos como badajos, a Amancio se le quita el mal sabor de boca que le dejan los caligramas de los peregrinos. Las pasa canutas para entender lo que garabatean en el cuaderno. Pobre letra *t*, amputada sin su rabito horizontal. Y esa desgraciada letra *i*, a la que no le han dibujado un punto, anda medio cegata entre los renglones. «¡A estos trotamundos les enseñaba yo caligrafía!», refunfuña Amancio. Con ese gesto pensativo, el panadero no parece un panadero sino un arqueólogo desentrañando el significado oculto de un jeroglífico. La vista se le cansa y también el intelecto. ¡Qué palabras más complicadas escriben estos peregrinos! Por ejemplo, un mensaje, que leyeron el otro día, decía así: «El recuerdo de su sonrisa quedará siempre perenne en mi corazón». «¿Qué es perenne?», preguntó la tía Felisa. Amancio miró arriba, a las goteras del techo; miró abajo, a las baldosas rayadas: «No sé... pero no se preocupe, yo creo que tiene que ser algo bueno». Lo que el panadero no traga

es cuando se tropieza con un «*thank you*» o algo por el estilo. «¿Esto, qué coño es? ¿Inglés o francés?». Amancio se mesa los cabellos cabreado y pasa de largo estos barbarismos, pero la tía Felisa, tan curiosa, no le perdona ni uno. Incluso le comentó su intención de comprar un diccionario de idiomas para traducirlos. Pero el panadero se negó. Hasta ahí podíamos llegar. ¡Ni por todas las rosquillas caseras de la tierra! Y el *Marca*, ¿cuándo leía él el *Marca*?

En verano cruzan riadas de peregrinos delante del chirinquito de la tía Felisa. Así que cada dos semanas, más o menos, llena un cuaderno con mensajes. Ella ha elevado estos textos a la categoría de evangelios. Los guarda en una vitrina de cristal del salón, esa vitrina que más parece un relicario por lo concurrida que está de virgencitas y santos. Allá los enclaustra, ordenados cronológicamente: por meses y años. El más viejo data ya de mil novecientos cincuenta y tantos, cuando la tía Felisa no tenía ni canas ni lumbago. Descansan señoriales, como manuscritos muy valiosos. Ni los códices emilianenses reciben trato más esmerado que estos escritos. Casi todas las semanas, la tía Felisa se desriñona quitándoles el polvo. Pero no se desprende de ninguno de ellos. Si lo hiciese, se sentiría mal, muy mal. Sería como clavarle una astilla ahí dentro, donde más duele.

Cuando ya le faltan pocas páginas para completar un cuaderno, se acerca a la tienda de Julián y elige uno nuevo. Este comercio se ha reconvertido en un «todo a cien», pero la tía Felisa le sigue llamando el ultramarino. «Voy al ultramarino», dice y parece que se larga al fin del mundo. Son expresiones de vieja. Como expendeduría. Como cachava. Como comandan-

cia. ¡No hay quien entienda la jerga de la tía Felisa! El ultramarino de Julián es el típico bazar atípico, donde se mezclan los elementos más dispares sin orden aparente: patatas con lapiceros, fregonas con grapas, agendas con lechugas. «¡Quiero un cuaderno que no se estropee con la lluvia!», le espeta la tía Felisa al tendero. «Eso es imposible», responde Julián, aunque, la verdad, no está muy seguro de que eso sea imposible. La tía Felisa aparta los botes de Cola Cao y atrapa un cuaderno azul, de tapas muy duras. «No tiene usted el morro fino», le suelta el vendedor con desparpajo. «Ya me harás un descuentillo», regatea la tía Felisa. Julián encoge los hombros con resignación: va a acabar haciendo rebajas hasta en las golosinas.

En cuestión de cuadernos, la tía Felisa no racanea ni un céntimo. Es el único gasto superfluo que se permite. A ella los lujos no le van. Nunca le fueron. La necesidad (un sueldo agrio, una pensión triste) ha hecho de ella una mujer austera como un almendro. No hace falta ni podarla para que brote el fruto. La tía Felisa pasa con cualquier cosa. Traga como un pajarillo: para desayunar, sus cortezas de pan duro remojadas en leche; para comer, su puré de verduras; y el resto del día en ayunas. Se viste con esos trapos huecos como plazas de toros que le dan un cierto aire de gitana. Y cuando se pone guapa, se echa tinte en el pelo y se evita la peluquería. Mujer ahorradora por obligación más que por virtud, si por ella fuera no despilfarraría sus ahorros en tantos cuadernos. Haría la letra muy pequeña para ganar espacio entre línea y línea. Pero quienes escriben son los peregrinos y sería de mala educación, con lo fatigados que caminan, pedirles precisión en

su escritura. La mandarían a paseo y, lo que es peor, no le dedicarían esos piropos tan bonitos que le dedican.

Por las mañanas, cuando los gemelos de Julián salen con sus mochilas a coger el autobús, a la tía Felisa le pincha la envidia. ¡Quién pudiera acompañarles! «¡Estudiad mucho!», les grita. Los niños la saludan y le preguntan: «Tía Felisa, ¿cuántos peregrinos van hoy?». La tía Felisa se acomoda las gafas como una intelectual, abre el cuaderno como una maestra, cuenta las firmas como una secretaria. No parece ella de lo solemne que se pone. «Cuacho», dice. La tía Felisa no pronuncia las *r*. Tiene la dentadura mellada y se le escapa el aire a chorros como por la cerradura de un arcón. Nunca quiso dientes postizos. «¡Que no soy Carmen Sevilla!», exclama y se ríe. La tía Felisa se ríe por casi todo. Casi todo le hace gracia. Menos Judas, el perro del lechero Paco. ¡Vaya chuchito más escandaloso! Y de tonto no tiene un pelo. Ha salido a su amo en cuanto a olfato de negocio. El muy perro ya sabe bien a quién debe ladrar y a quién no. A los clientes habituales de la lechería les bisbisea haciéndoles la pelota, pero contra los peregrinos se desgañita con fiereza. Sobre todo, si los huele muy desaliñados. Judas está atado con una cadena, cerca del puesto de la tía Felisa, y nunca pasa nada más que el susto. Pero un día se suelta y arma una desgracia. Algún peregrino que otro ya ha levantado el cayado contra el can y no precisamente para bendecirlo sino en son de guerra. La tía Felisa ha insistido a Paco para que enseñe modales a Judas, pero es como si hablase con una pared. Al lechero le disgusta tanto como a su perro ese tráfago de desconocidos, de pintas nada recomendables, delante de su

negocio. No se fía, por muchas conchas que lleven colgando en el pecho, de ningún forastero, que, razona Paco como razonan los hombres adictos a los telediarios: hay mucho mangan-te suelto por ahí fuera. A la tía Felisa, sin embargo, le aburren las noticias y quizá por eso confía un poco más en la gente. A diplomática no le gana nadie. Siempre anda a dos bandas. Primero calma al perro de Paco: «¡Calla, Judas, calla! ¡Que son peregrinos, que son buenas personas!». Luego calma a los peregrinos: «¡Hermosos, no tengáis miedo! ¡Aunque se llama Judas, no muerde!». Los peregrinos le hacen caso y se acercan a su mesa. No se van a acercar. Llegan exhaustos y esa mesita, en el arcén, es para ellos un oasis en medio del asfalto. A pesar de que sobre el frágil tablerillo apenas se sostiene un bodegón de poca monta, formado por un botijo y una barca de higos. ¡Pero qué fresca sabe el agua del botijo! ¡Y cómo la agradecen los sudorosos peregrinos! Aunque la mayoría se pone perdido, porque no agarra la vasija, como Dios manda, con pulso firme. «¡El pitón más alto!», les grita, a carcajada limpia, la tía Felisa. Y les grita en vano. Nadie entiende qué narices es eso del pitón, y ellos se siguen mojando, y ella se sigue riendo.

Los peregrinos se secan y se comen unos higos. Los higos de la tía Felisa son famosos en todo el Camino. Tan famosos que salen recomendados en las guías. A la tía Felisa eso de salir en un libro le deja patidifusa. Casi sin habla. Ella cree que para aparecer en un periódico, y no te digo ya en un señor libro, es necesario haber hecho algo importante. Y ella, ¿qué ha hecho? Ofrecer unos humildes higos que, encima, los recoge de balde. ¡Vaya mérito más descafeinado! Aunque los higos,

todo hay que decirlo, son de primera. Dulces, como un verso en la nuca. Ella los coge de una higuera sin dueño, cerca del cementerio. Cuando patea los eriales, la tía Felisa lleva una bolsa de plástico y arrambla con todo lo que pilla: unas olivas, unos almendrucos, unas moras. No le entra en la cabeza cómo está tan cara la comida si se puede conseguir gratis en el campo. Si le acusan de llevarse lo ajeno, ella se defiende argumentando que lo hace por caridad. Igual que otros se encariñan con los animales huérfanos, ella se enternece con los árboles sin cuidar. Cada nuez que se le cae a un nogal es como una lágrima que lloran las ramas, piensa la tía Felisa. Ella adopta árboles abandonados. Tiene cinco árboles adoptados: una higuera, un almendro, dos olivos y un cerezo. La higuera la adoptó hace ya muchos años. Cuando era moza y no le dolía la espalda, se subía por sus ramas como los chicazos. Ahora ya no puede y, a cambio de unas brevas, los gemelos de Julián le atrapan los higos. «¡No, aquel, no, que aún está verde!», les insta desde abajo, sujetando un cubo. A la tía Felisa no le hace falta tocarlos para adivinar cuál se puede comer y cuál no. En los meses calurosos nunca le faltan higos frescos para regalar a los peregrinos, mientras que el resto del año se apertrecha con higos pasos. Para prepararlos recurre a sus destrezas de costurera. De algo le tiene que valer el haberse quedado cegata zurciendo lencería. Cose los higos en cuerdas, a ganchillo o a punto de cruz, según como ande de paciencia, y los cuelga en el tendedero para que se sequen. A veces, los higos le ocupan tanto sitio que la ropa mojada la destierra al interior, encima de los radiadores. Las faldas, entonces, le chupan el ca-

lor y ella temblequea de frío. Pero no le importa. Así es la tía Felisa: cualquier sacrificio por sus peregrinos le parece poco. Y eso que apenas llega a memorizar sus nombres. Da igual. El afecto prende fuego en el recuerdo. La tía Felisa los recuerda a todos como personas cercanas. Está con ellos cinco minutos y ya les tutea. Y si aguantan la cháchara un cuarto de hora, ya les llama hijos. Ella, que no tiene hijos, tiene más hijos que nadie. «¡Hijo, qué delgado estás! ¡Hijo, te estás quedando en los huesos!», les dice con cariño y les endiña un cucurucho rebosante de higos. La tía Felisa es bastante cansa con la comida. «¡Gratis, gratis!», exclama riéndose a quienes rechazan el aguinaldo. Aunque los peregrinos le juren y le perjuren que se han zampado un chuletón a la brasa, les obliga a comerse sus higos. «Que Santiago aún está muy lejos», les advierte preocupada, «y mis higos tienen muchos nutrientes».

La palabreja *nutrientes* la tuvo que oír la tía Felisa en algún programa de radio. O de la «arradio», como ella llama a este aparato, vocalizando en plan fino. Hubo una época en que siempre estaba con el transistor pegado a la oreja. Porque al principio los peregrinos pasaban de Pascuas a Ramos y la mujer se aburría esperando. Mientras remendaba sujetadores, escuchaba atenta el parte. Ahora ya es distinto, no tiene tiempo para nada. Es la jubilada menos jubilada que se conozca. Los peregrinos vienen a pares y algunos deben de ser gente importante. Gerentes y todo. Entre sus anécdotas favoritas, la tía Felisa destaca el percance que le sucedió una vez con su jefe. Fue hace la tira de años; ella estaba sentada en la misma posición de siempre, cuando, ataviado con una concha y un bordón, vio acercarse al dueño del taller para el que trabaja-

ba. «Felisa, ¿no me conoces?», le inquirió el señor Abelardo un pelín nervioso por la situación. Y la tía Felisa claro que lo reconoció, no lo va a reconocer, aunque se disfrazase de rey Baltasar lo reconocería, pero le contestó muy orgullosa: «Señor Abelardo, para mí usted es un peregrino más. No piense que le voy a dar más higos que a los demás». No, la tía Felisa no mide a los peregrinos por su tarjeta de crédito. Para ella los diez mandamientos se resumen en uno: juzgar a las personas por lo que son y no por lo que tienen. Aunque siente debilidad, no puede disimularlo, por los extranjeros. No le asusta no entenderles ni papa. «¡Qué voy a hablar yo inglés si no sé hablar español!», se carcajea la tía Felisa. Pero en seguida recurre a cuatro gestos universales y ya prescinde de traductores. Ella gesticula con más salero que Lina Morgan. Curva el pulgar y ya sabe que quieren beber. Aprieta los dedos y ya sabe que quieren comer. Sus conversaciones se limitan a averiguar su lugar de nacimiento. La tía Felisa va confeccionando un variopinto catálogo de países de los cinco continentes. Cuando los peregrinos se identifican como naturales de un lugar remoto, ella se presenta a todo correr en el piso de Amancio y busca el país en un atlas ilustrado. «Amancio, Nepal, ¿dónde está Nepal?», pregunta la tía Felisa con una emoción extraña. El panadero se desespera en ese laberinto de fronteras. ¡Quién se lo iba a decir! A sus años aprendiendo geografía. ¡Él que fue incapaz de memorizar los afluentes del río Ebro!

A todos los peregrinos, ya sean de aquí o de acullá, la tía Felisa les detalla unos consejos para que aprovechen la visita a Logroño. Como guía turístico, esta mujer no tiene precio. Logroño es para ella la ciudad más bonita de España y de parte

del extranjero. Lo de parte del extranjero, lo dice con modestia. Porque ella solo ha estado en Laredo para ver el mar, y en Vitoria, donde le viven unos parientes. Conoce poco mundo la tía Felisa, es verdad. Y el poco que conoce es de escuchar a los peregrinos. Pero, en su opinión, no hace falta haber viajado para darse cuenta de lo bien hecho que está Logroño. Mire, la iglesia de Santiago, ¡qué hermosura de iglesia! Y la fuente del Peregrino, ¡qué fuente más oportuna! Y qué le voy a decir del frontón del Revellín, ¡qué pedazo de frontón! Y la calle Laurel, señor mío, ¡qué bullicio de calle! La tía Felisa despliega su batallón de loas con admiración sincera. Quizá debiera ser un poco más imparcial en sus juicios. Que, a causa de tanto canto laudatorio, algunos peregrinos se piensan que están a punto de entrar en una Alejandría rediviva y se llevan un ligero chasco. Claro que ella ya intentó ser más ecuánime, pero el remedio se le emponzoñó por meterse donde no le llaman. Que a la mujer se le ocurrió aprenderse alguna cosilla histórica sobre Logroño para no parecer una palurda y acabó esquilada de su atrevimiento. La memoria de la tía Felisa es infalible cuando recuerda la lista de la compra, pero en asuntos de reyes y fechas sufre serias limitaciones. Por mucha voluntad que ponía en sus discursos, se enzarzaba en una telaraña de siglos y de estilos artísticos de difícil salida. Y los peregrinos, que se les nota muy estudiados, le sacaban los colores con sus dudas. Que se ve que, escuchando los gazapos de aquella neófita historiadora, debían de ser muchas y muy grandes. Así que la tía Felisa se dejó de erudiciones y se pasó a las exclamaciones. Que le salen de dentro y son más efectivas.

La tía Felisa se esfuerza en indicar el camino correcto a los peregrinos. «Coja el sendero de La Grajera. No, de La Granjera, no. ¡He dicho de La Gra-je-ra!», les recalca con énfasis. Pone toda su alma en orientarles, pero la tía Felisa se lía con las calles. Se lía de buena fe. Ella les manda a una cafetería elegante del Gurugú y los peregrinos no dan ni con el Gurugú ni con la cafetería elegante por más que preguntan. El Logroño de la tía Felisa se está quedando fuera del tiempo. Con calles con Alzheimer, que no se enteran, o que no quieren enterarse, que han cambiado de nombre. Anclada en el pasado, su ciudad sigue siendo pequeña, sigue oliendo a ropa colada, sigue sabiendo a helado de vainilla de la Veneciana. Eso le sucede porque cada vez le produce más pereza subir a la capital. Aunque la distancia desde su casa es ridícula, la tía Felisa siempre ha dicho: «Subo a la capital». Es una frase corriente del barrio de San Antonio. Todos la dicen. Y a fuerza de decirlo, Logroño se ha ido alejando de verdad en la distancia. Hasta el puente de Piedra y el puente de Hierro parecen más largos con el paso de los años. Sobre todo, si se ha cumplido la edad de la tía Felisa. Las piernas ya no le responden como cuando era moza. A los peregrinos les pide disculpas por no acompañarles un trecho en su trayecto. «Me van a perdonar, pero tengo que hacer. ¡Buen Camino!».

Se despide la tía Felisa, se despide de ellos con pena, con una pena pasajera. Como si fuesen aves migratorias, ante las que uno tiene la certeza que, una vez pasado el frío, regresarán a sus nidos.

Pero aunque las piernas no le fallasen, la tía Felisa tampoco acompañaría a los peregrinos. El puente de Piedra le infunde un respeto medieval. Sabe que es una tontería, pero le

entra vértigo cuando lo cruza. El Ebro lleva tanta agua y agua tan oscura. Es un río triste donde ni la luna puede acicalarse. De pequeña, la tía Felisa bajaba con su cuadrilla a esconderse entre las choperas y a bañarse. En una ocasión, su mejor amiga, la Puri, se zambulló en el río y se encarnó para siempre en una náyade. La frase le quedó preciosa al párroco en el entierro, pero luego supo que las náyades no existen. Son recuerdos que no se olvidan. La tía Felisa está llena de recuerdos. Algunos, malos; otros, buenos. Como cuando estaba en la orilla jugando a contar pájaros y un señor barbudo, muy alto él, se abrió paso entre las nubes para preguntarle: «Niña, ¿por dónde se va a Santiago?». La tía Felisa, que entonces no era la tía Felisa sino la Felisilla porque no podía estarse quieta en ningún lado, se quedó muda del susto. Nunca había conocido hasta entonces a un gigante en persona. «Señor gigante», le contestó, «a Santiago no sé, pero a Logroño se sube por ese puente viejo». Ahora ella cuenta el suceso muriéndose de la risa. «Fue un milagro en toda regla», asegura. El caso es que el gigante le entregó una generosa propina por la indicación y la Felisilla le cogió el gusto a orientar a toda clase de criaturas despistadas que caían del cielo. Así que la costumbre de atender a los peregrinos le viene a la tía Felisa casi de niña. Aunque los chismorreos del barrio cuentan otra versión muy distinta, que debió de ser de chavala ya crecida cuando comenzó con esta manía jacobea. Y nada de nada de esa patraña de gigantes y cabezudos, sino que debió de ser por un mal de amores. Se rumorea que se enamoró de un peregrino alemán, rubio como la cerveza, que le prometió, cuando terminase de

recorrer el Camino, que volvería para casarse con ella. Pero, ya ya, el peregrino alemán no volvió. Y la tía Felisa, eso dicen, aún sigue esperándole.

Antes incluso que el barrendero comience la limpieza de la acera, la tía Felisa ya se sitúa puntual en su puesto. Envuelta en una manta, como una oruga. No falta ni un día. No guarda descanso ni los domingos. A no ser que caiga enferma con un catarro. Pero padece tan pocos catarros la tía Felisa. El barrendero la contempla con verdadero estupor. No sabe si es una loca o una santa. Y los obreros de las fábricas también la observan boquiabiertos detrás de las ventanillas de los coches. Pero ella ya sabe bien lo que se hace. No sea que pase algún peregrino madrugador y se quede sin sellar. Ella les sella la credencial con una seriedad de notario. Lo del sello de la tía Felisa tiene su polémica. Estampa sobre el papel esta inscripción original: «Higos, agua fresca y amor». La referencia a los higos y al agua fresca están claras. Pero ¿lo del amor?, ¿a qué viene lo del amor? «¿También da usted amor, tía Felisa?», le pregunta de vez en cuando algún peregrino malicioso. La tía Felisa, más rápida que el rayo, coge la indirecta al vuelo. «¡Uy, qué mal pensado es usted! Pero ¡qué mal pensado es usted!», se ríe comiéndose el aire y, sin dudarlo, se lanza a por el peregrino y le estampa un beso en la mejilla. «¡Claro que doy amor, mucho amor!». La tía Felisa es muy cariñosa. Y muy trabajadora. Si no fuese por su constancia incansable, las flechas amarillas serían grises. Últimamente, aunque es muy sufrida, nota que las fuerzas ya le flaquean y cada vez se queda más rato sentada en su silla plegable. Mirando los descon-

chados de la tapia del cementerio. Contando los pasos que le quedan para que la lleven a descansar junto a sus padres. Y hojeando las postales que le mandan los peregrinos cuando llegan a Santiago. ¡Cómo se acuerdan de ella todos sus hijos!

No se lo podía decir a nadie porque sentía como vergüenza. Pero la tía Felisa no conocía Santiago. Solo sabía de esta ciudad por las fotos que le envían los peregrinos. Y ella tenía una espina clavada ahí dentro, donde más duele. Se la arrancó hace pocos meses. Por fin, la tía Felisa estuvo en Santiago gracias a uno de esos viajes baratos que organiza el Imserso para la tercera edad. Ella no quería ir. Le parecía mal. Los peregrinos se desloman a pie y ella, como una señorita, en autobús. ¡Vaya jeta! Al final, lograron convencerla. Puso la misma cara de asombro que ponen todos los turistas cuando entran en la catedral. Pero lo que ella no sabía ni por lo más remoto era que sus amigas de la asociación de jubilados le habían preparado una sorpresa. ¡Qué harpías! ¡Qué calladito se lo tenían! Le regalaron una compostelana sellada con sellos de todos los albergues del Camino. La tía Felisa no quería aceptarla. «¡Que no, que no...! ¡Que yo no he llegado andando!». Todos le insistían para que la cogiese, pero la mujer se negaba, terca como ella sola. Hasta que un cura, que igual hasta era obispo porque le besaban la mano, le instó con educación pero también con firmeza: «No me haga ese feo, tía Felisa, que usted se la merece más que nadie». Esta frase le impresionó y la tía Felisa se guardó la compostelana en el bolso, junto al bocadillo de tortilla. Se debió de tirar todo el viaje de vuelta emocionada sin decir nada. Ella que habla más que un loro.

Aquella noche, escogió de la despensa las rosquillas más sabrosas; subió al piso de Amancio, y le pidió, si no era mucho pedir, que le leyese despacio lo que ponía en aquel diploma. Y cuando escuchó lo de: «En agradecimiento a la hospitalera, la tía Felisa, por tantos años de labor desinteresada en favor del Camino de Santiago», la mujer, la verdad, se quedó un poco mosca. «¿Hospitalera...? Amancio, así que soy hospitalera... Ahora me entero». Y la tía Felisa se echó a reír. A reír, como ella se ríe, como si estuviese en el circo. ¡La tía Felisa, hospitalera! ¡Con el miedo que le dan a ella los hospitales!

Once del sitio

*La aventura del pintor y pretendido espía
Geoffroy Voirgaze y su periplo con el capitán
de fusileros Ralph Flèche y el joven soldado
Bernard Selargie por el Logroño del sitio*

JORGE ELÍAS PALACIOS

2008

XXI Premio de Narración Breve De Buena Fuente

Tema: El sitio de Logroño

I

Dos horas más tarde, el enjambre de abejas zumbaba sobre sus cabezas anunciando la tormenta. El joven Bernard tartamudeaba nervioso mientras observaba, una vez más, al pintor Geoffroy Voirgaze desplegar con parsimonia los útiles sobre una manta en el suelo, sin preocuparse de otra cosa que de la perfecta colocación de carbones, trapos y pinceles. Por fin, sacó del bordón unas minúsculas pastillas de pintura envueltas en retales de seda, que ordenaba en función de la luz. Primero las azules si el cielo no dejaba ver el sol, las ocreas si no había ni una nube o, como era el caso, los bermejos si el calor pegajoso presagiaba un pronto diluvio.

—Hoy tampoco va a ser posible —dijo muy serio Geoffroy mientras miraba al trasluz un frasco de cristal—. Olvidé cambiar el agua y esta turbidez podría ensuciar los tonos y confundir a las tropas de Asparrot. Créame capitán que lo lamento.

II

EL TIEMPO que empleaban en caminar desde Viana a lo alto del cerro era un continuo imaginar las condiciones del día.

Miraban al cielo observando la velocidad de las nubes, el sentido del viento, y la posibilidad de lluvia. Si por el contrario el día estaba claro —que algunos hubo— se entretenían en formar una suerte de coro que fruto del aburrimiento había madurado durante la subida del Perdón. Normalmente era Geoffroy quien, con toda solemnidad, entonaba las cuatro primeras estrofas del popular canto jacobeo *Dum pater familias / rex universorum / donaret provincias / ius apostolorum* —y, llegado este punto, lo entonaban todos desde el final— *donaret provincias / rex universorum / dum pater familias*, en un círculo infinito, prolongando cómicamente las oes, hasta que llegaban a la cima del cerro o hasta que la presencia de otros peregrinos les hacía callar para no levantar sospechas.

La ruta de vuelta era, normalmente, mucho más silenciosa y tan solo las quejas del capitán Ralph Flèche sobre el incumplimiento del plazo y sus posibles consecuencias interrumpían el sordo ritmo de los pasos.

III

LA OBLIGATORIA asistencia a maitines y a vísperas forzaba al trío a madrugar para estar de vuelta antes del cierre de la muralla. Empleaban las horas de luz en acercarse al cerro haciéndose pasar por abnegados peregrinos y, una vez alcanzada la planicie de su cima, iniciaban el pequeño despliegue táctico necesario para la realización de un plano detallado de la ciudad de Logroño y sus accesos.

Este encargo, que no debería haber tomado más de tres jornadas, se convirtió en costumbre después de que la obsesiva meticulosidad de Geoffroy venciera a la lógica del militar. Así fueron olvidando la estrategia en la discusión, en beneficio de la perfección artística. El dibujo debería haber estado en manos de la Plana Mayor de Asparrot hacía más de doce días y la férrea insistencia del capitán durante las primeras jornadas fue cediendo de forma paulatina hasta dar paso a una plácida rutina: seguro de la victoria, ya soñaba con asediar murallas más altas de piedra blanca.

IV

TRES DÍAS de intensa lluvia llenaron de conversaciones el tiempo entre los oficios religiosos. La más celebrada y recurrente era la que versaba sobre los infinitos tesoros que arriesgados navegantes traían de las Indias a la Corona española, y el descubrimiento de nuevas y ricas tierras. También era frecuente la que hacía relación al rumor de la presencia en Logroño de una inquietante pareja de indígenas de la mano de un mercader de joyas sevillano, aunque, sin duda preferían charlar entusiasmados sobre el caluroso recibimiento de las tropas francesas en Pamplona. Y así hasta sexta, nona o completas.

De tanto en tanto, un más que inquieto Bernard asomaba la cabeza o sacaba la mano por el ventanuco del hospital o movía los dedos en forma de tijera para detener las gotas que caían del techo.

—No le llames verano hasta el diez de junio —dijo Geoffroy riendo mientras derramaba una jarra de agua sobre la cabeza del joven.

v

EN UN intento de asestar un certero navajazo en la yugular del tedio, el trío acudió a la iglesia de Santa María el quinto día de lluvia. El anciano sacerdote se sorprendió de la presencia de los tres peregrinos tan temprano, mientras que ellos rezaban en voz baja en un latín afrancesado, esperando el momento del canto del «*Dum pater familias*», interpretado con el habitual virtuosismo, pero sin gorgoritos para no llamar la atención.

Bernard, todavía emocionado por el perfecto sonar de las voces en el interior del templo, tuvo la mala fortuna de tropezar con el segundo escalón y dar con sus huesos en la calle principal. Recuperada la verticalidad, y cubierto de barro, fue conducido hasta el hospital donde, antes de despojarse del sayón, un Geoffroy fuera de sí al ver los claroscuros del paño, le pidió con un gesto que no se moviera.

La espera duró unos segundos mientras el pintor sacaba aceleradamente tres pinceles del pequeño hatillo. Sobre el hueco del hogar, trazó unas líneas con el carbón y mojó el más grueso de los pinceles en la camisa de Bernard. Cerrando los ojos, comenzó a pintar empleando como pigmento el barro que empapaba al joven, con absoluta perfección en los detalles, creando distintas tonalidades de ocre ya lo tomara

del rostro, del sayón o de sus sandalias. Ralph, reconociendo en el muro el perfil exacto de la ciudad, no podía creer lo que sus ojos veían.

Al poco de encender el fuego, el calor secó la pared, desprendiéndose el barro y quedando tan solo unos trazos negruzcos. Bernard y el capitán no pudieron evitar soltar una lágrima.

VI

EL LUNES amaneció por fin despejado. Tras el oficio partieron cantando por el camino, muy reblandecido por las lluvias, aprovechando pedreros y pinares para ganar tiempo. Tras un buen rato de idas y venidas por el borde del altiplano que daba al río y junto a unas ruinas, el pintor se detuvo. Fijó sus pies de forma paralela sobre un charco, entornó los ojos y, sin volverse, extendió el brazo derecho en cuya mano Bernard depositó el catalejo. Era el lugar.

Las delicadas trazas de carbón dejaban ver las líneas maestras de la ciudad. Discutieron sobre perspectiva, color y distancias de forma tan acalorada como jerarquía y educación permitían. La mano de Geoffroy definía con precisión cualquier detalle: el número de ventanas en las torres, de saeteras en las defensas, de puntos de guardia en el castillo y hasta de arbustos en las riberas. Pero quiso también el destino que una tan inoportuna como breve tormenta humedeciera en exceso el papel, observando el pintor con desesperación como los goterones diluían trazos y colores, aguando también de paso la última esperanza de Ralph de ver realizado el plano.

UNA VEZ más, la lluvia retrasó la salida del hospital. Unos rayos de sol a media mañana les animaron a subir al cerro y, tal y como Geoffroy imaginaba, contemplaron el brillo de las paredes mojadas de las torres de Logroño.

Discutieron la oportunidad de dirigirse más al este, aprovechando una loma que descendía hacia el puente, para lograr una perspectiva más frontal del castillo, y con ello una vista mucho más perpendicular al sol. Así, comenzaron un recorrido en el que, lejos de la protección del cerro, podían ser fácilmente descubiertos por los vigías.

Un abrigo del terreno les proporcionó un lugar adecuado para repetir, una vez más, el rito del despliegue de pinceles y colores. La luz era perfecta y mejoraba a medida que el sol iba cayendo. Geoffroy comenzó a trazar con los carbones el boceto del dibujo y Ralph, por primera vez, adivinó satisfacción en el rostro del pintor que, al sentirse observado, aseguró:

—Podría hacerlo de memoria, no lo dude capitán.

El sol proyectaba rayos cada vez más horizontales y la visión de la ciudad rozaba la perfección. No fue esta vez Geoffroy quien dio por terminada la jornada, sino el temor de Ralph de llegar a Viana con la muralla cerrada. De camino urdieron un plan para observar la ciudad de noche, volviendo al mismo abrigo que acababan de abandonar. Pese a su inexperiencia, Bernard fue el elegido para acompañar al pintor, por ser el único capaz de defenderse en castellano más allá de pedir comida y vino.

VIII

SEGÚN LO planeado, el joven Bernard abandonó el hospital so pretexto de rezar una piadosa vigilia en el altarcillo abovedado a los pies de la muralla, siguiendo sus pasos devotamente el pintor. Se dirigieron, tan rápido como les permitían los sayones y el barro del camino, hacia la cima del cerro. La imagen de la ciudad, tal y como habían imaginado, no decepcionaba. Brillante por las hogueras, iluminada por los reflejos de la lluvia y con un espléndido agujijón en forma de infranqueable puente.

Para pasar la noche en el cerro traían los ropajes de Ralph, mucho más corpulento, por lo que sentados y envueltos en el capote del capitán semejaban, en palabras de Bernard, una piedra negra dentro de un pozo. De noche cerrada sintieron la llegada de la avanzadilla del ejército de Asparrot, que comenzaba a ocupar el alto del cerro. El sonido metálico de armaduras y caballerías se transformó en estruendo a medida que pasaban las horas y tiendas, tenderetes, pabellones y tinglados se levantaron ordenados. Cruzaron sus miradas y sintieron miedo.

Al amanecer del día 25 de mayo, cuando el campamento había sido montado casi en su totalidad, Geoffroy vio cómo una docena de soldados sacaba maniatado al capitán Ralph de la tienda de Asparrot. El pintor besó su crucifijo y, por señas, ordenó a Bernard que le acercara su hatillo. Luego cerró los ojos.

IX

EL GIGANTESCO campamento de las tropas francesas ocupaba las dos orillas del río. Hacia el norte se plantaban las tiendas de caballería, los tinglados de víveres y, más apartado hacia saliente, el polvorín. En la ribera sur, la que habían cruzado optimistas por el vado de Varea, las compañías de fusileros y aquellos encargados de las piezas de artillería.

El eco llevaba al cerro los disparos de uno y otro bando interrumpidas por las sordas explosiones de cañón. El viento traía el murmullo de voces de los defensores y también dejaba en el aire olores de pólvora y humo, que cerraban el escenario de la batalla. A veces por la mañana se levantaban cubiertos de cenizas. La rutina del sitio también tenía horario, marcado por el tañido de campanas, y así tanto unos como otros cesaban en oración y fajina. También tocaban lánguidamente a muerto por las tardes.

Como un trágico presagio, Bernard se estremeció al ver las gotas de lluvia dejar largos trazos rojizos sobre la arcilla del cerro. Luego vio en la otra orilla, tras una escaramuza, los primeros cadáveres. Y también trabajar a la compañía encargada de su enterramiento.

X

DÍAS DE sitio más tarde, desanimados tanto por la inesperada resistencia de la ciudad como por las continuas lluvias,

las tropas francesas comenzaron a demostrar el cansancio que marcialmente habían ocultado. Asparrot, arrebatado por la noticia de la llegada inmediata de las tropas del duque de Nájera, ordenó un nuevo ataque sobre el lienzo de muralla del convento de San Francisco, sobre el que se observaban las profundas cicatrices de la artillería. El último intento francés antes de la rotura del cerco.

Ocultos en la otra orilla del río y ajenos a las decisiones del general, Geoffroy y Bernard observaban absortos las operaciones, como lo habían hecho todos los días desde que comenzara el sitio. Desde el primer día se alimentaban de un pan negro racionado y de agua de lluvia —ahora ya solo de agua—, y también desde esa fecha intentaban obtener lo que el pintor denominaba «la única imagen cierta» de la batalla. El instantáneo fulgor de las explosiones, las hogueras de los campamentos, el brillo de cascos y armaduras y los reflejos de las llamas en el río sedujeron al pintor desde que el ejército del general francés rompiera la calma de la ribera.

Una mañana por la lluvia, otra por el sol; ya por la falta de orden en la colocación de las piezas de artillería o por el desaliño de los fusileros en su acoso a la entrada del puente; bien porque la torre afilada dejaba caer su sombra sobre el edificio en llamas o porque las cabezas de los defensores no asomaban lo suficiente por encima de la muralla, la realización del cuadro se posponía día tras día.

Así se hizo de noche el 10 de junio.

AUSENTE DE la desbandada que intentaba ganar el norte del cerro detrás de la caballería, Geoffroy volvió la cabeza. Las hogueras iluminaban las torres del puente creando dramáticos claroscuros, aguas abajo humeaban los muros del convento y hacia poniente eran las luces del ejército de Antonio Manrique las que ocupaban el llano por donde los romeros caminan hacia Santiago. Todo el paisaje se reflejaba en el río, que parecía rojo.

Volvió la vista por última vez, lamentando no tener tiempo para un último apunte, e inició el descenso entre viñedos. A los poco pasos se detuvo y sonrió con la vista fija en el perfil de Santa María por encima de las murallas de Viana.

Bernard reconoció con pena el gesto del pintor.

—Hoy no será posible. Hay demasiada luz para una noche todavía de primavera dijo el joven, no sin retintín y en voz muy baja, mientras apretaba el lienzo, protegido en el interior de su jubón en el que el Geoffroy había inmortalizado la ejecución del capitán Ralph Flèche.

La inauguración

MIGUEL MERINO NAVAJAS

2009

XXII Premio de Narración Breve De Buena Fuente

Tema: Puente de Hierro de Logroño

Eliseo Herce había nacido por dos milímetros. La bala que surcó de nalga a nalga el trasero de su padre había pasado rozando la columna vertebral de don Emilio Herce, quien durante años se jactó ante los clientes de su bar de que el mismísimo Zumalacárregui fuera el autor del ajustado disparo, a pesar de que las malas lenguas, que nunca escasean, aseguraban que a la escopeta de un marido celoso de Monjardín le faltaba desde aquella noche un cartucho. Sea como fuere, la verdad es que los cachetes de don Emilio debían de ser de los más bonitos del hospital, pues tras cuatro meses de sufrido reposo con la cara aplastada en la almohada su enfermera quedó prendada de él, y de la contienda salió don Emilio casado y tabernero, gracias al bar que pudo abrir en la calle Mayor de Logroño con la pensión que le correspondió por herido de guerra.

De eso hacía ya mucho tiempo, y Eliseo se acostumbró desde mozo a mirar el mundo desde detrás de la barra. Ya rondaba los cuarenta y era grande como un oso, pero con cara de niño. Vestía siempre con camisa roja, los dos botones superiores desabrochados, y con su inseparable trapo al hombro. Había aceptado su destino de tabernero con ese fatalismo optimista tan logroñés. Las cosas son como son, y para qué vamos a disgustarnos. Disfrutaba con su trabajo, le

gustaba bajar a la taberna desde su casa y repetir las tareas del día anterior, partir unas astillas para encender la estufa, aforar las cántaras de vino, repasar los vasos, preparar los aperitivos. Su vida era fácil y monótona, que no aburrida, y mucho menos en jornadas como esta, 18 de diciembre, festividad de la Virgen de la Esperanza, patrona de la ciudad, día que habían elegido además para inaugurar el nuevo puente sobre el Ebro.

Don Andrés ascendía Mayor arriba con paso torpe y apresurado, como el vuelo de las cigüeñas. Como siempre vestía elegante y distinguidamente, acompañado de bastón y sombrero, disimulando los remiendos del traje como mejor podía. Poco antes de llegar a la altura de la taberna deceleró el ritmo e intentó recomponerse; no quería que sus coparroquianos adivinasen en sus gestos ninguna señal de ansiedad que pudiese restar esplendor a las noticias que traía. Abrió la puerta y todo lo que vio fue al gato junto a la estufa, que le miraba perezoso con un ojo cerrado y otro abierto. Dudó si entrar y esperar o volver a rodear la manzana para lograr la entrada triunfal con la que venía soñando desde que el alguacil del Ayuntamiento le reveló las novedades acerca de la inauguración.

—Entra o sal, pasmarote, pero cierra la puerta, que se escapa el gato. —Aludido, el cuadrúpedo miró hacia Eliseo.

Don Andrés trató de restaurar su figura, se estiró las faldas del chaleco y cerró la puerta lentamente.

—Buenos días, Eliseo. ¿Aún no han llegado estos?

—Pero si Santiago aún no ha dado las once, hombre de Dios. No sé qué prisa traes. ¿Tomas algo?

Don Andrés se sentó junto a la estufa, rodeando la mesa para evitar pasar junto al felino, que ahora le miraba curio-

so, y comenzó a remover el café con leche con la cucharilla. Hacía ya años que frecuentaba el bar de Eliseo, desde que en el Casino habían rebajado terriblemente las exigencias de admisión y cada tarde se llenaba de grupos de chicos jóvenes y ruidosos que no paraban de jugar a las cartas entre gritos y copas de pacharán. Además Eliseo cobraba el café y el vino a la mitad de precio.

La puerta se abrió para que entrase Francisco, un joven fornido y risueño que, como buen riojalteño, gustaba de canalizar sus conversaciones entre dichos y refranes. Ahí se sentía a gusto, ahí pisaba tierra firme.

—Buenos días por la mañana. Don Andrés, le hacía yo en misa.

Francisco había bajado de Ollauri a trabajar en las bodegas que el marqués de Murrieta había construido en su finca de Ygay. Disfrutaba del bar de Eliseo desde el primer día que llegó a Logroño, y de hecho presumía de no haber estado en ningún otro de la ciudad. «¿Para qué —solía preguntar, guiñando el ojo derecho e inclinando la cabeza hacia el lado opuesto—, si nadie escabecha las sardinas como Eliseo? Ya se sabe: aguadores y taberneros, del agua hacen dineros». Pidió un tinto y se sentó junto a don Andrés, no sin antes tratar de enganchar al gato, que nada más verle entrar ya había engordado el rabo y pasado a posición de alerta.

—La misa empieza a las doce, ya deberías saberlo. Además creo haber dejado claro en esta mesa que no soy partidario del nuevo cura.

—Es usted un anticuado. ¿A qué hora inauguran el puente? —preguntó Francisco, y a don Andrés se le iluminaron

los ojos, pero supo frenarse, no sin esfuerzo, y esperar a que llegase el resto.

Agustín y Nisio llegaron juntos, como siempre. Ambos habían nacido en el mismo año, estudiado en la misma clase de las Escuelas Viejas y obtenido la plaza de funcionarios del consistorio el mismo día. Incluso guardaban un relativo parecido físico, lo que había despertado la curiosidad de algún vecino y las bromas del riojalteño Francisco —quizá demasiado frecuentes— sobre cierta cornamenta de cierto padre. Pidieron dos vinos con un rápido movimiento de cejas y se sentaron junto a los otros dos. Vaya cuatro patas para un banco, pensó Eliseo, mientras a don Andrés comenzó a temblarle la mandíbula de excitación.

—No se inaugura el puente —gritó aliviado, pues la noticia le estaba ya quemando el pecho.

Los otros tres le miraron sobresaltados con una mezcla de asombro y curiosidad, casi espantados, sus movimientos congelados como en una fotografía. Desde la barra a Eliseo se le había caído el palillo de los labios y hasta el gato miraba con avidez a don Andrés, con las orejas hacia atrás, como si viese un ratón gigante sobre el que fuese a saltar en cualquier instante. Ya restablecido del éxtasis, y como sus compañeros no reaccionasen, don Andrés repitió la nueva:

—No se inaugura el puente.

Y esta vez lo hizo tal y como lo había diseñado al principio, lenta y gravemente, con las palmas de las manos sobre la mesa, mirando a los ojos de sus compañeros, repartiendo entre los tres la frase, como tres perdigonazos: «No - seinaugura - elpuente». Complacido, se recostó en la silla y apuró su café.

Eliseo atizó las brasas del fondo de la estufa e introdujo un leño nuevo.

—¿Estás completamente seguro de que esa historia es real? —preguntó Nisio—. No me lo puedo creer, pero si para la ocasión ha venido hasta el obispo de Calahorra, que últimamente no se movía de allí ni para pedir dineros.

—Completamente seguro —repuso muy digno don Andrés.

—¿Pero dónde lo han encontrado? ¿Y dónde lo han metido? —inquirió Agustín—. ¡La que se va a armar!

—Os lo repito, no faltaba más. Eliseo, ponme por favor otro café. Esta mañana, mientras Eustaquio, el alguacil, que como sabéis es muy amigo de la familia, ya su abuelo y mi padre...

—Al grano, don Andrés. Por el amor de Dios.

—Mientras Eustaquio, os decía, estaba haciendo la ronda matinal por el Ebro Chiquito se ha encontrado un bulto tirado entre las hierbas y, al acercarse, ha visto con sorpresa que era Alfonsín, el de Soria.

—Se veía venir —bufó Nisio, golpeando la mesa con la mano abierta—. Si el día que no estaba borracho estaba bebido. A nadie sorprendió que lo acabasen despidiendo.

—¡Pero si es que precisamente lo trajeron a Logroño para trabajar en la construcción del Puente! —bramó Agustín—. ¡Y ahora se le ocurre hacer esto!

—Sorianos, perros y gatos son animales ingratos —sentenció Francisco.

Eliseo recibió al vinatero, que se llevó cuatro cántaras vacías y repuso otras tantas. Nisio paseaba en torno a la estufa, obligando al gato a seguirle con un movimiento de cuello más

propio de un búho o un girasol, Agustín miraba ensimismado un calendario colgado de una punta y don Andrés se perdía en el fondo de su taza de café. Francisco les miraba sonriente; se lo estaba pasando en grande.

—Vamos a ver —retomó calmadamente Nisio, mientras rascaba el leño que ardía en la estufa—. ¿Pero están seguros de que las tuercas y los tornillos son los del puente? ¿No pueden ser los sobrantes?

—Imposible —respondió don Andrés con solidez—. Recuerde la promesa de la constructora, la Maquinista: «Ni un tornillo de menos, ni una tuerca de más, es la clave de un presupuesto ajustado». Alfonsín, seguramente animado por el coñac, ha querido vengar su despido sabotando la construcción de nuestro esperado puente. Como capataz de las obras conoce mejor que nadie cada centímetro del entramado.

—Pero ¿y qué dice el infeliz? ¿Dónde está metido? —preguntó todavía atónito Agustín.

—Se ve que, entre el hielo de la noche y la borrachera que llevaba, pisó mal y cayó al fango. Como saben, la altura es considerable, ocho metros dicen que tiene, nada más y nada menos...

—Abrevie, don Andrés.

—Pues nada, que sigue inconsciente, bien sea por el golpe o por los excesos etílicos. Así que poco ha podido contar.

El cuarteto quedó en silencio, reflexionando. Don Andrés hizo amago de retomar la explicación, alzando hasta media altura la mano con el índice extendido, pero decidió que había logrado relatar los hechos de forma entretenida y concisa

y quedó callado, posando con disimulo la mano para teclear el mármol de la mesa.

—Yo voy a ver qué pasa —resolvió decidido Nisio.

—Espere —rogó apurado don Andrés—. Solo las más altas autoridades conocen la noticia, y si yo he informado a ustedes mis amigos de tan graves hechos es porque confío completamente en su discreción.

—Algo habrá que hacer, ¿no? —se preguntó Agustín.

Sonaron doce campanadas.

—Otro día sin ir a misa —se lamentó el funcionario.

—Es primero y principal ir a misa y almorzar; mas si se tiene prisa, bien se puede dejar la misa —rezó Francisco mientras apuraba su vaso de un trago.

—Me voy —decidió Nisio—. Solo falta una hora para la inauguración, y estoy seguro de que en el Ayuntamiento estarán decidiendo qué se hace.

—Es buena idea —accedió don Andrés—. Pero sea discreto.

El bar comenzó a llenarse de hombres que habían aparcado a sus esposas en la vecina iglesia de Santiago y hacían tiempo para ir a la inauguración, ajenos a la amenaza de derrumbamiento. Eliseo llenaba vasos, repartía raciones y cobraba consumiciones. Ahora le ayudaba su hija Teresita, una joven graciosa y de buen porte, engalanada para la ocasión con un vestido un tanto infantil.

—Esta chica confirma a Darwin en sus teorías —se le escapó a Agustín, que miraba a Teresita y su padre trabajar en la barra.

—¿El de la evolución de las especies? —preguntó don Andrés, extrañado.

—Sí. —Agustín asintió con una inclinación de cabeza—. Lo que pasa es que esta chica avanza seis generaciones del tirón.

Los dos rieron con complicidad. Francisco, que no entendió el chiste pero sí la complicidad, reía también. Eliseo les miraba con suspicacia mientras despachaba unos tintos. El gato dormía.

—La verdad es que es un puente bien feo —soltó confidencialmente don Andrés—. Sí, no me miren así. ¡Pero si parece un puente de ferrocarril! Donde esté la sobriedad y elegancia de la piedra... ¿Se acuerdan del reflejo del viejo puente en el río al atardecer? Parecía que al Ebro le salían ojos para mirar la ciudad. Y que conste que para mí no hay edificio con mayor simbolismo que un puente: una construcción que une dos mitades, un nexo entre dos mundos, el ingenio del hombre por comunicarse, por superar barreras... ¿Se han fijado ustedes en que todas las grandes ciudades de la civilización están atravesadas por un río? Ahí tienen París, con el Sena; Londres, bañado por el Támesis; Budapest, Praga, Roma, Francfort... ¿y qué decir de Venecia?

—No sea cursi, don Andrés —protestó Agustín—. ¿Para qué leches queremos en Logroño tanto puente? Del norte solo nos llegan calamidades: mendigos, bandidos y carlistas. La ciudad se ha de extender hacia el sur y olvidarse del río, que no trae más que suciedad y humedad. ¡Por ese puente ha de entrar la filoxera! Y si no, al tiempo.

—No sea cenizo, hombre. —A Francisco se le había caído la sonrisa de la cara—. A la bicha ni mentarla.

El gato bostezó con desesperación. A continuación se estiró con deleite, primero las patas delanteras y después las traseras, y siguió durmiendo. Nisio llegó acalorado y, sin siquiera quitarse el abrigo, corrió hasta la mesa.

—¿Qué le han dicho? —solicitaron al tiempo los tres medio incorporados en sus sillas.

—La que se está armando: llevan toda la mañana buscando de dónde quitó el maldito Alfonsín los tornillos, y nada. ¡Con tanto entramado! Y encima el soriano se ha fugado, supongo que no sin un buen dolor de cabeza, así que a ver quién narices encuentra ahora las juntas sin atornillar.

Nisio se quitó la boina y el abrigo, los dejó sobre una silla y bebió un trago largo de vino del vaso de Agustín, que no se atrevió a protestar.

—Hay dos bandos bien diferenciados —continuó tras secarse los labios con la manga de la chaqueta—. Por un lado está don Fermín Manso de Zúñiga, que ya saben que es el ingeniero que diseñó el puente, y el gerente de la constructora, que dicen que en estas condiciones no se debe estrenar bajo ningún concepto, ya que el edificio tiene once tramos de treinta metros, lo que ellos denominan tableros, y estos descansan en un complicado conjunto de nervios. Si cojea algún tramo, se viene todo abajo. Por otro lado están el alcalde y los concejales, que quieren que el puente se inaugure a toda costa, y que sostienen que ya se encontrarán las faltas, y que por unas cuantas tuercas tampoco va a pasar nada. Como estos son los que mandan, el puente se va a inaugurar, y don Fermín se ha ido a su casa maldiciendo a «políticos y chupatintas», y estoy citando sus palabras.

—Administradorcillos, comer en plata y morir en grillos —apuntilló Francisco, que recibió las miradas fastidiadas del resto.

—Ahora —retomó Nisio— el problema está en quién inaugura el puente. En un principio se había programado que una comitiva formada por la banda de música, la corporación municipal y el obispo y los sacerdotes fuese la primera en cruzarlo, pero el director de la banda ha comentado, no sin buen tino, que quizá fuese arriesgado introducir tanto peso en la estructura, especialmente después del accidente de la barcaza que cruzaba el Ebro, en la que se incluyeron músicos e instrumentos para equilibrar el peso de los militares, como recordaréis. Descartada la opción, los concejales han apuntado modestamente que ellos bien poco han intervenido en la realización del proyecto, y que muy justo sería que el mismo alcalde dirigiese el acto y recibiese todo el protagonismo, sobre todo ahora que se acercan las elecciones. El alcalde les ha agradecido la propuesta pero con el mismo recato ha sugerido que fuesen los dirigentes religiosos los que disfrutasen de tal honor, ya que al fin y al cabo estamos en el Día de la Esperanza, y que no todos los días recibimos la visita del señor obispo. Y el prelado, que llegaba en ese momento desde la iglesia de Santiago, ha dicho que a otro perro con ese hueso, que si querían él bendecía el puente, pero desde lejos.

Consternados, los cuatro amigos cabeceaban rítmicamente en sus asientos, asimilando los hechos y quizá tratando de imaginar lo que iba a suceder. El gato, apoyado en sus patas traseras, intentaba aprovechar el descuido para robarles una an-

choa del plato. De pronto, sonaron a lo lejos cohetes y notas de música, acompañados de la algarabía popular. El bar se había vaciado. Aterrados, los cuatro amigos se miraron en silencio unos a otros. Desde la barra, Eliseo les miraba inquieto.

—A lo que no tiene remedio —concluyó Francisco, girando sobre sí mismo y con el dedo en alto—, cuartillo y medio. ¡Eliseo!

Auto en escarlata

FERNANDO BENITO LABARTA

2010

XXIII Premio de Narración Breve De Buena Fuente

*Tema: Proceso inquisitorial y auto de fe celebrado en 1610
contra las brujas de Zugarramurdi*

«Existe, Dr. Watson, una hebra roja en la madeja...».

SHERLOCK HOLMES (*Estudio en escarlata*)

• Salazar y Frías? Claro que lo conocí. Y caminé a su lado: recorrí con él todos los pueblos de la cuenca del río Ezcurrea, el valle del Baztán y las Cinco Villas. Hotz: así lo llamaba yo. Podría pasarme la noche entera contándole las aventuras que aquel periplo nos deparó, y me faltaría tiempo para mencionar todas las buenas disciplinas que de su lúcido entendimiento aprendí para la vida. Pero es tarde, y el tabernero no ha de darnos tanto cuartel. Apuremos esta jarra, y ya le contaré mañana, que no es historia que pueda narrarse con cuatro voces y aprisa.

Aunque eso pensé yo, que sería breve mi empresa, cuando Juan de Barrenechea, notario del Santo Oficio, me llamó a su presencia. Dado que de mis tiempos de milicia no quedaba ya sino la cojera que me hermana con este bastón, pensé que serían mis conocimientos en medicina los requeridos. Me equivocaba: quería encomendarme que hiciera de intérprete en la lengua vascongada para un inquisidor que llegaba de Logroño a administrar un edicto de gracia. Se me antojó aquello

cosa de dos ratos, y pensé que los pasaría por despachos y parroquias, traduciendo plegarias y rezando besamanos. Volví a errar, y pude barruntarlo según bajó el inquisidor del carruaje en Santesteban.

Esperaba encontrarme un clérigo oscuro tocado de bonete, de reseca tez y polvorientas maneras, pero descendió con un ágil salto desde el pescante un curioso personaje, ataviado como si su tarea en aquellos montes fuera la de cazar gamos. En unos días ya quiso aclarármelo: «A cazar venimos, Vasco: fantoches, bulos, falsedades». Llevaba una extraña gorra, que me pareció acertada para las lluvias de Vera y Baztán, y pendía de sus labios un artefacto que, por ser el primero que vi, me produjo gran sorpresa: una pipa de caolín, con la cazoleta cubierta, en la que fumaba tabacos que provenían de Indias. A día de hoy, que es canónigo en Jaén, tendrá la provisión segura, o eso le deseo, bendito sea.

Don Alonso de Salazar y Frías no era un inquisidor al uso. Venía de instruir el auto de Logroño junto con Becerra y Valle Alvarado, dos colegas cuyo rígido y torticero juicio llevó a prender las hogueras. Salazar no anduvo de acuerdo con ellos, ni en el proceso ni luego, que no se ahorró pesar ni labores en que la Suprema le permitiera administrar aquel edicto de gracia, para aventar falsedades y que la razón se impusiera. Al querer saber mi nombre y decírselo yo, Zuzaitz Dendarieta, se le hizo la pronunciación costosa, y vino a llamarme, allí y para siempre, Vasco. «No es desprecio por tu nombre, sino que la tarea es grande y el rato no ha de sobrnos. Habiendo servido como médico en el ejército, sabréis valorar el tiem-

po». Yo le pregunté cómo podía saber esos datos que no le había confiado. «Elemental. Me recibisteis juntando vuestros talones, aunque la lesión de la pierna, que pudo ser en batalla, os lo dificulta. Como no tenéis la altura que en los tercios se estipula, debisteis de ser sanitario. Y esa chaqueta irlandesa... ¿Kinsale, quizá? A las órdenes de Juan del Águila».

No pudo dejarme más pasmado. Como el tiempo demostraría, aquellas capacidades suyas de observación y análisis resultarían imprescindibles para llevar a cabo el proceso que le ocupaba. Para acabar con la quema de brujas hubo de mostrarse inmune a cualquier prejuicio, y frío frente a los rumores. Así empecé a llamarlo: Hotz, «frío» en mi lengua, rasgo presente en su carácter y en su segundo apellido. Le vino en gracia, celebró que los dos nos bautizáramos y, tomando propiedad del nombre, acostumbró a firmar las instrucciones en las que me anticipaba las labores del día con dos iniciales: S. H.

La primera tarea no se hizo esperar. Esa misma noche debíamos investigar el hurto de despojos humanos en el cementerio de Arraioz que, según interrogatorios del comisario de Vera, eran trapacerías de brujas para hacer ponzoñas y bebedizos. No me parecía de gusto visitar ciertos lugares en semejantes horas, y menos con el aguacero que el cielo tramaba, pero Salazar no dio tregua y, tras la cena, partimos. La lluvia que arreciaba desde que salimos a pie de la aldea, como si toda la furia del infierno se hubiera conjurado en las nubes, venció por fin la titubeante resistencia de la antorcha y nos tragó la oscuridad. Creí que el valle entero había abierto su garganta para que rodara por ella mi entendimiento, y el mundo, por

un momento, era un negro y profundo agujero. Sentí recorrer mi espalda un lametón de la noche, ese manantial de hielo de donde brotaba el miedo, pero retuve el escalofrío apoyándome en su capa. «¿Tiemblas? No tengas temor —me dijo—, la vista se acomoda a las tinieblas si le damos tiempo, como el criterio. Mira, la Luna asoma». Cierto. La Luna buscaba un inesperado claro para atisbarnos, iluminar los jirones de bruma que coronaban los montes, y desvelarnos el pequeño cementerio que se acurrucaba ladera abajo. La blancura espectral que mostraban así las desordenadas lápidas del fondo no confortó mi ánimo, sino que me empujó a arrebujarme más en mi compañero. No contaba él con bastón como yo para apoyarse, así que mi acercamiento lo llevó a perder pie, y cayó rodando por la pendiente, levantando a su paso un oleaje en el helechal que la tomaba, que temí fuera a tragarlo. No fue tal, sino que se alzó tras el último brinco de su agitado descenso, tomó posesión entre las tumbas abiertas como si conquistara el sitio, sacó de su bolso la pipa y, tras rastrear como un sabueso el terreno, gritó: «¡Tal como pensaba! No hubo profanación, ni mercadería de muertos, ni manejos de *sorginak*, fue el río en su crecida quien abrió los túmulos».

La osadía de aquel hombre me asombraba. Y nadie podría en justicia poner en duda mi veteranía en negocios de aventura, porque llegaba ya curtido de peligros. Pero, entiéndame, eran tiempos sombríos, se sentía la noche en el campo poblada de presencias, y los cuentos de sortilegios volaban de boca en boca. Usted no conoce Baztán. Es un valle hermoso. Las faldas de los montes, con suave inclinación y hondona-

das apacibles, están tapizadas de musgo y pastos, tupidas de helecho y brezo, salpicadas de rústicas maderas con las que el hombre certifica sus predios. Los almiarés de paja, que se apila en torno a varas, parecen seres panzudos que vigilan el silencio. El mugido de una vaca y el manantial escondido ponen voces a la paz que puebla la noche en los montes. Allí conviven, desde antaño, las presencias naturales con los más ancestrales ritos. Es una tierra de magia, no son necesarias brujas para que su hechizo te atrape. Pero en aquellos oscuros días, el miedo tomó las aldeas. Ni el más recio contuvo el temblor ante el clamor de denuncias que inundó los consistorios. Se acusaba al vecino, al pariente, al conocido. Algunos clérigos de aldea azuzaron el fuego, y no pocos civiles, y hasta los niños presentaban delirantes testimonios contra sus familias. Mujeres que parían sapos tras su coyunda con el diablo, lúgubres fiestas de prado donde se despedazaban cuerpos, conjuros trenzados en cuevas que surcaban la noche en el valle hasta encontrar la rendija en tu puerta, y ver malparir a tu oveja, descarnarse a tu mujer, enloquecer a un hermano. ¿Cómo no temblar? ¿Cómo no perder la calma cuando la vela se apaga y los susurros del monte se acercan?

«No hay fruto que prenda más fácil que el miedo —solía decirme Hotz—. La semilla la llevamos todos, y se encarga de regarla la persona interesada, el iluminado fanático, y algunos infelices que, por hallar popularidad o reconocimiento, son capaces de inventar aberraciones».

Le asistí como intérprete en cientos de interrogatorios, y le vi desplegar sin desánimo su habilidad deductiva que, con

dos preguntas, descosía las fábulas por su costura más débil. Los manejos de observador, que se me hicieron patentes no bien conocerlo, le permitían ver el andamiaje de bulos y supercherías que sostenía aquel enredo. Y, cuando un suceso no se esclarecía a su gusto, optaba por visitar el escenario a la hora en que se barruntaba función, sin reparar en peligros ni trampas. Así, hube de cruzar la noche por veredas que me escarchaban la sangre. Pero es tarde y la jarra casi se nos acaba, ya le contaré mañana.

Como me decía él: mañana, mañana te cuento lo sucedido en Logroño, siempre otro día, pues no parecía capítulo de su agrado. Pero insistí tanto y tan fuerte que una tarde, encendiendo su pipa, me dijo: «No fue aquello sino el acto final de una farsa sin anclajes ni sustento, el último capítulo de textos engañosos y malsanos como el *Malleus Mallificarum*, ecos de Pierre de Lancre que llegaron de Francia, aventados por voces como los comisarios de Vera y Lesaca, personas de pocas luces que mejor se estuvieran quedos. Y los hay otros peores, que ni quietos los quisiera, como don Pedro Ruiz de Eguino, el inquisidor que me precedió en estas tierras: un comisario terrible que, por medrar en el estamento, enzarzó a su antojo a testigos y denunciantes, obtuvo confesiones cruentas y torturó sin piedad a quien contradijera su juicio. Es posible que llegues a conocerlo, pues amenazó con visitarnos para comprobar mis métodos. De mis colegas, los inquisidores Becerra y Valle, es mejor no mentar nada, que con mi correspondencia ya los tengo informados de mi celo y del exceso del suyo. Solo te diré, Vasco, que no fue de mi gusto compartir tribuna con ellos en

aquel aciago día, y no esperes que describa la pompa de procesiones, ministriles ni frailes, ni que me detenga en el color de los pendones. Tanto da todo eso, y de otros podrás leerlo, pues la imprenta de Juan de Mongastón ha publicado las actas sin dejarse un capirote. Valga con que te cuente mi pena por no alcanzar a poner ciencia ni conciencia alguna en aquel espanto en el que once personas ardieron, y el pasmo al ver miles de ellas hallando disfrute en ello. Eso fue lo importante, y de eso no sé reponerme. Y cuando, harto de aquella truculenta feria, marché a casa a buscar reposo, me topé con otro cadalso que también me sigue rondando. En una calleja unos niños, siguiendo el ejemplo de sus adultos, torturaban a un gato en una fogata que habían dispuesto al efecto. El pobre animal, un alarido en llamas entre risas infantiles, vino a pasar a mi vera en su desesperada huída. Los muros resplandecían a su paso, pero aquellas llamas arrojaban, no luz, sino oscuridad visible. En esta madeja que es la vida, hay una hebra escarlata, una hebra de superstición que hemos de desenredar para poner al descubierto sus sinuosidades. Tenemos trabajo que hacer, Vasco».

Mucho, mucho trabajo. Cuando nos recibió don Domingo de San Paul, vicario de Lesaca y comisario del Santo Oficio, pude apreciar otra línea que se abría en las pesquisas de Hotz. El vicario nos leyó la confesión de Mari Martín de Legarra, en la que se detallaban las unciones en los aquelarres en los que tuvo parte, sus accesos sexuales con el diablo, y mil fechorías más. Noté que, a pesar de las averiguaciones que se habían conseguido gracias al trabajo del prelado y sus interrogatorios, el licenciado Salazar no parecía escuchar sus palabras,

se mostró muy distraído. Ya en la calle, me dijo sin ambages: «Miente. —Me dejó helado—. Sería de interés describirte los movimientos erráticos de sus ojos mientras hablaba, así como su compulsivo fruncir de manos, detalles que nunca engañan, pero fijémonos tan solo en que se olvidara comentarnos que la tal Mari Martín trabajaba a su servicio, por lo que pudo aleccionarla, dictándole las faltas leves que confesar para librarse del fuego, y la lista de acusados a quien debía delatar». «Y, aún así —repuse yo—, ¿qué prueba eso?». «Nada en sí mismo. Pero también omitió mención alguna de las confiscaciones que a tales acusados afligieron, y que, por ventura, beneficiaron al vicario al engordar su propiedad. Elemental».

Si tuviera tiempo, podría contarle alguna de nuestras muchas correrías nocturnas en busca de sucesos de primera mano, que eran los únicos a los que Hotz atendía, pero lamentablemente no podrá ser hoy, ya que el tabernero no parece dispuesto a aguantarnos por más tiempo. Me gustaría narrarle cierta aventura de una noche en Zugarramurdi, cuando prestamos oídos a un rumor que mentaba cierto conciliábulo de brujos y hechiceras que iba a celebrarse en las cuevas. Disfrazados de arrieros, y protegidos por la oscuridad, nos acercamos los dos a aquel funesto aquelarre en el que pensé que mis días concluirían. Tumbados entre los helechos en la boca interior de la gruta, embozados y silenciosos como si cadáveres fuéramos, aguardamos largo rato, contando yo las piedras que laceraban mi espalda y tiritando la humedad que amenazaba con baldarme. Apareció, como se anunciaba, un grupo de personas que bajaban por la ladera, y ya no hubo forma de con-

trolar los temblores. Aún los arreciaba más el rumor de la comitiva: un mugido leve y sordo donde brincaba una melodía a dos voces: no era sino una *alboka* que alguien bajaba tocando, pero a mí, allí atrincherado, se me antojaba brotar de una fosa. Hotz, a mi lado, contenía la risa sin que yo pudiese entender la broma, y quiso aclarármela: «Las cosas rara vez son lo que parecen, Vasco». Eran un grupo nutrido de hombres y mujeres, que pronto empezaron a bailar alrededor de una fogata que encendieron, y parecían alegres y desenfadados, aunque los pasos parecían quebrárseles. Una mujer danzaba a medio vestir mientras otro le vertía licor por el pecho, y los demás jaleaban. «Están ebrios —mi compañero no dejaba de reírse por lo bajo—, no vamos a presenciar otra cosa que una bacanal, de las bien descritas por mi amigo Pedro de Valencia. Discrepo en que sea cosa de temer, no van a chuparnos el tuétano. No es fácil para hombres y mujeres obtener su diversión a veces, sus placeres, embriagueces y coyundas, pero hemos de distinguir entre pecados y embrujos. Si esta noche aparece aquí un carnero, te aseguro que llegará asado: un *zikiro jate* para la cena». No nos hicieron mal alguno, doy fe. De hecho, cuando al rato cesamos el camuflaje, nos ofrecieron aguardiente, y aún más cosas que me callo. Allí me dejó Hotz, abandonándome a mi suerte por las limitaciones que le imponía el ser hombre de Iglesia, y deseándome entre carcajadas que disfrutara con tiento, pues a la mañana el trabajo esperaba.

Le fallé ese día, por mi falta de medida en la fiesta y no solo por eso, pues la humedad que me atacó en el rato de emboscada prendió fuerte en mi maltrecha pierna, y no había manera

de que respondiera al despertarme. Tuve que confesarle que no me era posible alzarme, y él repuso que algo habría que tramar, pues teníamos esperando unos niños que interrogar en la parroquia, y que en mala hora había aparecido don Pedro Ruiz de Eguino, el anterior comisario, a corroborar las pesquisas. «Hoy sí que tenemos un brujo, amigo mío, y es menester vigilarlo». Viéndonos compungidos y por ayudarnos, nos comentó no sin temor María Xarra, la dueña de la casa donde yo me hospedaba, que conocía a una mujer que tal vez pudiera darnos algún auxilio si Dios quisiese. La tranquilizó Hotz, y mandó en su busca. Joana de Endara, de Urdax, llevaba ya unos años viviendo en el pueblo, y había sido famosa curandera en su tiempo, pero dejó de practicar su habilidad por miedo. No obstante vino, y al ser requerimiento de tan importante autoridad, se aplicó en mi mal con sus artes ante la atenta observación del licenciado. «No temáis —le decía—, somos hombres de ciencia». Con un emplasto de hierbas devolvió mi pierna a la vida. No le oculto que este hecho, que en principio no debería tener más trascendencia, me llevó a tamizar aquellas confesiones en las que bullían ungüentos y pócimas de maligna reputación y fatales beneficios para el sanador.

Pude atender a los niños que venían a testificar, y tuve que traducir tantas cosas y tan horribles que habría preferido quedarme postrado por no oírlas. Acusaba uno de ser brujo a otro, que no levantaba más palmos, por haber distinguido en sus ojos el dibujo de un sapo. Argumentaban otros que algún conocido, o incluso su madre era de secta de hechiceros por haberla sentido soplar algún sortilegio difuso. Yo, que ya había

adquirido alguna dote de observación de mi mentor, reparé en que todos sin excepción, mientras hablaban, vigilaban de reojo a don Pedro, como si cuidasen que llevara el apunte de su anterior intervención. Uno de ellos, de Aranaz recuerdo, acusaba a un vaquero llamado Yrizia de haberlo llevado al aquelarre. Otro, de Arizkun creo, juraba que un zapatero agote de nombre Zaldua, pastoreaba culebras para agradar al diablo. Salazar, con paciencia, no cejaba en su empeño de obtener datos con sentido en aquel desbarajuste, y formulaba preguntas a los niños, que no eran sino trampas en las que los pequeños vertían sus incoherencias, o despeñaban su imaginación hasta el desatino. Aquella sesión de trabajo fue particularmente triste para mí. Jamás habría podido imaginar a criaturas urdiendo semejantes desaguisados. «Son solo niños —me consoló Hotz cuando salieron—. Aprovechan el momento de atención que se les presta para sentirse importantes, sin medir las consecuencias. Más inexplicable es que lo hagan los mayores —mudó el tono de su voz, al dirigirse a Ruiz de Eguino—, obteniendo testimonios al dictado, o forzando con tormentos confesiones que no son sino patrañas». Don Pedro, apremiado por la necesidad de defender sus cruentos métodos ante aquel advenedizo, se levantó del asiento e intervino, abriendo cancela al debate que su colega buscaba:

—Sé que no aprobáis mis actuaciones, pero es menester sacar a Luzbel de su cubil, aunque sea con sangre y fuego.

—¿Y no albergaremos dudas de la palabras que los reconciliados pronuncian bajo tortura?

—Con la ayuda de Dios, nunca.

—Que Él nos asista, pues. Con la venia, comisario.

Tras el breve parlamento, desató Salazar su furia. Sospecho que tenía el plan pergeñado, porque todo fue muy rápido. Para cuando pude darme cuenta, Hotz me había arrebatado el bastón, y con la elegancia del mejor esgrimista, propinó a don Pedro un latigazo por la parte trasera de las piernas que lo suspendió en vilo antes de caer al suelo tan largo era. Apoyó el pie en el pecho de su oponente para que no osara levantarse, y colocó suavemente la contera del palo en la órbita ocular de Ruiz de Eguino.

—Confesad, señor inquisidor —liberaba entre dientes las eses como serpientes de un saco—, confesad ante este servidor de la Santa Inquisición que sois un hechicero, y que vuestras malas artes atentan contra la Iglesia y contra Dios.

—Pero ¿es que os habéis vuelto rematadamente loco, don Alonso? ¡Dejadme inmediatamente! ¡Y usted, haga algo, vaya a buscar ayuda!

Yo no me moví de mi sitio, ni me entró gana de hacerlo; intuía que estaba a punto de presenciar el acto final de aquel auto.

—Por última vez —Hotz apretó un poco más la punta metálica para enfatizar su amenaza—, o confesáis al momento que vos tenéis en el ojo la satánica marca del sapo, u os juro por todos los Santos del Cielo que os lo reviento con esta vara.

—¡Tengo sapos en mis ojos, y hasta culebras si os place, maldito loco, pero no me hagáis daño!

Hotz lanzó hacia mí el bastón, devolviéndomelo con una grácil parábola que cruzó la estancia para que yo lo atrapara y, sonriendo abiertamente, me dijo:

—Elemental, querido Vasco.

Pero ¿cómo?, ¿no queda vino en la jarra? Vayámonos pues, no hay más tiempo, pero no ha de irse sin saber que la labor de don Alonso de Salazar y Frías rindió su fruto, ya que gracias a sus desvelos obtuvo un cambio de proceder en la Inquisición, y las quemadas de brujas no se repitieron. Marchemos, mañana le seguiré contando.

Venturoso viaje de vuelta

ISABEL LIZARRAGA VIZCARRA

2011

XXIV Premio de Narración Breve De Buena Fuente

Tema: El ferrocarril a su paso por Logroño

— ¡Quita, tonto! —Escapaba mi abuela por el pasillo cada vez que mi abuelo, fauno asilvestrado, simulaba perseguirla por las habitaciones de la casa.

El viejo, suspirando, se disculpaba con el manido requiebro.

—No lo puedo evitar! ¡Es que aún estoy tan enamorado!

La abuela reía entre ruborosa y comprensiva.

—Por culpa del tren... ¡Sin aquel viajecito nunca hubiera sido lo mismo!

PASÓ BASTANTE antes de la Guerra Civil, cuando mi abuelo Esteban todavía trabajaba de maestro en Calahorra. Por aquel entonces era un guapo mozo, robusto, alegre y presumido, y todavía creía que en la vida todo se puede conseguir a fuerza de voluntad e insistencia. Y es que... lo que él pretendía, en el pueblo, se consideraba misión imposible: se había enamorado de la hija del comerciante más rico de la localidad.

—¡Señorita Ernestina, señorita Ernestina! —la saludaba con una inclinación de cabeza en los paseos morosos del domingo, por la plaza del Raso o por la calle Mayor.

Ella sonreía, hacía momos con el abanico o jugaba a plegar o desplegar su sombrillita y entre el revuelo de la falda,

consentía en mostrar con coquetería la parte del tobillo que no alcanzaban a cubrir sus botines de tacón.

Mi abuelo sufría y penaba, correteaba calle arriba propiciando nuevos encuentros y se desesperaba entre los celos y la pasión. Y es que Ernestina era mucha Ernestina: ella sabía que los que no la pretendían por sus gracias personales (evidentes y generosas) lo harían al menos por los dineros de su padre: ¡todo cuenta cuando lo que está en juego es el corazón! No hacía falta apresurarse: entre Calahorra y los alrededores podía permitirse elegir a quien quisiera y la insistencia del maestro auguraba diversión.

En aquella época Esteban gastaba traje de chaqueta cruzada con botones nacarados, bombín achatado y bastoncillo de junco con empuñadura de metal como los señoritos de la capital. Aunque fuera un sencillo maestro, la arrogancia de la juventud le daba alas para suponer que podía competir con los otros pretendientes potentados, aquellos que presumían del dinero heredado que dilapidaban en fiestas porque nunca habían tenido que ganar un jornal. Y por eso mi abuelo vestía con un decoro levemente atildado, con la ilusión de que entre su buena salud y su ingenio todavía tendría posibilidad de ganarles la presa a los que se las daban de componer la buena sociedad pueblerina.

Y así, entre paseos arriba y abajo, coqueterías y augurios ilusorios, Esteban llegó a la conclusión de que tenía que presentarse ante el padre de Ernestina para solicitarle, con todos los respetos, su delicadísima mano. Para tal empresa el maestro no se sentía privado de elocuencia, que tenía a raudales, pero sí veía un impedimento insuperable: el atuendo adecua-

do. Y si contaba con el traje de rayas con que había acudido exitosamente al engorro de las oposiciones, carecía por otra parte del complemento necesario: el manoseado bombín de todos los días no era nuevo, ni moderno, ni hermoso. Había que comprar un sombrero apropiado, así que en la primera oportunidad se escaparía a Logroño para conseguir el socorro de la última moda. ¡La ocasión merecía el sacrificio del gasto!

Aquel sábado de primavera presentaba todos los ingredientes necesarios para henchir de ilusiones el alma del enamorado. El tren que venía de Tudela llegó alegre y ruidoso a la estación y el maestro lo tomó con la premonición de que ese viaje determinaría su futuro. Tras la llegada a Logroño, se dirigió directamente desde el Espolón hacia la calle Portales, donde se encontraban las más famosas tiendas de sombreros.

Después de informarse acerca de los nuevos modelos y dudar entre el panamá y el borsalino, se decantó por el último: el panamá, con su visera de paja, le pareció más... más... campesino... ¿Como decirlo? Pensó que, de alguna manera, rimaba mejor con el tipo de persona (maestro rural) que él precisamente pretendía dejar de ser. El borsalino era un sombrero elegante: su fieltro tan fino y esa cinta anudada a la izquierda conferían a su propietario un halo de misterio casi cinematográfico.

—Es fieltro de piel belga... —aclaró el comerciante bajando la voz—. ¡Fabricado en Italia!

Aquello suponía el máximo de la distinción. Mi abuelo probó a moldear el caprichoso sombrero con las manos para comprobar la flexibilidad del material.

—Vea, vea —insistía el vendedor—. La corona triangular es más acusada que en los otros modelos... ¡Mucho más elegante!

Esteban sacó de la cartera los billetes de varios meses de ahorro, sistemáticamente doblados y clasificados en los compartimentos internos, y los extendió sobre el mostrador. En las relaciones humanas, la primera impresión es lo que cuenta: un sombrero bien podía transformarlo ante su futuro suegro de maestro en triunfador. Ya en la calle arrojó su anticuado bombín a la basura y se encasquetó el borsalino: así el tocado se iría adaptando al contorno de su cabeza.

Después de un paseo y de solventar los encargos obligados, el maestro volvió a la estación: ya solo restaba el venturoso viaje de vuelta.

El tren que venía de Miranda llegó con cierto retraso, pero la espera sirvió a nuestro protagonista para acomodarse a su nuevo aspecto y a su nueva personalidad de hombre desenvuelto. Incluso llegó a cometer la coquetería de entrar en los aseos para ensayar en un espejo borroso las variadas posiciones del sombrero: tapando la frente, inclinado hacia la oreja derecha, simétrico, con el ala hacia abajo... A la salida, paseó por los andenes para observar a los otros viajeros y, frente a ellos, se sintió elegante, joven y triunfador. Por fin, llegó la locomotora bufando y entre chirridos y humos los viajeros se apresuraron a ocupar sus asientos. Esteban saltó los dos escalones con una airosa cabriola y se adentró por el pasillo en busca de su compartimento. Allí coincidió con dos damas: una madre y su hija, una joven graciosa apenas un poco mayor que los alumnos de su escuela. Después de ayudar a las

señoras a subir sus bultos al maletero, los tres ocupantes, únicos pasajeros en ese vagón, se sentaron ocupando su plaza. Por cortesía el caballero se quitó el borsalino, que depositó en el asiento de al lado.

El aire cálido de la tarde se colaba por las ventanas abiertas del vagón y el paisaje aparecía ante los viajeros con el color verde y dorado de los cuentos de la infancia. Esteban se sentía hablador y comenzó una perorata con la madre y la hija acerca de sus respectivas vidas, gustos e intereses. La señora era viuda de un notario y se alojaba actualmente en su pueblo natal, cercano a Calahorra. Como la madre disfrutaba de una pequeña pensión, había enviado a la hija a educarse a un colegio de la capital, de donde volvía después de aprender las nociones básicas en la instrucción propia de una señorita y ciertos rudimentos de francés. La chica era simpática, respondía cortésmente a las preguntas del maestro y, a la vez, se interesaba por los lugares que cruzaban y por sus gentes, ya que según decía, había estado durante demasiado tiempo alejada de la vida «de verdad».

Más allá de Agoncillo las señoras convidaron a la merienda y el aventurero se dejó agasajar, encantado por tanta delicadeza. Se había establecido una corriente de camaradería, o quizás de amistad, entre los pasajeros y los tres disfrutaban del trayecto como si se tratase de un viaje de recreo.

Al otro lado de la ventanilla desfilaban los campos, las pequeñas arboledas y algunas casas dispersas, un riachuelo, un rebaño, unas lomas, un alpendre o una cerca con vacas. Esteban todo lo señalaba y sus compañeras, encantadas de los saberes de su nuevo amigo, por todo preguntaban y se entre-

tenían en imaginar explicación a las nubes, al pequeño huerto con sembrados, a la fuerza del tren o al empuje del viento que enviaba hacia atrás las figuras de los hombres, animales y cosas traspasadas por el vigor de la locomotora.

Finalmente, cuando ya habían dejado atrás Alcanadre, Esteban les contó su secreto: había viajado desde Calahorra a Logroño para comprar un sombrero, con el que presentarse ante un afamado comerciante para pedir la mano de su hija. Ante semejante confesión, la madre calló con prudencia. La muchacha abrió desmesuradamente sus hermosos ojos y ensayó una leve aserción, pero enseguida calló. Una sonrisa de disimulada inteligencia asomó a sus labios delicados y pronto dirigió la conversación hacia circunstancias menos personales.

Féculas de Navarra al frente, a la izquierda Sartaguda y Lodosa, y a la derecha El Villar de Arnedo y Pradejón. Los campos y los pueblos iban quedando más atrás, tanto si los cruzaba la máquina, como si se adivinaban o se imaginaban más allá de las vías del tren. Ya quedaba poco tiempo de viaje y aunque la conversación se mantenía estimulante, la señorita se moría de calor. El caballero, complaciente, se aprestó a acompañarla al pasillo. Ella tomó de las manos de su madre el bolso y los guantes de encaje y salió la primera. Él, al verla de pie, se sorprendió de su silueta agraciada, admiró su prestancia y por subrayar la galantería y el respeto, se puso el sombrero.

En mitad del corredor se entretenían en mirar por la ventana la desaparición apresurada de las imágenes que el tren sobrepasaba de avanzada.

—¡Allí, allí! —señalaba la muchacha dibujando en el aire el perfil de una mancha.

—¡Un campo de trigo, una colina, un desmonte! —respondía Esteban a cada una de sus exclamaciones.

—¿Y aquello? ¿Ese cerro?

—¡La erosión de la montaña! —aclaraba el maestro, y los dos celebraban con risas el hallazgo.

—¿Y ese bulto pequeño, esa sombra, ese escorzo? —gritó finalmente la chica, casi con impaciencia, señalando allá al final, en la lejanía un pequeño punto que se disolvía entre el verdor del horizonte.

El maestro, intrigado por la emoción de la joven, sin alcanzar a divisar el misterio, se alzó sobre las puntas de los pies para asomar la cabeza por la ventanilla. Pero lo que vio no fue la solución del enigma, sino el vuelo de su sombrero borsalino, que salió despedido en pirueta presurosa, llevado en alas del aire, para perderse en la polvareda de la lejanía.

—Oooh —exclamó la muchacha mientras le reían los ojos.

Y ante la mirada desolada de Esteban añadió simulando un candor impostado:

—Y ahora... ¿cómo arreglará usted su pedida de mano?

—¿Y ERNESTINA qué? —preguntaba bromeando la abuela después de las graciosas escaramuzas.

—No pudo ser... ¡Por culpa del tren! —contestaba él con un guiño, y todavía añadía en venganza contra el padre adinerado—: Pero no importa: ella era una presumida A ti nunca te llegó ni a la suela del zapato. ¡No merecía el sombrero!

Flores para Manuela

CARMEN LERÍA

2024

XXV Premio de Narración Breve De Buena Fuente

Tema: Carlos V y la entrega de las tres flores de lis

• Cómo podía la joven Manuela imaginar que su rápida e inteligente respuesta fuera a cambiar el rumbo de la historia? Si, aquella ya lejana noche de eclipse de luna en la que el tiempo pareció detenerse y hasta las criaturas del bosque dejaron de dormir... Desde ese preciso momento, ella estaría destinada a perdurar en la memoria de todos los habitantes de la ciudad que la vio nacer y crecer, Logroño. Los recuerdos afloran con frecuencia pero, caprichosos como niños traviesos, juegan a confundirla, se burlan de ella y luego se desvanecen.

En realidad, todo a su alrededor era extraño y difícil de sobrellevar. Su ciudad y otras limítrofes no atravesaban los mejores momentos y estaban sometidas al empuje del país vecino, Francia, que luchaba por establecer su control sobre el territorio español.

Manuela, como cada día antes de que los primeros rayos de sol hiciesen su aparición tras la majestuosa torre de la iglesia de Santiago, salía de su casa en la calle del Peso con una pila de ropa sucia que había de lavar en el Ebro. Recorría de prisa los no demasiados metros que la separaban del río, cantando feliz al mundo y a la vida: a los árboles y a las flores, a los recién nacidos, a los pájaros que libres surcan los cielos,

a las montañas, a las nubes, a las pocas gentes que se cruzaban en su camino... todo hacía feliz a Manuela y era así, cantando, como mejor expresaba sus sentimientos.

Los frondosos árboles, dispersos entre matorrales y juncos, anuncian la presencia del agua. Si esta estuviera sucia, Manuela volvería a casa sin poder realizar su faena y sin cobrar unas pocas monedas que tanta falta le hacían. Necesitaba ahora más que nunca reunir unos ahorrillos. ¿Quién sabe en qué momento conocería al que fuera a ser su esposo y dejaría su maltrecho hogar? Pero ese día, el agua discurría viva y clara bajo el puente de Piedra y la tarea terminaría antes de lo esperado.

Desde que su madre falleciera tras un desgraciado accidente en el hogar, Manuela dejó de ser ella. Un candil mal colocado hizo que una tinaja de aceite ardiese y se derramase por su cuerpo menudo, provocándole una larga y dolorosa agonía. A Manuela le pareció que la vida se paraba justo en el instante en que su madre se fue.

Nunca nadie llegó a comprender aquel cambio en la hermana mayor y pensaban que se debía al exceso de trabajo y responsabilidad que sobre ella recaía. El padre, demasiado ocupado en el mesón, en los licores y en los ricos vinos del lugar, jamás llegó a percibir esa melancolía en el alma de su hija.

La vida transcurre sosegada en medio del bullicio de calles y plazas. El mercado de la ciudad, junto a la iglesia de la Redonda, rebosa vida y gente joven, muy joven, niños en su mayoría. Justo en el centro de la concurrida plaza, se mezclan toda clase de alimentos animales y vegetales: desde gallinas y patos pasando por conejos y liebres hasta llegar a los cerdos,

vacas y caballos. Todas las carnes cuelgan calientes, desafiantes y, muy a menudo, visitadas o invadidas por inoportunas moscas y demás insectos.

Y al fondo de la plaza, justo al lado de las desconchadas vigas que soportan la gran balconada que hace de esta plaza un deleite para los sentidos, emergen altivos y provocadores los puestos de plantas y flores, cantidades de flores. La primavera se encargará de que este espectáculo de olores y colores llegue puntual cada año a los habitantes de la ciudad de Logroño.

Manuela, torbellino de fuerza y vitalidad, aparece de entre las flores con su carga de ropa recién lavada en el río. No hay nada que a la joven guste más que las plantas y, sobre todo, las flores, todas ellas: grandes o pequeñas, olorosas o inodoras, rojas o amarillas, azules o blancas; pero si hay una que Manuela prefiera sobre todas las demás, esa es la flor de lis o lirio de Santiago. Como le contara su abuelo hace ya unos cuantos años, fueron los españoles quienes introdujeron esa preciada flor en Europa, procedente de México y Guatemala. Bien recuerda también que dicha flor, según oyó decir a su antepasado, solía asociarse a la nobleza y la realeza, expresando soberanía y belleza. En suma, la flor de lis representaba los valores por los que siempre se había regido Manuela: honestidad, honor y respeto. Así, no es de extrañar que en su mente tuviese ya hacía tiempo decidido que la primera hija que llevara en su vientre habría de llamarse Lis.

El destino, siempre imprevisible y caprichoso, decidió que Pedro, el hijo del panadero, conociese a Manuela aquel 3 de septiembre, día de san Gregorio. Ella, como de costumbre, salía

de la pequeña ermita del santo en la calle Mayor, tras colocarle un precioso ramo de sus flores favoritas: la flor de lis. Según decían las gentes, san Gregorio era conocido por curar a enfermos y sanar a los necesitados. Ya que con su madre no lo consiguió, ella insistía en rezarle por todos los demás miembros de su familia que, afortunadamente, gozaban de buena salud. Y también por los venideros, que Manuela siempre albergó en su corazón el deseo de ser madre, una madre como la que ella había perdido siendo apenas una niña, una madre cuya huella perduraría en la memoria de todos los que la amaron.

Pedro, ya convertido en su esposo, lo era todo para ella: su norte cuando estaba perdida o indecisa, su luz en los momentos de tristeza e incertidumbre, su aire si no podía respirar y quedaba sin aliento... Por todo ello, Manuela siempre lo llamó «MI REY».

Quiso la suerte que al cabo de un año, Pedro y Manuela fueran padres por vez primera, pero unos padres muy especiales. El parto transcurrió rápido, como si el bebé tuviese prisa por conocer este mundo. Tan rápido fue que casi ni se percataron de que no era un solo bebé, no, sino que eran tres las criaturas que del vientre de Manuela salieron llorando, ansiosas de tomar contacto con esta su nueva dimensión. Sí, tres niñas, tres preciosas niñas.

La madre, entre atónita y maravillada, observaba incrédula aquellas tres criaturas que al unísono lloraban, retorcían sus diminutos cuerpecillos, se arañaban sus caritas sin querer, llorando aún más fuerte si cabe... Y, a pesar del gran esfuerzo que el acto del triple parto le supuso, gritó emocionada al

contemplarlas: «MIS TRES LISES, MIRAD MIS TRES PRECIOSAS LISES». Sus ojos buscaron a Pedro, su REY, y girando su cabeza lo vio rebosante de felicidad frente a las recién nacidas y exclamó todavía más alto que antes: «MIREN TODOS: MI REY Y MIS TRES FLORES DE LIS».

Los muchos peregrinos que en aquellos tiempos realizaban el Camino de Santiago, desde Roncesvalles hasta Santiago de Compostela, atravesaban el puente de Piedra a la entrada de la ciudad de Logroño con el fin de pernoctar y comer un bocado en el ya muy conocido mesón de la familia de Manuela. Era allí, donde, además de muchas y variadas enfermedades, traían noticias de tierras lejanas.

Los acontecimientos, lejos de mejorar fueron en retroceso y los habitantes del lugar se encerraron dentro de los muros de su ciudad para evitar que un general francés, señor de Asparrot, invadiera y se apoderada de Logroño. Fue el conocido como sitio de Logroño. El general, curtido en mil batallas, era temido por su bravura y dominio de las armas.

Por otro lado, en el bando logroñés, el valiente y joven soldado Vélez de Guevara junto con otros militares más, intentaba repeler al enemigo, armado de cañones y escopetas. Hasta Manuela, haciendo uso de su valentía, se atrevió, nerviosa pero decidida, a disparar uno de los cañones que en la muralla había. Tan grande fue la explosión que, con el retroceso del cañón, la pobre Manuela salió disparada con tal fuerza que casi sobrevuela las murallas del Revellín. Y en ese preciso momento con todo su cuerpo magullado, la cara ensangrentada y su ropa hecha jirones, decidió que jamás habría de combatir

al enemigo de esa manera. Ella era una mujer, una gran mujer. De ahora en adelante, sería más astuta.

Los logroñeses, lejos de cambiar de actitud, se mostraban cada vez más fuertes y decididos a no rendirse ante el vecino opresor. Bajo las órdenes del rey Francisco I de Francia, continuaba el temido general Asparrot intentando por todos los medios que el pueblo logroñés claudicara. Pero era tal el aburrimento que sentía, eran tan largas y monótonas las muchas horas que pasaba apostado en su campamento extramuros que, una noche de eclipse de luna, decidió cruzar la muralla y ver lo que allí dentro había. Toda la ciudad estaba en silencio, un silencio casi sepulcral, ya que las supersticiones acerca de los eclipses lunares eran motivo de muchos temores y miedos.

Recorriendo las angostas y oscuras calles de la ciudad trató de no ser visto y mucho menos reconocido así que, tomando unas sayas sucias y rotas que encontró junto a una fuente y un corpiño en no mejores condiciones, se transformó en un ser extraño y ambiguo que, con sus sucias barbas asomando bajo el ceñido corpiño, lo convertían en una criatura casi maléfica.

Unos cuantos niños que jugaban junto a la iglesia de Palacio salieron corriendo despavoridos, como si hubiesen visto al mismísimo Satanás. Al doblar la esquina junto a la plaza del Mercado oyó voces, risas e incluso le pareció escuchar algunas cancioncillas populares. «Qué jaleo están armando estas gentes», pensó. «Quizás tengan visita de alguien importante, pues es muy raro todo este barullo». Y su curiosidad le llevó a las mismas puertas del mesón de Manuela, que estaba cerrado. Intrigado, llamó con los nudillos a la puerta y con

voz impostada para no ser reconocido preguntó en alta voz: «¿Quién anda por ahí?; ¿quizás algún noble señor o dama celebrando esta mágica noche de eclipse?».

Y Manuela, rodeada como siempre de su querido esposo e hijas además de otros tantos amigos, contestó a la pregunta y a voz en grito exclamó: «MI REY Y LAS TRES LISES».

El general Asparrot, al oír la palabra REY, casi pierde el sentido y dando un traspiés, estuvo a punto de caer de bruces contra el duro empedrado de la calle. Fue tan tremendo el miedo que le causó el pensar que el mismísimo rey Carlos I de España estuviese a escasos metros de su persona, que rompió a correr de una forma tan apresurada que parecía que sus pies levitasen.

En unos segundos estaba fuera de las murallas de la ciudad y avisando al campamento que asediaba a las gentes de Logroño, emprendieron la huida de una forma tan precipitada que olvidaron casi todos los alimentos, armas y demás enseres que allí tenían. De repente, se hizo el silencio. Una inquietante calma lo inundó todo. Y Manuela, con una pícaro sonrisa, fue consciente de la importancia histórica que su simple respuesta habría de tener para ella y para su ciudad, Logroño.

Se cree que las buenas noticias del fin del sitio de Logroño no tardaron en llegar a oídos del mismo rey Carlos I de España, y ante tan insólitos y heroicos hechos, decidió conceder a la ciudad las tres flores de lis tal y como aparecen en su escudo. Igualmente, tuvo a bien viajar hasta el lugar de los hechos, conocer a Manuela y, sobre todo, a SU REY Y A SUS TRES LISES. Dicen los más ancianos del lugar que en las noches de eclipse

de luna, si te acercas sigiloso a la orilla del río y observas detenidamente la zona que Manuela frecuentaba, se la puede ver lavando en el río, hablando con sus tres Lises o salir cantando de entre la maleza, presurosa, huyendo de no se sabe qué... quizás de sus propios miedos o fantasmas. Y si paseas junto al solar que antaño albergó el mesón de Manuela, todavía sientes en tu rostro el aire de terror que el general Asparrot levantó en su desesperada huida de la ciudad.

Los días y semanas pasaron, los años y siglos también. Parece que el tiempo lo hubiese borrado todo, que nada de lo narrado hubiese ocurrido en realidad, pero ¿qué importa eso ya? La magia de lo posible nos acaricia divertida y traviesa y nos lleva a dimensiones de ensueño en las que todo es susceptible de ocurrir. Solo hay que desear encontrarlas.

Índice

SALUDO DEL ALCALDE
DE LOGROÑO 7

1986

I Premio de Narración Breve De Buena Fuente

Tema: ¿Quién es la Dama de la Fuente?

Ha nacido una estrella 9

MIGUEL ÁNGEL MURO

1987

II Premio de Narración Breve De Buena Fuente

Tema: La fuente de Santiago

Operación año santo 21

SANTIAGO TABERNERO

1989

IV Premio de Narración Breve De Buena Fuente

Tema: Teatro Bretón de los Herreros de Logroño

Ojo por ojo es ojo 35

MIGUEL ÁNGEL MURO MUNILLA

1990

V Premio de Narración Breve De Buena Fuente

Tema: La estación de trenes de Logroño

Hasta dejarlo todo atrás 47

JOSÉ RAMO GÓMEZ

1991

VI Premio de Narración Breve De Buena Fuente

Tema: El campo municipal de Las Gaunas

Conflicto en Las Gaunas 55

MANUEL TERRÍN BENAVIDES

1992

VII Premio de Narración Breve De Buena Fuente

Tema: La Playa del Ebro

Quizá porque mi niñez sigue

jugando en tu playa... 65

CHEMA IGLESIAS ALVES

1993

VIII Premio de Narración Breve De Buena Fuente

Tema: El puente de Piedra

La mirada del diablo 77

JOSÉ ANTONIO ILLANES FERNÁNDEZ

1994

IX Premio de Narración Breve De Buena Fuente

Tema: La ermita de san Gregorio

El ciclán 87

CARLOS HERNÁNDEZ OLMOS

1995

X Premio de Narración Breve De Buena Fuente

Tema: El monumento a Espartero

El ángulo oscuro 101

JORGE ALACID LÓPEZ

1996

XI Premio de Narración Breve De Buena Fuente

Tema: El cuartel del general Urrutia

Muchos romanos y unos pocos cartagineses 115

BERNARDO SÁNCHEZ SALAS

1998

XIII Premio de Narración Breve De Buena Fuente

Tema: Logroño del siglo XXI

Logrono 131

FERNANDO SÁEZ ALDANA

1999

XIV Premio de Narración Breve De Buena Fuente

Tema: Camino de Santiago a su paso por Logroño

La decisión de Matías,

o de las transmutaciones profundas

de un apoderado peregrino.

*Derrotero místico, pedestre, estético, levemente
lírico, empírico e individual.* 145

JUAN UGARTE PEREIRA

2000

XV Premio de Narración Breve De Buena Fuente

Tema: El parque de La Grajera

Los domingos en el cielo 161

JUAN DOMINGO JIMÉNEZ DÍAZ

2001

XVI Premio de Narración Breve De Buena Fuente

Tema: Calle Laurel

El caso de Angelita Romero 173

Ricardo Ojanguren Urdáñez

2002

XVII Premio de Narración Breve De Buena Fuente

Tema: Edificio La Merced

Carta a Espartero 185

DOMINGO ALBERTO MARTÍNEZ MARTÍN

2003

XVIII Premio de Narración Breve De Buena Fuente

Tema: Práxedes Mateo Sagasta

Sagasta 195

Francisco Javier Jiménez

2004

XIX Premio de Narración Breve De Buena Fuente

Tema: Camino de Santiago a su paso por Logroño

La tía Felisa 209

JOSÉ MARÍA LANDER FERNÁNDEZ

2008

XXI Premio de Narración Breve De Buena Fuente

Tema: El sitio de Logroño

Once del sitio 227

La aventura del pintor y pretendido espía Geoffroy

Voirgaze y su periplo con el capitán de fusileros

Ralph Flèche y el joven soldado Bernard Selargie

por el Logroño del sitio

JORGE ELÍAS PALACIOS

2009

XXII Premio de Narración Breve De Buena Fuente

Tema: Puente de Hierro de Logroño

La inauguración 239

MIGUEL MERINO NAVAJAS

2010

XXIII Premio de Narración Breve De Buena Fuente

Tema: Proceso inquisitorial y auto de fe celebrado en 1610

contra las brujas de Zugarramurdi

Auto en escarlata 253

FERNANDO BENITO LABARTA

2011

XXIV Premio de Narración Breve De Buena Fuente

Tema: El ferrocarril a su paso por Logroño

Venturoso viaje de vuelta 269

ISABEL LIZARRAGA VIZCARRA

2024

XXV Premio de Narración Breve De Buena Fuente

Tema: Carlos V y la entrega de las tres flores de lis

Flores para Manuela 279

CARMEN LERÍA

El presente libro reúne los relatos ganadores del Premio de Narración Breve De Buena Fuente, un concurso de narrativa impulsado por el Ayuntamiento de Logroño que fue convocado por primera vez en el año 1988 y que, recuperado en este 2024, ha llegado hasta nuestros días.

El Premio de Narración Breve De Buena Fuente, tan arraigado en la ciudad que extraño será no encontrar a un amante de la literatura que no haya pensado alguna vez en presentarse, propone en cada convocatoria, además de una extensión limitada, un tema relacionado siempre con Logroño, sobre el que han de girar las historias que opten al galardón.

Vista con la perspectiva que nos proporciona la fecha, la relación de ganadores dice mucho del interés que los escritores y escritoras de la ciudad han tenido por el premio. Y la selección de relatos premiados es, además de una sorprendente colección de formas de concebir el relato y de modos mirar la ciudad, una colección de historias cuya lectura nos invita a valorar nuestro pasado y nuestro presente y pensar, a ver e imaginar, es decir a disfrutar de la ciudad de Logroño con nuestra mirada más literaria.



Logroño